

DONATELLA DI PIETRANTONIO

La Retornada

Hay novelas que pulsan cuerdas tan profundas, esenciales, que sacuden el alma.

NOVELA

D.J.57

DUOMO
NEFELIBATA



La Retornada

Donatella Di Pietrantonio



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

La Retornada

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

Notas
Créditos

A Piergiorgio, que estuvo tan poco

Todavía hoy, en cierto modo, permanezco detenida en aquel juvenil verano: en torno a él mi alma ha seguido girando y estrellándose sin tregua, como un insecto en torno a una lámpara cegadora.

Elsa Morante, Mentira y sortilegio

1

A los trece años ya no conocía a mi otra madre.

Subía con trabajo la escalera de su casa con una maleta incómoda y una bolsa llena de zapatos revueltos. En el descansillo me recibieron el olor a fritura reciente y una espera. La puerta no quería abrirse, desde dentro alguien la sacudía sin una palabra y trajinaba con la cerradura. Vi agitarse una araña en el vacío, colgada del extremo de su hilo.

Tras el chasquido metálico apareció una niña con las trenzas flojas, hechas hacía días. Era mi hermana, pero no la había visto nunca. Apartó la hoja para dejarme entrar, sin quitarme de encima sus ojos penetrantes. Por entonces nos parecíamos, más que de adultas.

La mujer que me había concebido no se levantó de la silla. El niño que tenía en brazos se mordía el pulgar con un lado de la boca, donde quizá iba a asomarle un diente. Los dos me miraban y él interrumpió su sonido monótono. No sabía que tenía un hermano tan pequeño.

–Has llegado –dijo ella–. Tus cosas, déjalas ahí.

Solo bajé los ojos sobre el olor a zapatos que salía de la bolsa a poco que la moviera. De la habitación del fondo, con la puerta entornada, venía un ronquido tenso y sonoro. El niño reanudó sus quejidos y se volvió hacia los senos, goteando saliva sobre las flores sudadas del algodón desteñido.

–¿No cierras? –le preguntó seca la madre a la niña, que se había quedado quieta.

–¿No suben los que la han traído? –repuso ella señalándome con la barbilla puntiaguda.

El tío, así debía aprender a llamarlo, entró justo entonces, jadeante después de la escalera. En la canícula de la tarde estival sostenía con dos dedos la percha de un abrigo nuevo, de mi talla.

–¿No ha venido tu mujer? –le preguntó mi primera madre, alzando la voz para tapar el lamento que aumentaba entre sus brazos.

–No se mueve de la cama –respondió volviendo la cabeza–. Ayer salí yo a comprar unas cosas, para el invierno también. –Y le enseñó la etiqueta con la marca de mi abrigo.

Fui hacia la ventana abierta y dejé el equipaje en el suelo. A lo lejos, un estruendo, como de cantos descargados de un camión.

El ama de casa decidió ofrecerle café al invitado, así el olor despertaría también a su marido, dijo. Pasó del despojado comedor a la cocina tras poner al niño a llorar en el parquecito. Él trató de salirse agarrándose a la red por el agujero toscamente remendado con bramante entrelazado. Cuando me acerqué gritó más, irritado. Su hermana de todos los días lo sacó con un esfuerzo de allí dentro y lo dejó sobre las baldosas de terrazo. Avanzó a gatas hacia las voces de la cocina. La mirada oscura de ella pasó de su hermano a mí, siempre gacha. Se demoró en la hebilla dorada de los zapatos nuevos, subió por los pliegues azules del vestido, todavía con el apresto de fábrica. A su espalda, un moscón volaba a

media altura y se daba de vez en cuando contra la pared buscando un hueco por el que salir.

–Este vestido, ¿también te lo ha comprado él? –preguntó en voz baja.

–Me lo compró ayer mismo para volver aquí.

–¿Qué es tuyo? –sintió curiosidad.

–Un tío lejano. He estado con él y su mujer hasta hoy.

–Entonces, ¿tu madre quién es? –preguntó desalentada.

–Tengo dos. Una es tu madre.

–A veces hablaba de una hermana mía mayor, pero yo no la creo mucho.

De golpe apretó la manga del vestido entre sus dedos ávidos.

–Este no te entrará dentro de poco. Me lo puedes pasar el año que viene, ten cuidado de no estropeármelo.

El padre salió descalzo del dormitorio, bostezando. Se presentó con el torso desnudo. Me vio mientras seguía el aroma del café.

–Has llegado –dijo, como su mujer.

3

De la cocina llegaban escasas y mortecinas las palabras, las cucharillas ya no tintineaban. Cuando oí el ruido de sillas corridas sentí miedo, en la garganta. El tío se acercó para despedirse de mí con un roce apresurado en la mejilla.

–Ahora sé buena –dijo.

–Se me ha olvidado un libro en el coche, bajo a cogerlo. –Y lo seguí por la escalera.

Con el pretexto de buscar en la guantera, entré en el habitáculo. Cerré la puerta y eché el seguro.

–Pero ¿qué haces? –preguntó, ya en el asiento del conductor.

–Me vuelvo contigo, no os daré ninguna molestia. Al contrario, mamá está enferma y necesita mi ayuda. Yo aquí no me quedo, no conozco a esos de arriba.

–No empecemos otra vez, intenta ser razonable. Tus verdaderos padres te esperan y te querrán. Será divertido vivir en una casa llena de niños. –Me echaba en la cara el aliento al café que acababa de beber, mezclado con el olor de sus encías.

–Yo quiero vivir en mi casa, con vosotros. Si he hecho algo mal, dímelo y no lo haré más. No me dejes aquí.

–Lo siento, pero no podemos tenerte más con nosotros, ya te lo hemos explicado. Ahora, por favor, déjate de pataletas y sal –dijo para acabar, mirando de frente a la nada. Bajo la barba de días, los músculos de la mandíbula le pulsaban como algunas veces cuando estaba a punto de enfadarse.

Desobedecí, seguí resistiéndome. Entonces dio un puñetazo en el volante y bajó para sacarme del espacio estrecho delante del asiento, donde me había acurrucado temblando. Abrió con la llave y me cogió por un brazo, el hombro del vestido que me había comprado él se descosió unos centímetros. En su agarre no reconocía ya la mano del padre de pocas palabras con el que había vivido hasta aquella mañana.

En el asfalto de la plazoleta quedamos las marcas de las ruedas y yo. Olor a neumático quemado en el aire. Cuando alcé la cabeza, desde las ventanas del segundo piso miraba alguien de mi familia a la fuerza.

Volvió media hora después, oí tocar a la puerta y luego su voz en el descansillo.

Lo perdoné al instante y cogí mi equipaje con un impulso de júbilo, pero cuando llegué sus pasos resonaban ya al fondo de la escalera. Mi hermana tenía en la mano una tarrina de helado de vainilla, mi sabor preferido. Había venido para eso, no para llevarme. Se lo comieron los demás en aquella tarde de agosto de 1975.

Al atardecer volvieron los chicos mayores, uno me saludó con un silbido, otro ni siquiera se percató de mí. Corrieron a la cocina dándose codazos para hacerse con un sitio en la mesa, donde la madre sirvió la cena. Se llenaron los platos entre salpicaduras de salsa, a mi esquina solo llegó una albóndiga esponjosa sobre un poco de jugo. Por dentro era clara, de miga dura empapada y pocos grumos de carne. Comimos albóndigas de pan con más pan mojado en la salsa para llenar el estómago. Pasados unos días sabría competir por la comida y estar concentrada en el plato para defenderlo de las incursiones aéreas de los tenedores. Pero aquella vez perdí lo poco que la mano de la madre había destinado a mi escasa ración.

Mis primeros padres no se acordaron hasta después de la cena de que en la casa faltaba una cama para mí.

–Esta noche duermes con tu hermana, total, sois flacas –dijo el padre–. Mañana veremos.

–Para caber las dos, tenemos que tumbarnos al contrario –me explicó Adriana–, la cabeza de una en los pies de la otra. Pero ahora nos los lavamos –me tranquilizó.

Los metimos en agua en el mismo barreño, ella insistió mucho en sacarnos la suciedad de entre los dedos.

–Mira qué negra el agua –se rio–, han sido los míos, los tuyos ya estaban limpios.

Buscó una almohada para mí y entramos en el cuarto sin encender la luz, los chicos ya respiraban como quien está dormido y el sudor de adolescente era fuerte. Nos colocamos invertidas, bisbiseando. El colchón de lana de oveja era blando y estaba deformado por el uso, se hundía en el centro. Emanaba el amoniaco de los pises que lo habían impregnado, un olor nuevo y repelente para mí. Los mosquitos buscaban sangre y me habría gustado taparme más con la sábana, pero Adriana, en el sueño, tiraba de ella en sentido opuesto.

Un sobresalto improvisado de su cuerpo, quizá estuviera soñando que caía. Le moví despacio un pie y apoyé la mejilla en su planta recién lavada con jabón barato. La dejé pegada a la piel áspera casi toda la noche, acompañando los movimientos de las piernas. Con los dedos sentía los bordes irregulares de sus

uñas rotas. Había unas tijeritas en mi equipaje, podía dárselas a la mañana siguiente.

El último cuarto de luna se asomó a la ventana abierta y la cruzó. Se quedaron las estrellas de cola y la mínima fortuna de tener el cielo libre de casas por aquella parte.

Mañana veremos, había dicho el padre, pero luego se le olvidó. Adriana y yo no le pedimos nada. Cada noche me prestaba una planta de pie que ponerme contra la mejilla. No tenía otra cosa en aquella oscuridad poblada de respiraciones.

Un calor húmedo se difundió bajo mis costillas y mi costado, me levanté de sopetón. Me palpé entre las piernas, estaba seca. Adriana se movió en la oscuridad y siguió acostada. Encogida en un ángulo, retomó o continuó el sueño, como si estuviese acostumbrada. Poco después yo también volví a la cama, lo más empequeñecida que pude. Éramos dos cuerpos alrededor de la humedad.

Poco a poco se evaporó el olor, solo alguna vaharada de vez en cuando. Casi al amanecer, uno de los varones, no reconocí cuál, se agitó a ritmo creciente durante algunos minutos, gimoteando.

Por la mañana, Adriana se despertó y se quedó quieta, con la cabeza en la almohada y los ojos abiertos. Luego me miró un momento, sin decir nada. La madre vino a llamarla con el niño en brazos y olfateó el aire.

–Te has meado otra vez, qué bien. Enseguida se nos ve el plumero.

–No he sido yo –respondió Adriana, volviéndose hacia la pared.

–Claro, a lo mejor ha sido tu hermana, con la educación que tiene. Date prisa, que es tarde. –Y se fueron a la cocina.

No tuve la presteza de seguirlos y luego ya no sabía qué hacer. Me quedé allí de pie, me faltaba valor incluso para ir al baño. Un hermano se sentó en la cama, con las piernas abiertas. Se sopesó con una mano el calzoncillo hinchado, entre un bostezo y otro. Cuando me vio en la habitación, se puso a observarme frunciendo un poco el ceño. Se detuvo en el pecho cubierto solo con la camiseta de tirantes que llevaba en vez de pijama, con aquel calor. Crucé instintivamente los brazos sobre los bultos que me habían crecido hacía poco, mientras el sudor me afloraba en las axilas.

–¿Tú también has dormido aquí? –preguntó con voz de hombre inmaduro.

Respondí cohibida que sí, él seguía mirándome sin pudor.

–¿Cuántos años tienes, quince?

–No, todavía no he cumplido los catorce.

–Pues aparentas quince, y hasta más. Te has desarrollado rápido –concluyó.

–¿Cuántos tienes tú? –le pregunté por cortesía.

–Yo casi dieciocho, soy el mayor. Ya curro, pero hoy no me toca.

–¿Por qué?

–Porque el patrón no me necesita. Me llama cuando le hago falta.

–Pero ¿qué haces?

–Soy peón.

–¿Y el colegio?

–¡Ah, sí, el colegio! Lo dejé en segundo de secundaria, total, me cateaban.

Vi los músculos moldeados por el trabajo, los hombros fuertes. Una espuma castaña le trepaba por el tórax quemado por el sol y más arriba, por la cara. Él también debía de haber crecido pronto. Cuando se estiró me llegó el olor a adulto, no era desagradable. Una cicatriz en forma de raspa de pescado le adornaba la sien izquierda, quizá una vieja herida mal suturada.

Ya no hablábamos, me miraba el cuerpo de nuevo. De vez en cuando se recolocaba el sexo con la mano, en una posición menos molesta. Quería vestirme, pero el día anterior no había deshecho la maleta y se había quedado por ahí, tendría que dar unos pasos de espaldas a sus ojos para ir a cogerla. Esperé a que ocurriera algo. Él bajaba despacio desde mis caderas tapadas con algodón blanco hasta mis piernas desnudas, hasta mis pies contraídos. No iba a darme la vuelta.

Vino la madre, le dijo que se diera prisa, un vecino buscaba ayuda para unas faenas en el campo. A cambio le daría cajas de tomates maduros, de esos para hacer conserva.

–Tú ve con tu hermana a por la leche, si queréis desayunar –me ordenó a mí después, esforzándose por suavizar el tono, pero al final de la frase había vuelto a ser el habitual.

En el otro cuarto, el niño había llegado a gatas a la bolsa de mis zapatos y los había esparcido a su alrededor. Mordisqueaba uno, una mueca en la boca por el amargor. Adriana ya limpiaba las judías verdes para la comida, de rodillas sobre una silla contra la mesa de la cocina.

–Mira todo lo que dejas en lo que tiras –le llegó puntual el reproche.

No hizo caso.

–Lávate y nos vamos a comprar la leche, tengo hambre –me dijo.

Fui la última en usar el baño. Los varones habían salpicado el suelo de agua y la habían pisado, se superponían huellas de suelas y de pies descalzos. En mi casa nunca había visto las baldosas en aquel estado. Resbalé sin hacerme daño, como una bailarina. Seguro que en otoño no retomaría las clases de ballet, ni la natación.

6

Recuerdo una de aquellas mañanas del principio, en las ventanas una luz desvaída anunciaba el temporal que descargaría más tarde, igual que los demás días. Una extraña quietud alrededor, Adriana había bajado con el pequeño a casa de la viuda del bajo y los varones se habían ido. Estaba sola en casa con la madre.

–Despluma el pollo –me ordenó, dándome el animal muerto que sostenía por las patas, con la cabeza colgando. Alguien debía de haber subido a traérselo, había oído charlar en el descansillo y al final su agradecimiento–. Luego lo descuartizas.

–¿Cómo? No entiendo.

–¿Es que te lo comes así? Tienes que quitarle las plumas, ¿no? Después lo cortas y le sacas las tripas –me explicó, sacudiendo ligeramente el brazo tendido hacia mí.

Retrocedí un paso y aparté los ojos.

–No soy capaz, me da impresión. Puedo hacer la limpieza.

Me miró sin decir nada más. Tiró el cadáver sobre el mueble del fregadero, un golpe sordo, y empezó a arrancar plumas furiosamente.

–Esta, los pollos solo los ha visto guisados –la oí que rezongaba entre dientes.

Me esforcé en limpiar, aquello no era difícil. Otras tareas domésticas no sabía hacer, no estaba acostumbrada. Insistí largo rato con el estropajo en la mancha de cal que se extendía en el fondo de la bañera, luego abrí el grifo para llenarla. De agua fría, la caliente no llegaba y no quería preguntar. De la cocina venía de vez en cuando el ruido de los huesos trinchados mientras yo seguía sudando sobre los sanitarios sucios. Al final cerré la puerta por dentro con el ganchito de hierro y me sumergí. Cuando alargué la mano al jabón sobre el borde, sentí que me moría. La sangre abandonaba mi cabeza, mis brazos, mi pecho, y los dejaba helados. Pero disponía de unos instantes para un par de acciones necesarias: quitar el tapón y pedir ayuda. No sabía cómo llamar la atención de la mujer de allí, no conseguía llamarla mamá. En lugar de emes y aes, vomité grumos de leche ácida en el agua en descenso. Ni siquiera me acordaba de su nombre, en caso de que hubiera querido pronunciarlo. Entonces chillé y me desmayé.

No sé cuánto tiempo después me despertó el olor seco del pis de Adriana.

Estaba tumbada desnuda en la cama, con una toalla encima. En el suelo, al lado, un vaso vacío, debía de haber contenido azúcar diluido, la cura que la madre usaba para todo mal. Más tarde se asomó a la puerta de la habitación.

–Si empezabas a sentirte mal, ¿no podías decirlo enseguida en vez de esperar a ponerte peor? –preguntó masticando algo.

–Perdona, creía que se me pasaría –respondí sin mirarla.

Nunca la llamé, durante años. Desde que le fui restituida, la palabra mamá estaba agazapada en mi garganta como un sapo que no saltaba fuera. Si tenía que dirigirme a ella con urgencia, trataba de captar su atención de varias maneras. A veces, si tenía al niño en brazos, le pellizcaba las piernas para que llorara. Entonces ella volvía la cabeza hacia nosotros y yo le hablaba.

He tenido olvidadas largo tiempo aquellas pequeñas torturas infligidas a mi hermano y solo ahora, cuando tiene más de veinte años, las he recordado por casualidad. Estaba sentada en un banco a su lado, donde vive, y he visto en su piel un moratón como los que le dejaba yo entonces. Esta vez se había dado con el canto de un mueble.

En la cena todos estaban excitados por la novedad del pollo, Adriana se preguntó si era Navidad en verano. Yo me debatía entre el hambre y el asco por haberlo visto destripado, con las entrañas oscilando sobre el fregadero, entre las tazas sucias del desayuno.

–Un muslo a papá y otro a esa, que hoy se ha desmayado –decidió la madre. Pero los demás trozos eran mucho más pequeños y huesudos después de que la pechuga fuera reservada para el día siguiente. El que llamaban Sergio se rebeló enseguida.

–Si está mal, que se tome el caldo, no el muslo –se amotinó–. Me toca a mí, hoy he ayudado a la del piso de arriba en la mudanza y tú te has quedado con el dinero que me he ganado.

–Y por su culpa, además, has roto la puerta del váter –intervino otro moviendo el índice en mi dirección–. Esta solo causa daños, ¿no podéis devolvérsela a quien la tenía antes?

Con un manotazo en la cabeza el padre lo hizo sentar y callarse.

–Ya no tengo hambre –dije mirando a Adriana, y escapé a la habitación. Ella vino poco después, con una rebanada de pan con aceite. Se había aseado y cambiado, llevaba una falda demasiado pequeña.

–Deprisa, en cuanto comas te vistes y corremos a la fiesta –y me puso el plato debajo de la nariz.

–¿De quién?

–Del santo patrón, ¿no? ¿No has oído a la banda? Y los cantantes están a punto de empezar ahora, en la plaza. Pero nosotras no vamos allí, Vincenzo nos lleva a las atracciones –susurró.

Media hora después la raspa de pescado de la sien de Vincenzo brillaba a las luces de la explanada donde habían acampado los gitanos. Había sido el único de los varones que no me había atacado en la disputa por el muslo de pollo y no les había dicho a sus hermanos que vinieran con nosotros, con él solo estábamos Adriana y yo. Contó las monedas reunidas a saber cómo y se entretuvo un rato con el taquillero, se veía que tenían confianza, quizá de las fiestas de años anteriores. Fumaron juntos, parecían de la misma edad y tenían la misma piel oscura. El gitano cogió el dinero para las primeras vueltas, luego nos dejó subir gratis.

Nunca me había montado en una atracción, mi madre decía que era demasiado peligroso, el hijo de una amiga suya se había machacado un pulgar en los autos de choque. Adriana, ya experimentada, me ayudó a montar en la silla y cerró la barra de seguridad.

–Sujétate fuerte a las cadenas –me aconsejó antes de sentarse delante de mí.

Volé entre ella y Vincenzo, me pusieron en medio para quitarme el miedo. En el punto más alto se tocaba una especie de felicidad, lo que me había ocurrido en los últimos días se había quedado en tierra, como una niebla pesada. Pasaba por encima y hasta podía olvidarlo, un rato. Tras unas cuantas vueltas de prueba de repente recibí en la espalda el empujón de un pie y la voz:

–¡Pilla esa cola! –pero la reacción de mi brazo fue débil, no me atrevía a soltar la cadena.

–Alarga la mano, señorita, que no te pasa nada –me incitó él, luego golpeó con más fuerza. Al tercer intento me proyecté entera al vacío y sentí algo peludo en la palma abierta, lo agarré lo más fuerte que pude. Había conquistado la cola de zorro y el entusiasmo de Vincenzo.

Las sillas voladoras aminoraron su giro chirriando y poco a poco se detuvieron. Bajé, di dos pasos involuntarios y vacilantes, por inercia. En los brazos los temblores no eran de frío, después de las tormentas cotidianas volvía enseguida el bochorno. Él se acercó y me miró en silencio a los ojos, los suyos relucientes. Había sido valiente. Me arreglé el vestido, que había quedado descompuesto con el viento. Se encendió un cigarrillo y me sopló a la cara la primera bocanada de humo.

Cuando casi habíamos llegado debajo de casa, Vincenzo nos dio su llave. Había olvidado algo en la feria, podíamos dejarle la puerta entornada. Pero tardaba en volver mientras no me dormía, todavía excitada por el vuelo. Al otro lado de la pared, un chirrido rítmico en la habitación de los padres, luego nada. Pasaron las horas y tenía las piernas inquietas, le di un golpe en la cara a Adriana con un pie. Más tarde me alcanzó la habitual humedad, me levanté y ocupé la cama de Vincenzo, aún vacía. Al moverme encontraba los distintos olores de las partes de su cuerpo, las axilas, la boca, el olor genital. Lo imaginé delante de la caravana de su amigo gitano, charlando entre el humo de los cigarrillos. Y así me entró sueño, al amanecer.

Se presentó a la hora de la comida en pantalones de trabajo con rodajes de manchas sólidas de cemento. Nadie parecía haber notado su ausencia nocturna. Los padres solo cruzaron una mirada mientras él se acercaba a la mesa.

El padre lo golpeó en frío, sin una palabra. Vincenzo perdió el equilibrio, al caer una mano acabó dentro del plato de pasta con salsa de los tomates que se había ganado en el campo en los días anteriores. En el suelo se enroscó como defensa y esperó a que terminara, con los ojos cerrados. Cuando los pies del otro se alejaron, se apartó un poco rodando y allí se quedó, boca arriba, para recuperarse sobre el suelo fresco.

–Vosotros, comed –dijo la madre con el niño en brazos. No había llorado con el jaleo, como si estuviese acostumbrado. Los varones obedecieron al instante, Adriana un tanto a desgana y retrasada después de haber recolocado el hule. Solo yo estaba asustada, nunca había visto la violencia de cerca.

Me acerqué a Vincenzo. Una respiración rápida y superficial movía su pecho. Dos hilillos de sangre le bajaban de la nariz a la boca abierta y un pómulo se le estaba hinchando ya. La mano se le había quedado manchada de salsa. Le ofrecí el pañuelo que llevaba en el bolsillo, pero él se volvió hacia el otro lado sin aceptarlo. Entonces me senté en el suelo, allí al lado, como un punto vecino a su silencio. Sabía que yo estaba allí y no me echó.

–La próxima vez lo destrozo –se prometió entre dientes cuando reconoció el ruido del padre al levantarse de la mesa. Ya habían terminado todos, Adriana empezó a quitar la mesa y el pequeño a gemir de sueño.

–Si no comes es cosa tuya –dijo la madre pasando por delante–, pero lavas eso de todas formas, hoy te toca a ti. –Y señaló el fregadero lleno. Ni se miraron el hijo y ella.

Vincenzo se puso en pie y se limpió la cara en el baño. Con trocitos de papel higiénico enrollados se taponó la nariz y corrió al trabajo, hacía ya rato que había pasado la hora de descanso.

Mientras enjuagaba los platos que le pasaba enjabonados, Adriana me habló de las escapadas de su hermano. La primera vez, a los catorce años, había seguido a los feriantes después de la fiesta del pueblo vecino. Los había ayudado a desmontar las atracciones y cuando se marchaban se había escondido en la caja de un camión. Había aparecido en su siguiente parada, con miedo a ser mandado de vuelta a casa. Pero los gitanos lo habían alojado unos días, trabajaba con ellos vagando por la provincia. Cuando lo habían metido en un autobús que lo devolvería con los suyos, le habían dado un objeto de valor como recuerdo.

–Papá lo molió a palos –dijo Adriana–, pero le quedó el anillo de plata con un grabado curioso. Se lo regaló el amigo que viste ayer por la noche.

–Pero Vincenzo no lleva ningún anillo, me parece.

–Lo tiene escondido. A veces se lo pone, luego le da vueltas entre los dedos y lo esconde otra vez.

–¿Y dónde? ¿Tú lo sabes?

–No, lo cambia de sitio. Debe de ser un anillo mágico, cuando lo toca Vincenzo está feliz un tiempo.

–¿También anoche durmió con los gitanos?

–Creo que sí. Cuando vuelve con esa cara contenta es que ha estado con ellos. Aunque sepa que se la ha ganado.

La madre la llamó para recoger la ropa tendida en el balcón. Las tareas que me mandaba hacer a mí no eran muchas en comparación con las de Adriana. Quizá me las estuviera ahorrando, o quizá se olvidaba de que estaba allí. Lo seguro es que no me consideraba capaz, y no se equivocaba. A veces ni siquiera sabía lo que me ordenaba en aquel dialecto rápido y entrecortado.

–¿Te acuerdas de la primera vez que Vincenzo se escapó de casa? –le pregunté a Adriana cuando vino a la cocina a colocar los trapos doblados–. ¿Ella se desesperó? ¿Avisaron a los carabineros?

Frunció el ceño y las cejas casi se le juntaron en el medio.

–No, a los carabineros no. Papá lo buscó con el coche. Ella no lloraba, pero se estaba callada –respondió señalando con la barbilla en dirección a los chillidos contra algún hijo, por allí.

Para dormir al menos un poco recordaba el mar. El mar a pocas decenas de metros de la casa que había creído mía y en la que había vivido desde que era pequeña hasta hacía unos días. Solo la carretera separaba el jardín de la playa, en los días de lebeche mi madre cerraba las ventanas y bajaba del todo las persianas para impedir que la arena entrara en las habitaciones. Pero el fragor de las olas sí se oía, apenas atenuado, y por la noche conciliaba el sueño. Lo recordaba en la cama con Adriana.

Le hablé como si fueran fábulas de los paseos con mis padres por el paseo marítimo hasta la renombrada heladería de la ciudad. Ella, con un vestido de tirantes y las uñas de los pies pintadas de rojo, caminaba del brazo de él mientras yo me adelantaba corriendo para ponerme en la cola. De tutifruti para mí, con nata encima, de crema para ellos. Adriana no se imaginaba que existieran todos aquellos sabores, tenía que enumerárselos varias veces.

–Pero ¿dónde queda esa ciudad? –preguntaba ansiosa, como por un lugar mágico.

–A cincuenta kilómetros de aquí, más o menos.

–Llévame alguna vez, así me enseñas también el mar. Y la heladería.

Le hablé de las cenas en el jardín. Yo ponía la mesa mientras los bañistas se retiraban del arenal y pasaban por la acera a pocos metros de mí, al otro lado de la verja. Arrastraban las chanclas de madera y se les desprendían granos de arena de los tobillos.

–¿Y qué comíais? –quería saber Adriana.

–Normalmente pescado.

–¿Quieres decir el atún en lata?

–No, no, hay muchos otros. Lo comprábamos fresco en el mercado de los pescadores.

Describí las sepias imitando los tentáculos con los dedos. Las contorsiones de las galeras agonizantes en los puestos y yo encantada mirándolas. Ellas también me miraban con las dos manchas oscuras de la cola como ojos de reproche. En el camino de vuelta, junto al firme de la vía férrea con mi madre, la bolsa crujía con los espasmos finales.

Al contarlo me parecía sentir en la boca el sabor de las frituras que preparaba

ella, y de los calamares rellenos, de las sopas de pescado. A saber cómo se encontraría mi madre. Si ya había vuelto a comer, si se levantaba más a menudo de la cama. O si estaba ingresada en algún hospital, en cambio. No había querido decirme nada de su enfermedad, seguro que no quería asustarme, pero la había visto sufrir en los últimos meses, ni siquiera había bajado a la playa, ella, que empezaba siempre con los primeros calorritos de mayo. Con su permiso, iba a la sombrilla yo sola; total, ya era mayor, decía. Fui también la víspera de mi marcha e incluso me divertí con las amigas, no creía que de verdad mis padres tuvieran valor para devolverme.

Todavía se me notaba el bronceado, interrumpido por el blanco en forma de bañador. Aquel año había necesitado sujetador, ya no era una niña. Mis hermanos también estaban negros, pero solo en las zonas expuestas durante el trabajo o los juegos al aire libre. Debían de haberse pelado a principios del verano y luego oscurecerse de nuevo. Vincenzo tenía grabado en la espalda el mapa permanente de los mordiscos del sol.

–¿Tenías amigas en la ciudad? –me preguntó Adriana. Acababa de saludar desde la ventana a una compañera suya de clase que la llamaba desde la plazoleta.

–Sí, tenía. Patrizia sobre todo.

Con ella precisamente había elegido el bañador de dos piezas, en primavera. Habíamos ido a comprarlo a una tienda cercana a la piscina, que también frecuentábamos juntas. Ella era casi una campeona, yo iba un poco a la fuerza. Siempre sentía frío; antes de entrar en el agua, cuando salía. No me gustaba el gris de allí dentro, ni el olor del cloro. Pero también añoraba aquello después de que todo hubiera cambiado.

Queríamos tener bañadores iguales, Pat y yo, para presentarnos en la playa con las nuevas formas. Habíamos tenido la primera regla con una semana de diferencia y también la erupción de granos parecía sincronizada. Nuestros cuerpos crecían por sugerencia recíproca.

–A ti te vendrá mejor este –había dicho mi madre entre los anaqueles de la tienda, pescando entre los demás bikinis uno que tapaba más–. Entre otras cosas porque la piel de los senos es delicada y con aquel otro te quemarías. –Recuerdo cada detalle de aquella tarde, al día siguiente ella cayó enferma.

Así que había renunciado al dos piezas reducido, con lazos entre las copas y en las caderas. Patrizia no, lo había querido de todos modos. Venía con frecuencia a casa, yo a la suya menos, los míos no querían que se me contagiaran

los vicios de su familia. Eran alegres, un poco distraídos, desordenados. Nunca los vimos en misa los domingos, ni siquiera en Pascua o Navidad, quizá no se despertaban a tiempo. Comían lo que les apetecía cuando tenían hambre, mimaban a dos perros y un gato maleducado que se subía a la mesa para robar las sobras. Recuerdo las meriendas que nos preparábamos solas en su cocina, las olas de chocolate untadas en el pan, aunque era malo para los dientes.

–Esto es lo que me da energía para la natación –decía Pat–. Coge otra rebanada, tu madre no se va a enterar.

Solo una vez obtuve permiso para quedarme a dormir con ella. Sus padres habían ido al cine y nosotras estuvimos viendo la televisión hasta tarde, picoteando patatas fritas, luego nos quedamos despiertas charlando de cama a cama casi toda la noche, con el minino tumbado y ronroneando sobre la colcha. Yo no estaba acostumbrada a ciertas libertades y al día siguiente, en mi casa, me dormía casi sobre la pechuga de pollo.

–No te habrán dado nada esos, ¿verdad? –se preocupó mi madre.

Patrizia pensó que era una broma cuando le dije que me obligaban a marcharme. Al principio no comprendía la historia de una familia verdadera que me reclamaba, y yo menos que ella al oírla en mi voz tal como la había sabido. Tuve que explicarla de principio a fin y a Patrizia de golpe le entraron unos sollozos que la sacudían por completo. Entonces me asusté de verdad, por su reacción comprendí que estaba a punto de ocurrirme algo grave, ella no lloraba nunca.

–No tengas miedo, los tuyos, me refiero a los de aquí, no lo consentirán. Tu padre es carabinero además, encontrará una manera –intentó consolarme cuando se recompuso.

–Me repite que no lo puede impedir.

–Tu madre estará hecha polvo.

–No está bien desde hace algún tiempo, quizá desde que supo que no puede tenerme con ella. O decidió ella mandarme allí por eso, porque está enferma y no quiere decírmelo. No consigo creer en una familia que nunca he visto y que ahora, de repente, quiere tenerme otra vez.

–Aunque, mirándote bien, no te pareces a ninguno de tus padres. No a los que conocemos.

La idea se me ocurrió luego, por la noche, se la conté a Patrizia a la mañana siguiente bajo la sombrilla. La perfeccionamos hasta el menor detalle, estábamos entusiasmadas con nuestro plan. Después de comer fui corriendo a su casa sin ni siquiera pedirle permiso a mi madre, que descansaba en su habitación. De todos

modos, en aquella época me lo habría concedido con un sí cansado y preocupado por otra cosa.

Pat me abrió con la cabeza baja, sujetándose a la puerta. Con un pie desconsiderado rechazó al minino, que le restregaba la cola por las piernas. Yo casi ni quería entrar ya. Me cogió ella de la mano y me llevó hacia el no que su madre debía decirme. Nosotras, las dos chiquillas, habíamos pensado que al día siguiente, después de la playa, volveríamos allí juntas y yo me quedaría escondida el tiempo necesario, incluso uno o dos meses. Si yo desaparecía, quizá todos aquellos padres se esforzaran más en encontrar una solución para mí. Telefonaría también a mi casa, pero una sola vez y durante pocos segundos – como en las películas–, solo para tranquilizarlos y dictar mis condiciones.

«Yo con aquellos no me voy. Vuelvo con vosotros o me escapo por el mundo.»

La madre de Pat me abrazó fuerte con el cariño de siempre y una turbación nueva. Despejó un poco el sofá y me invitó a sentarme a su lado. Apartó también al gato, no era su momento.

–Lo siento de veras –dijo–. Ya sabes cuánto te aprecio. Pero no es posible.

–¿No estabas contenta en la ciudad? –me preguntó Vincenzo a bocajarro.

Estábamos en el semisótano trastero de la casa. En un amontonamiento informe contra las paredes: cestos desfondados, cartones abarquillados por la humedad, un colchón agujereado del que salían pelluzgones de lana. Una muñeca sin cabeza en un rincón. En el poco espacio central, nosotros los jóvenes cortábamos los tomates en trozos para hacer conserva, pero yo era la más lenta.

–La señorita no lo ha hecho nunca –ya se había mofado de mí, en falsete, un hermano.

El pequeño hundió un brazo en el cubo de los desechos y se lo llevó a la boca. La madre no estaba allí en aquel momento, había ido a buscar algo.

–Y bien, ¿por qué has vuelto aquí? –insistió Vincenzo, señalando en torno suyo con un gesto rojo.

–No fui yo quien lo decidí. Mi madre dijo que ya era mayor y que mis verdaderos padres me querían de vuelta.

Adriana escuchaba atenta, con los ojos puestos en mí, no tenía necesidad de mirar sus manos y el cuchillo que usaba.

–¡Sssí, claro! Quítatelo de la mollera, aquí nadie pensaba en ti –dijo Sergio, el más cruel–. Eh, mamá –voceó luego hacia el exterior–, ¿de verdad que has recuperado tú a esta atontá?

Vincenzo lo empujó con un brazo y el otro cayó entre risotadas del cajón de madera vuelto en que estaba sentado. Golpeó con el pie un recipiente a medias lleno y algunos tomates ya pelados terminaron en la capa de cemento, en el polvo. Yo iba a tirarlos a los desechos sin pensarlo, Adriana me los quitó justo a tiempo con un movimiento rápido de adulta. Los enjuagó y escurrió antes de echarlos a la cacerola. Se volvió a mirarme en silencio, ¿lo había entendido? No se debía despilfarrar nada. Esbocé un sí con la cabeza.

La madre volvió con las botellas limpias para llenar. En cada una había metido una hoja de albahaca.

–Santo Dios, ¿es que estás con la cosa hoy? –me preguntó brusca.

Respondí demasiado bajo por la vergüenza.

–¿Qué? ¿Lo estás o no lo estás?

Repetí que no con el dedo.

–Menos mal, porque si no se echaba a perder todo. Cuando te viene, algunas tareas no las puedes hacer.

Sobre la fogata encendida en un rincón entre la casa y el terraplén de tierra, las botellas de salsa acababan de terminar de hervir al baño maría en un gran perol. Vincenzo reapareció con medio saco de mazorcas, mirando a su espalda. Fingió que no oía a quien le preguntaba de dónde las había sacado. Les quitamos las hojas y los pelos, los granos de dentro estaban tiernos y salpicaban leche cuando les clavabas la uña. Miraba a los demás y hacía como ellos. El borde de una hoja me cortó la piel aún demasiado blanda.

Vincenzo las asó sobre las brasas que quedaban, girándolas de vez en cuando con las manos desnudas, con un rápido toque de las yemas callosas.

–Si se chamuscan un poco están más buenas –me explicó sonriendo de lado.

Pasó la primera por delante de la cara de Sergio, que la creyó suya pero que me llegó a mí. Me quemé.

–Me alegro –refunfuñó Sergio, esperando su turno.

–Las he comido alguna vez, pero hervidas. Así están más sabrosas –dije yo.

No me oyó nadie. En silencio, ayudé a Adriana a lavar y colocar en el trastero los recipientes para hacer conserva.

–A Sergio no le hagas ni caso, ese es malo con todos.

–A lo mejor tiene razón, puede que no hayan sido tus padres los que me reclamaron. Ahora estoy segura, estoy aquí porque mi madre está enferma. Pero apuesto a que vendrá a buscarme cuando se cure.

Querida mamá o querida tía:

Ya no sé cómo llamarte, pero quiero volver contigo. Yo en el pueblo no estoy bien y no es verdad que vuestros primos me esperaran, al contrario, me han recibido como una desgracia y soy un estorbo para todos, aparte de otra boca que alimentar.

Siempre me repetías que para una chica lo más importante es la higiene personal, pues te informo de que en esta casa hasta lavarse es difícil. Compartimos una camita con un colchón que apesta a pis. En la misma habitación duermen los chicos, de quince años en adelante, y eso no te gustaría. No sé lo que podrá pasar aquí. Tú, que vas todos los domingos a misa y enseñas el catecismo en la parroquia, no puedes dejarme en estas condiciones.

Estás enferma y no has querido decirme lo que tienes, pero yo soy lo bastante mayor para estar a tu lado y ayudarte.

He comprendido que tú me llevaste contigo de pequeña por mi bien, porque había nacido en una familia pobre y numerosa. Aquí no ha cambiado nada. Si te importo, por favor manda al tío a buscarme, o uno de estos días me tiro por la ventana.

Posdata: Perdona que no quisiera despedirme de ti la mañana en que me obligasteis a venir aquí y gracias por las cinco mil liras que me metiste entre los pañuelos. El suelto que me queda será suficiente para el sobre y el sello.

Me olvidé de firmar la carta escrita en una hoja arrancada de un cuaderno a rayas. La eché en el buzón rojo junto a la puerta del estanco y conté el resto, suficiente para dos polos, uno de menta para mí y otro de limón para Adriana.

—¿A quién se la mandabas? —me preguntó, lamiendo con cuidado el papel que había despegado de la superficie helada.

—A mi madre de la ciudad.

—Esa no es tu madre.

—A mi tía entonces —precisé nerviosa.

—Sí, es prima segunda de nuestro padre. En realidad el primo es su marido, el

que te ha traído, el carabinero. Pero es ella la que tiene dinero, ella se encarga de ti.

–¿Qué sabes tú? –Mientras el líquido verdoso resbalaba por el palo hasta los dedos.

–Anoche oí una conversación en la habitación de nuestros padres. Estaba escondida en el armario porque Sergio me quería pegar. Parece que la Adalgisa esa te mandará incluso a la escuela alta, pobre de ti.

–¿Qué más decían? –le pregunté, poniendo boca abajo el polo para que goteara por la punta.

Adriana negó con la cabeza y me lo quitó, lo chupó entero y me lo devolvió, invitándome a comérmelo con un gesto impaciente.

–Con el apuro en que está, repetían.

Chupé sin ganas lo que quedaba metiéndomelo entero en la boca un momento, hasta reducirlo a un hielo descolorido.

–Dámelo –dijo Adriana exasperada y se lo terminó a mordisquitos alrededor del palo.

Le pregunté al cartero cuándo se repartiría una carta enviada a la ciudad, multipliqué por dos los días y concedí uno más para escribir la contestación. Luego empecé a esperarla, sentada en la tapia cada mañana desde las once, mientras los niños se perseguían por la plazoleta o jugaban al truke. Columpiaba las piernas bajo el sol agradable de septiembre y a veces me imaginaba que, en vez de un sobre franqueado, estaba a punto de llegar mi tío carabinero al que había creído mi padre. Me llevaría de vuelta en su largo automóvil gris y entonces se lo perdonaría todo, el no haberse opuesto a mi restitución, el haberme dejado allí en el asfalto.

O bien vendrían los dos, ella curada, el pelo cardado por su peluquero habitual, que también me lo cortaba a mí –en tanto el flequillo me había crecido delante de los ojos–, alrededor del cuello uno de los suaves pañuelos que se ponía en entretiempos.

–¿Qué estás esperando, una carta de amor? –bromeaba el cartero después de haberme desilusionado buscando en vano en el bolsón de cuero.

La furgoneta se detuvo bajo el azul del cielo a media tarde. El hombre que conducía bajó para preguntar en qué piso vivía la destinataria de la mercancía, el nombre era el de la madre. Empezó a descargar unos bultos embalados, los chiquillos interrumpieron enseguida sus juegos para ayudar a subirlos por la escalera. Todos sentíamos curiosidad y él se divertía teniéndonos en ascuas.

–Cuidado, cuidado con las aristas. Cuando lo monte veréis lo que es –repetía a los más impacientes.

–¿Dónde duermen las niñas? –preguntó como si obedeciera instrucciones aprendidas de memoria.

Adriana y yo le abrimos la habitación, mirándonos incrédulas. En pocos minutos tomó forma ante nuestros ojos una litera, completada con escalerita y colchones nuevos. El hombre la pegó a la pared y, para aislarla, desplegó en los lados libres un biombo de tres hojas. Volvió abajo para coger algo más, la respuesta a mi carta todavía no había terminado.

–Pero ¿quién ha pedido todas estas cosas? ¿Y quién las va a pagar ahora? –se preocupó Adriana, como si de repente se despertara de un sueño–. Papá ya tiene deudas. ¿Y dónde se ha metido mamá?

Había desaparecido con el pequeño después de comer, sin decirnos nada. Quizá se hubiera entretenido charlando en casa de alguna vecina.

–Nuestros padres no nos han dejado el dinero –empezó a justificarse mi hermana con el hombre, que había subido unas grandes cajas con ayuda de la usual pandilla de chavalillos. Contenían dos juegos de sábanas de colores, un edredón de lana, una colcha más ligera. Todo parecía destinado a una sola de las camas superpuestas. También había jabones, botes de mi champú favorito y de otro contra los piojos, allí podía hacerme falta. Y una muestra del perfume de mi madre, se había dado cuenta de que por las mañanas le robaba unas gotas antes de ir al colegio.

–La mercancía ya está abonada. Solo necesito la firma de un adulto como comprobante.

Lo resolvió Adriana, imitando la escritura insegura del padre. Cuando nos quedamos solas en la habitación me pidió dormir ella arriba, luego abajo, luego arriba otra vez. Se había quitado los zapatos y probaba las camas subiendo y bajando por la escalera. Sacamos al descansillo el viejo somier deformado y el colchón maloliente.

–Tengo miedo de mojar el nuevo.

–Ha comprado también una funda impermeable. Úsala tú.

–¿La ha comprado quién?

La madre volvió en aquel momento, sobre el hombro la cabeza balanceante del niño dormido. No se asombró de la novedad, que Adriana quiso enseñarle enseguida tirándole de la blusa. Irritada por el entusiasmo de la hija, miró con una especie de suficiencia obtusa la cama y lo demás, luego a mí.

–Te la manda la relamida de tu tía. Cualquiera sabe lo que habrás contado de

nosotros. Ayer hablé con ella por el teléfono público, la señora Adalgisa mandó a llamarme a Ernesto, el de la bodega.

El privilegio de dormir en colchones nuevos de fábrica, tapadas por el biombo, se volvió contra Adriana y contra mí ya la primera noche. Los varones se escondían detrás de aquel chisme, así lo llamaban, y nos asustaban asomando de repente con un alarido. Lo volcaron varias veces y al cabo de una semana la tela de las hojas se había rasgado en distintos puntos. Metían la cabeza por los agujeros y proferían sonidos horribles. Mi hermana y yo asistimos a la ruina de nuestro pequeño mundo separado, las protestas no valieron para salvarlo y los padres no intervinieron. Los años como hija única no me habían enseñado a defenderme, sufría los ataques impotente y rabiosa. Cuando Sergio pasaba por delante de mí, me sorprendía que no cayera fulminado por mis silenciosas maldiciones.

Tan solo Vincenzo no tomaba parte en las jugarretas, a veces les gritaba a sus hermanos que pararan, fastidiado por su alboroto. Después de que bajáramos al trastero el biombo para entonces inservible, me miraba largo rato, por la noche y al despertar, como si hubiera echado de menos la visión de mi cuerpo. Seguíamos vistiéndonos poco, por el calor persistente de aquel verano sin fin.

En la litera que tanto la había entusiasmado Adriana no conseguía dormir, ni arriba ni abajo, nos cambiábamos la cama sin cesar. A una hora variable venía a acurrucarse a mi lado, donde yo estuviera. Pero solo había una funda, así que en poco tiempo la orina involuntaria de Adriana impregnó los dos colchones nuevos.

Mi madre del mar murió en la cama superior de la litera una de aquellas noches. Viéndola, no parecía enferma, tal vez solo un poco más gris que de costumbre. Sin un comienzo preciso, el lunar peludo extendido como una oruga encarnada en su barbilla empezó a desteñirse, muy despacio. Palideció en pocos minutos, hasta confundirse con el blanco oscuro de alrededor. El aire dejó de hincharle el pecho y los ojos se quedaron fijos.

En el funeral me acompañaba la otra madre. Pobreadalgisa, pobreadalgisa, repetía retorciéndose las manos. Pero luego la echaron, tenía las medias sintéticas llenas de carreras y no podía asistir al acto en aquel estado. Me quedé sola delante, única hija de la difunta, detrás de mí un grupo indistinto de figuras negras participaba en la ceremonia. Los sepultureros bajaban el ataúd a la hoya recién cavada, bajo el peso las cuerdas rechinaban al rozar con las aristas. Debía de haberme acercado demasiado al borde de la fosa, la hierba cedió bajo mis pies y caí sobre ella, encerrada en la madera. Estuve quieta allí, aturdida y tal vez invisible. El cura impartía una bendición monocorde, rociaba con agua consagrada también mi cuerpo. Luego el ruido de las palas que empezaban a echar la tierra retirada, sordas a mis gritos. Al final alguien me agarró fuerte por un brazo.

–Si no paras de chillar como una loca te tiro por la ventana –me amenazó Sergio, sacudiéndome en la oscuridad.

Ya no volví a dormirme. Seguí el viaje frío de la luna hasta que se escondió detrás de la pared.

La pesadilla fue la culminación de mis angustias nocturnas. Después de breves abandonos al sueño los despertares eran sobresaltos improvisos, y la certidumbre de una desgracia inminente, pero ¿cuál? Tanteaba en aquellas ausencias de la memoria hasta que la enfermedad de mi madre salía a flote de golpe, y se agigantaba, se agravaba en la oscuridad. Por el día podía dominarla, creer en una curación, un regreso mío a casa, después. Por la noche ella empeoraba hasta morir en sueños.

Más tarde bajé yo a la cama de Adriana, por una vez. No se despertó, apartó los pies para acogerme en la acostumbrada posición invertida, pero quise reposar

la cabeza junto a la suya, en la almohada. La abracé para consolarme. Qué menuda y huesuda era, olía a cabello grasiento.

Por contraste, surgieron de los recuerdos los bucles de Lidia como flores rojas entre las sábanas. Demasiado joven para llamarla tía, la hermana menor de mi padre carabinero. Durante algunos años habíamos estado juntas en casa de mis padres, ella aparecía en los primeros recuerdos de aquellas habitaciones. Ocupaba un cuarto al fondo del pasillo, largo y estrecho pero con vistas al mar. Por la tarde me daba prisa con los deberes y luego escuchábamos canciones en la radio. Se atormentaba pensando en alguien perdido, repetía apenada las estrofas de amor con el puño sobre el tórax asmático. Sus padres la habían mandado desde su pueblo para que respirara el aire salobre allí, donde su hermano.

Cuando nos quedábamos solas, Lidia se vestía con la minifalda y las sandalias de plataforma que tenía escondidas en el armario y ponía el tocadiscos a todo volumen. Bailaba el shake en el comedor, contorsionándose entera con los ojos cerrados. A saber dónde habría aprendido, no le estaba permitido salir después de anochecer, pero a veces desobedecía saltando por una ventana de la planta baja. La quería a mi lado cada noche, justo en el momento de rendirme al sueño me entraban unos picores en puntos inaccesibles de la espalda. Lidia venía a rascarme y luego se quedaba sentada en la cama. Me contaba las vértebras, delgada como yo estaba, y de cada una se inventaba una historia. Ponía nombre a las más prominentes y las hacía conversar como viejas señoras, tocando ora una ora otra.

–Me cogen –había dicho un día al entrar en casa.

Así la perdí, en los Grandes Almacenes, unos años antes de que me restituyeran. Habíamos ido una mañana temprano a hacer compras y, mientras yo me probaba una camiseta con peces y estrellas de mar, le había pedido a una dependienta hablar con la directora. Llegaba más tarde, la esperamos. En cuanto nos recibió en su despacho desnudo, Lidia sacó del bolso un diplomita de secretaria de empresa y pidió trabajar allí, con la función que fuera. Estaba sentada delante del escritorio y yo de pie al lado, de vez en cuando me acariciaba el brazo.

La llamaron casi enseguida para un breve periodo de prueba. Una tarde volvió con el uniforme temblándole en las manos, debía ponérselo al día siguiente. Se lo probó andando de acá para allá por el salón. Era blanco y azul, con el cuello y los puños almidonados. Ahora ella también tenía uniforme, como su hermano. Dio una serie de vueltas para enseñarnos la falda, que hacía revuelos. Cuando se detuvo y el mundo dejó de girar a su alrededor yo ya no estaba allí mirándola.

De dependienta pasó enseguida a cajera y, al año, a encargada de sección. Volvía cada vez más tarde. Luego la trasladaron a la sede central, a bastantes cientos de kilómetros. Me escribía, a veces, y no sabía qué contestarle. En el colegio todo bien, sí. Seguía siendo amiga de Patrizia, por supuesto. En la piscina había aprendido las volteretas en el agua, pero seguía pasando frío. Al principio mandaba postales con los monumentos de la ciudad, luego debieron de acabársele. En los cuadernos coloreaba el sol de negro como mi humor y la maestra telefoneó a casa para preguntar si había muerto alguien. La media de mis notas era diez, en el cuidado minucioso de los deberes que me mandaban ocupaba el tiempo dejado por Lidia.

Regresó en agosto para las fiestas, pero yo tenía miedo de volver a ser feliz con ella. Bajamos a la playa de costumbre y se quemó pese a las cremas que había comprado con descuento para empleados. Con los bañistas habituales que la saludaban hablaba ya con el falso acento septentrional de los emigrantes. Me dio vergüenza ajena y empecé a matar la nostalgia.

Solo la vi otra vez antes de que decidieran devolverme. Pulsó el timbre y abrí a una desconocida de pelo teñido y alisado. Llevaba pegada a sus piernas a una niña que no era yo.

En la oscuridad, con Adriana, imaginé que Lidia habría podido salvarme, a lo mejor tenerme un tiempo con ella, allí en el norte. Pero se había mudado de ciudad y ya no sabía cómo localizarla. Era aún demasiado pronto para imaginar una salvación diferente.

Apagaron la luz y se metieron en la cama de un salto. Sergio hizo callar a su hermano justo cuando yo entraba en la habitación, pero todavía se le escapaban unas risitas ahogadas en la almohada. Vincenzo estaba fuera desde la tarde y Adriana todavía por allá, con el pequeño en brazos. Me desvestí en la oscuridad y me metí entre las sábanas en aquel silencio oprimente. Encontré con el pie algo vivo, que se movía y revolvía, caliente y peludo. Percibí a la vez mi chillido, pinchazos repetidos en el tobillo, las carcajadas de los dos. Llegué no sé cómo hasta el interruptor, me volví para mirar la cama. Una paloma giraba sobre sí misma dando saltitos, rotaba en torno al ala entera, extendida como si solo con ella pudiera volar. Tenía la otra rota cerca del cuerpo. Sus excrementos en la sábana nueva. Llegó al borde del colchón y cayó al suelo, se golpeó con el pecho.

Los hermanos se habían sentado y reían con grosería, se daban manotazos potentes en los muslos y se les saltaban las lágrimas. El animal siguió intentándolo, en el suelo, trataba de levantarse. Cansado del espectáculo, Sergio lo cogió por el ala sana y lo arrojó por la ventana. En aquel momento tuve la certeza de que la otra se la había roto él.

Le grité demasiado cerca el monstruo que era y le arañé a fondo la cara con todas las uñas, dejándole en la piel surcos a los que enseguida afloró la sangre. No se defendió, no me pegó, se rio más forzando un poco el tono para demostrarme que no podía hacerle daño. El otro saltaba sobre las camas como un mono, imitaba el gorjeo de las palomas.

El padre vino a ver. Antes de comprender lo que había ocurrido repartió al azar unos bofetones a ambos, para calmarlos de entrada. Por acuerdo tácito, él pegaba siempre a los varones desde que habían crecido tanto que a la mujer ya no le bastaban las fuerzas. Ella se encargaba de Adriana, con una dosis más o menos diaria.

–Solo era una broma –se justificó Sergio–, por las noches ella chilla por nada, nos despierta. Ahora la he hecho chillar de miedo.

Al día siguiente ayudaba a doblar las sábanas ya secas.

–Ojo con estas apestosas –dijo la madre, espachurrando una bien verde–. No

sé por qué les gusta meterse en la ropa tendida. –Luego pasó con naturalidad de las chinchas a los hijos–: Este segundo me ha salido torcido del todo. El otro de vez en cuando se escapa, pero no es demasiado bribón.

–En esta casa no me quieren, por eso me torturan. ¿Por qué no me enviáis donde estaba?

–Poco a poco Sergio se acostumbrará también. Pero tú procura no gritar cuando duermes, que le ataca los nervios.

Se paró un instante con la pila de ropa blanca en las manos. Me miró a los ojos, una de las raras veces, como siguiendo un pensamiento.

–¿Te acuerdas de cuando nos vimos en la boda? Tendrías seis, siete años.

Me reabrió la memoria de un latigazo.

–Algo recuerdo, solo que aquí estás distinta, con la ropa de todos los días. Aquella vez estabas elegante –reconocí.

–No sabes para cuántas ocasiones aproveché aquel conjunto. Con el tiempo engordé un poco y tenía miedo de que saltaran las costuras. –Sonrió–. Era un domingo de junio, los novios habían perdido tiempo con todas aquellas fotografías –empezó a contar–. Qué hambre nos había entrado, a las tres todavía estábamos cogiendo sitio en el restaurante. Me vuelvo de pronto y te veo, no te reconocía de lo grande y guapa que estabas.

–¿Y quién te dijo que era yo?

–Primero lo sentí yo y además por allí andaba Adalgisa, ¿no? Charlaba con una pariente y no me vio enseguida. Yo te llamé y alzaste la cabeza. Te quedaste con la boca abierta, quizá porque se me escapaban las lágrimas.

Hoy le habría preguntado cada mínimo detalle de aquel encuentro, pero entonces estaba demasiado confundida. Ella prosiguió por su cuenta, había dejado la ropa sobre una silla.

–Nada más verme, Adalgisa se puso en medio, entre tú y yo. Pero tú te asomabas desde detrás de ella con aquella cabecita curiosa y me mirabas.

Yo observaba un mechón en su frente, blanco antes de tiempo, como un signo de reconocimiento muy suyo. Cuando me restituyeron empezaba ya a mimetizarse con el pelo de un gris prematuro y después se perdería entre el blanco total.

Aquel día, en la boda, todavía no sabía nada. Los dos padres eran primos lejanos, llevaba su apellido. En el mes del destete las dos familias se habían repartido mi vida con palabras, sin acuerdos precisos, sin preguntarse cuánto me costaría a mí su vaguedad.

–No podía hablar mucho, porque eras pequeña, pero le canté las cuarenta a tu

tía.

–¿Por qué?

–Había jurado que vendríais mucho aquí, donde nosotros, que te criaríamos juntas. Pero no volvimos a verte hasta la fiesta de tu primer cumpleaños, bajamos nosotros a la ciudad. –Le falló la voz, unos momentos–. Pero luego os mudasteis y nadie nos avisó.

Estaba atenta, pendiente de lo que contaba, pero no quería fiarme de ella. Incluso Adriana lo había dicho el día mismo de mi llegada allí, que no había que creerla mucho.

–Puso la disculpa de que tenía con ella a su cuñada enferma y no la podía dejar, pero justo cuando la estaba nombrando Lidia vino a saludarme toda guapa y sanota.

–Lidia sufría asma, a veces tenían que llevarla a urgencias –repliqué seca.

Me miró y no añadió más. Comprendió de qué parte estaba yo. Cogió el montón de ropa y lo llevó a su habitación.

Después de mi carta sin respuesta debían de haberse hecho nuevos acuerdos que yo no conocía. Los sábados, la madre del pueblo tenía que entregarme una pequeña suma proveniente, a saber por qué medio, de la del mar. Con ella en la mano, a veces un poco disminuida por quien me la daba, me sentía tranquilizada sobre la salud de la madre lejana, quizá estuviera mejorando. Y yo siempre estaba en sus pensamientos. Creía recibir con las monedas el calor de su palma, conservado en el metal de las cien liras, como si de verdad las hubiera tocado.

Cruzaba un gesto de entendimiento con Adriana y nos íbamos a la bodega de Ernesto. Abría el congelador de los helados y buscaba entre el vapor frío y blanco. Dos almendrados, de chocolate para mí y de guindas para ella, nos los tomábamos allí fuera, sentadas a una mesita como los viejos que jugaban a la brisca. El resto lo reservaba, a veces le compraba otro chupete a Giuseppe, que siempre lo estaba perdiendo.

En pocas semanas junté el dinero suficiente para los billetes de autobús y unos bocadillos. Adriana se asustó cuando se lo dije, entonces le propusimos a Vincenzo que nos acompañara. Terminaba su cigarrillo al fondo de la plazoleta antes de subir a cenar. Sopló el humo con los ojos cerrados, como cuando reflexionaba.

–Vale, pero en casa no tiene que saber nadie a dónde vamos –concedió por sorpresa–. Les largamos la trola de que venís conmigo a trabajar en el campo, total, les trae al fresco –añadió con una mirada negra al segundo piso.

Al amanecer nos montamos en el autobús a la ciudad. Adriana nunca la había visto, Vincenzo solo ciertos barrios periféricos donde sus amigos gitanos acampaban con las atracciones. La parada estaba a un paso de la playa privada en que había pasado todos mis veranos. Desde nuestra sombra olorosa a cremas mi madre y yo mirábamos los tropeles de bañistas en marcha hacia el tramo de playa libre al otro lado del cercado de cuerda. En aquellos días de final de la estación habríamos saboreado uvas, arrancándolas de una en una de los racimos que ella llevaba como tentempié.

Tan temprano, todavía no había nadie. Una chica nueva barría la pasarela de cemento entre la acera y la entrada del bar. El socorrista abría las sombrillas de

triángulos amarillos y verdes, un chasquido metálico tras oro. La mía no, en primera fila, como si supiera que no se necesitaba.

–Eh, si estás aquí, ¿dónde te habías metido? –cuando le pasé cerca–. Habéis desaparecido del todo, tampoco tu madre ha vuelto a venir, ¿habéis estado de vacaciones en algún sitio? Te la abro ahora mismo de todos modos, la número siete.

La tumbona chirrió por la falta de uso. De golpe el hombre en camiseta desvaída se volvió hacia los dos que me seguían a pocos metros de distancia, eran distintos de los clientes habituales.

–Son mis primos, viven en la montaña –le dije en voz baja.

En todo caso, no lo habrían oído, cautivados por las novedades. Se sentaron en la orilla, también Vincenzo un poco intimidado. Pequeñas olas desganadas lamían el batiente, sin espuma ni voz. El sol aún bajo por encima de la línea del horizonte y las gaviotas posadas en la escollera.

–Pero si se desborda, ¿morimos? –preguntó Adriana, asustada. Dejó correr la arena fina entre los dedos, incrédula. Nos desvestimos, ella llevaba un bañador que ya no me entraba y Vincenzo se quedó en calzoncillos. Colgamos la ropa de las varillas del parasol, alrededor de una estaba anudada una cinta de pelo que creía haber perdido. Allí se me había quedado. Deshice el nudo con trabajo con las uñas mordidas y la metí en la bolsa. La tenía desde hacía años. Cuando era más pequeña mi madre me peinaba y luego me la ponía, rozándome la cara con las manos. Sentada cada mañana en el borde de mi cama y yo de pie frente a ella. Era agradable el ruido del cepillo en la cabeza, la vibración ligera de las púas de hierro.

Mi hermana no quería mojarse ni los pies por miedo a que el mar la arrastrara dentro. Se sentó en la arena seca, con la barbilla sobre las rodillas y la mirada diluida en todo aquel azul. Me sumergí en silencio y me deslicé bajo el agua lo que me duró el aire, sin perturbar la superficie. Luego, con la cabeza fuera, vi la playa poblándose con los más madrugadores, Adriana encogida sobre sí misma en espera de mi vuelta, la carrerilla impetuosa de Vincenzo y su zambullida, que lanzó salpicaduras al aire. Había aprendido a nadar en el río, con los amigos. Vino hacia mí a fuerza de brazadas poderosas y descompuestas, trazando una línea en el mar. Desapareció un instante cuando casi estaba cerca y me levantó de golpe metiendo el cuello entre mis piernas. Me encontré sobre sus hombros, él se mantenía a flote y escupía en todas direcciones. No sentíamos el frío.

–Has estado genial trayéndonos aquí, me lo estoy pasando de muerte –dijo.

Se escurrió e hizo una exhibición de pinos y volteretas, me agarró varias veces

por la cintura y me lanzó como un juguete. Reía y la sal le blanqueaba las encías. Por casualidad le toqué con un pie a la altura del sexo, estaba hinchado y turgente. Me puso las manos sobre las orejas y me besó en los labios, luego su lengua penetró en mi boca y la exploró girando ansiosa en torno a la mía. Había olvidado quiénes éramos.

Me marché nadando, sin prisa ni desagrado. Solo en la orilla me di cuenta de que mi corazón seguía acelerado. Adriana sentada allí, como la había dejado. Quizá no hubiera transcurrido mucho tiempo, aunque el mundo parecía diferente. Me tendí en la arena junto a ella, esperé una nueva calma dentro del pecho alterado.

–Tengo hambre –dijo quejumbrosa.

Tenía bocadillos en la bolsa, pero para hacerla un poco feliz la llevé al bar a tomar una pizzita y una cocacola, con las últimas monedas. Cuando volvimos a la sombrilla, Vincenzo salía cansado del agua como un dios tosco y selvático descendido a los mares por un solo día. Si recuerdo su paso flojo, la extensión azul había quedado fecundada. Algunos se fijaban en él, los calzoncillos se le pegaban demasiado a las formas del cuerpo y se le habían bajado hasta descubrir una franja de vello. Pero ya no había la muchedumbre sudada de agosto en las postrimerías serenas del verano. Yo podía, para entonces clandestina en la playa que me había criado, evitar que me reconocieran los bañistas habituales. También Vincenzo y yo nos evitamos durante las horas restantes. Saqué los bocadillos sin decir nada. Acompañé a Adriana al columpio y me alejé con un pretexto.

Me bastó con cruzar, enfilear la calle casi frontal. Bordeé la valla del jardín mirando las señales del abandono. Una silla volcada por el viento, sobre la mesa que poníamos para la cena al aire libre las primeras hojas caídas. Un jirón de tela enredado en las espinas del rosal, la planta preferida de mi madre –en el mes de mayo se prendía un capullo en el pecho antes de salir–. La hierba alta y las flores muertas de sed. Llegué a la verja con plomo en los pies. El buzón no demasiado atestado, quizá alguien recogiera las cartas de vez en cuando, también la mía había sido recibida. El caminito invadido por la arena de los vendavales de lebeche, todas las persianas bajadas, como cuando nos marchábamos de vacaciones. Al resguardo del alero mi bicicleta, con una rueda desinflada. Llamé al vacío de las habitaciones y, tras una espera inútil, volví a llamar varias veces y largo rato. Me apoyé con la frente en el timbre y me quedé allí hasta que el calor se hizo insoportable. Regresé corriendo, arriesgándome a que me atropellaran. Me senté a la sombra de las casetas.

Debía de haberse muerto de verdad, como en mi sueño, como sus tulipanes, no habría abandonado la casa si no. Pero había sido ella quien me había mandado al pueblo la litera con todo lo demás, y la otra madre había dicho que habían hablado por teléfono. Entonces, ¿por qué no hablaba también conmigo? ¿Dónde estaba? A lo mejor no quería impresionarme con una voz enferma, desde un hospital lejano. ¿Y si en realidad mi padre hubiese sido destinado a otra ciudad? Decía que era posible. No, me habrían llevado con ellos a donde fuera. ¿Y Lidia lo sabría? ¿Lo sabía y no me buscaba? No hablaban a menudo, sin embargo. Poco antes de trasladarse al norte había montado una de las suyas y quizá mi madre no la hubiera perdonado nunca del todo.

Lidia había conocido a la bailarina que vivía en la buhardilla del edificio de enfrente, a veces charlaban a escondidas a través de la verja de nuestro jardín. Lili Rose trabajaba en un local nocturno de la costa y dormía hasta la tarde. De vez en cuando señores distinguidos llamaban discretamente a su puerta. A Lidia no le estaba permitido ni saludarla por miedo al contagio.

Pero un domingo de bochorno mis padres habían ido a un funeral y nos habían dejado en casa. Lili Rose había venido a preguntar si tampoco nosotros teníamos agua, sus grifos estaban secos. Sobre los ojos emborronados por el maquillaje de la noche anterior la maraña de pelo decolorado, un vestido mínimo encima. Lidia la había invitado a entrar, le había ofrecido una bebida fría y luego una ducha. Lili Rose había salido del baño descalza y goteando, con el albornoz de mi madre medio abierto por delante.

Habían empezado a bailar en el salón, al principio con compostura, luego cada vez más enlazadas al ritmo lento y sensual de ciertos discos. Con la cadera adelantada Lili Rose le enseñaba cómo moverse y frotarse contra el cuerpo de un hombre. Alargaba la pierna por la abertura de toalla y la restregaba contra la de Lidia, pero así, por reírse. Conforme pasaban los minutos me sentía un poco inquieta y miraba la puerta, ellas no en cambio. Habían apartado la mesita baja y habían pasado a shakes frenéticos y martilleantes, agitándose como poseídas. Lidia se había quitado la camiseta sudada y se había quedado en pantaloncitos cortos y sujetador. Al final de un single habían caído la una sobre la otra en el sofá, jadeantes. El cinturón del albornoz de Lili Rose se había soltado y la dejaba descubierta.

Mi madre las encontró así al regresar del funeral antes de lo previsto.

Me quedé detrás de las casetas. Adriana, con lágrimas, me encontró por casualidad, deambulando. Quizá hubiera salido volando del columpio, ni

siquiera se había limpiado de arena los labios y la nariz. En aquel ambiente extraño estaba inerte, no había encontrado la sombrilla en primera fila, donde habría podido esperarme con su hermano.

–No me he caído sola, me han empujado aquellos de allí –se quejó cuando llegamos hasta él–. Han dicho que yo no vengo nunca a esta playa y que no podía estar en el columpio. –Le señaló a unos niños que merodeaban por la zona de juegos.

Él cargó como un toro, no sé si cruzaron unas palabras o empezaron a pegarse enseguida. Adriana y yo llegamos cuando ya rodaban por el suelo, enzarzados como estatuas de arena todos contra uno, el nuestro. Llamamos al dueño del establecimiento, les gritó y los separó. Pero luego, aparte, me dijo que no volviera a llevar a aquel medio gitano en calzoncillos, ¿quién era? Seguro que no un pariente de una familia tan respetable, mi padre carabinero incluso.

Vincenzo se lavó en el agua baja sin darse un baño. A media tarde comían melón en las sombrillas cercanas y nos miraban. Pasó el hombre del silbato, andaba a lo largo de la orilla voceando coco fresco.

–¿Qué vende, huevos de hoy? –se asombró Adriana.

–No, es una fruta exótica. –Pero las monedas no me daban.

A él le hizo gracia la curiosidad de mi hermana, que se había acercado al cubo, y le regaló un trozo, aunque pequeño, para que lo probara.

Nos vestimos y nos dirigimos a la marquesina del autobús, por un momento creí oír a nuestra espalda un suspiro general de alivio. Desde la ventanilla saludé la casa de cinco pisos en que vivía Patrizia y le prometí en silencio que iría a verla.

–Cogeré el autobús más tarde, voy un momento donde unos amigos –dijo Vincenzo, levantándose de pronto para apearse en una de las paradas de las afueras. Al verlo todo magullado en la acera a través del cristal polvoriento ya no sabía qué sentía por él. Se llevó el índice a los labios, mirándome, mientras el conductor arrancaba y no sé si quería mandarme un beso o decirme que callara.

Adriana durmió hasta llegar al pueblo, pero por la noche se quejó de las molestias de las quemaduras. En casa nadie las notó, la madre solo nos preguntó si habíamos traído algo de fruta del campo. Vincenzo regresó pasados dos días y el padre no lo castigó, quizá ni se hubiera dado cuenta o hubiera renunciado, ya, a corregir a aquel hijo.

–Baja, que tienes que ver una cosa, ven detrás de la casa –me había llamado desde debajo de la ventana.

Bajé un poco más tarde con Adriana y él me miró mal.

La mandó a comprarle tabaco en la plaza, podía quedarse con la vuelta. Debía de tener bastante dinero en el bolsillo Vincenzo, mientras cogía las monedas se le cayó un billete. Con solo una mirada frenó mi intención de seguir a Adriana.

–Todavía es demasiado niña, no sabe guardar secretos –me dijo cuando ella dobló la esquina–. Ahora espérame aquí.

Volvió pronto, con aquella recelosa manera suya de mirar a su espalda a un lado y a otro. Extrajo de debajo de la axila un saquito de terciopelo azul y se arrodilló en el suelo para abrirlo y enseñarme su tesoro. Como en el mostrador de una joyería, alineó los objetos en la franja de cemento que rodeaba la casa. Debían de ser usados, el brillo aparecía un poco atenuado. Con la mayor delicadeza en los dedos de que era capaz deshizo el enredo entre dos collares y los depositó uno junto al otro. Al final admiró complacido su pequeña exposición de pulseras, anillos y cadenas con o sin colgante antes de observar el efecto en mí del espectáculo de oro. Se asombró al encontrarme callada y preocupada.

–¿Qué te pasa, no te gustan? –preguntó, y se alzó desilusionado.

–¿Dónde los has cogido?

–No los he cogido, me han pagado con esto –se justificó con una mueca de niño enfadado.

–Valen un montón de dinero. Es imposible ganar tanto en dos días.

–Los compañeros me han querido dar las gracias antes de que me fuera. Yo los había ayudado por nada, porque sí.

–¿Y qué vas a hacer ahora con estas cosas? –insistí.

–Revenderlas. –Y se arrodilló otra vez para recoger las joyas.

–¿Estás loco? Si te pillan con mercancía robada terminas en el reformatorio.

–Oooh, pero qué sabrás tú. ¿Quién te ha dicho que sean robadas, eh? –Se volvió para mostrarme dos pulseras que sostenía en la mano temblorosa. También las aletas de la nariz le temblaban encima del bigotito nuevo.

–Se ve. Además, mi padre es carabinero, siempre está hablando de gitanos que

roban en casas. –Me salió así, todavía me equivocaba al referirme a mis padres adoptivos.

–Sííí, menuda inocentona, pensando todavía en el padre carabinero. Ese, tu tío, ni se acuerda ya de ti. Ni siquiera viene a ver si estás bien aquí en el pueblo.

Se me saltaron las lágrimas por sorpresa, no las había sentido llegar. Vincenzo había hablado como Sergio, pero se levantó enseguida y se me acercó. Me secó la cara con ásperas pasadas de los pulgares y repitió que no, con la cabeza y con la voz contrita, que no llorara, que él no lo soportaba. Espera, espera, dijo, y terminó de recoger sus joyas y meterlas otra vez en el saquito azul. Todas menos una.

–Te había llamado, antes, para darte esto, pero has hecho que me cabreara... – Y se pegó a mí con un corazón precioso colgado de una gargantilla.

Me aparté con un impulso instintivo, un paso atrás y a un lado, y se quedó con la cadenita de oro en el aire, el colgante oscilando. La frente se le contrajo en una multitud de arrugas tempestuosas, la boca reducida a un tajo recto. En la sien pulsaba la raspa de pescado, roja por la rabia recién reavivada. Pero en sus ojos reconocí también un estupor dolido, indefenso. Volví a donde estaba con un paso igual y contrario, levanté la barbilla para recibir el obsequio. El contacto de sus manos extrañamente hábiles al abrocharme la cadenita en la nuca sin mirar. En mi pecho momentos de frescura en forma de corazón, luego el metal se calentó con la sangre profunda que lo alzaba en pequeños movimientos frecuentes y regulares.

–Te queda precioso –dijo Vincenzo, la voz gutural.

Con dedos lentos reprodujo sobre mi piel, más amplio, el contorno del colgante, luego quería bajar hacia los senos.

–Aquí tienes el tabaco. –Llegó corriendo Adriana.

Se paró de golpe, no sé qué vio.

–El tabaco... –repitió bajito, tendiéndole insegura el paquete.

Todavía tenía entre los dientes el palo del almendrado de guindas que se había comprado con el cambio. Me volví de espaldas y me desabroché el regalo del cuello, luego lo escondí en el bolsillo. No me lo he puesto casi nunca y sin embargo aún lo conservo, un objeto tal vez robado. No sé cómo he podido salvarlo a veinte años de vida, llevándolo a todas partes conmigo. Le tengo aprecio. Lo he usado como talismán en algunas ocasiones, en el examen final del bachillerato, en alguna cita importante. Me lo pondré de nuevo en la boda de Adriana, si es verdad que quiere casarse. A saber de quién fue alguna vez este corazón.

Evitaba quedarme sola con Vincenzo en aquellos días, pero cuando lo veía aparecer un espasmo interno me estrujaba las entrañas y enseguida una especie de languidez invadía mi vientre. Por la tarde entraban sus silbidos de reclamo por las ventanas del lado del trastero, hacía falta un esfuerzo de la voluntad para no hacer caso. Después de una espera breve y en vano entraba mudo, furibundo, dando un portazo. Emanaba una corriente que provocaba la caída improvisa de una olla del gancho de la pared, el llanto sin motivo de Giuseppe, un dolor de cabeza inexplicable de Adriana. Yo resistía, a distancia.

Las monedas del sábado bastaban para el billete de autobús. A los padres les dije la verdad, que quería ir al cumpleaños de una amiga de antes. Les pedí también quedarme a dormir. Se miraron un momento, con aquella incertidumbre apática.

–Yo no te puedo llevar, no me arranca el coche –fue el permiso del padre. Por el sonido inusitado de su voz me di cuenta de que no hablaba casi nunca.

Por la mañana bajé pronto, desde la ventana había visto en la pendiente de detrás de la casa algo colorido que coger para Patrizia. No podía regalarle otra cosa. Eran dientes de león y modestas flores también amarillas que despedían olor a nabo. Até el ramillete con hilo y volví arriba para prepararme. Adriana no sabía nada, cuando comprendió a dónde iba sin ella corrió al cuarto a coger un dibujo que le había hecho y lo rasgó delante de mis narices. Sorprendentemente, la madre quiso acompañarme a la plaza, a la parada del autobús, con el pequeño en brazos. Le dije adiós por la ventanilla y él movía las manos de aquella manera suya repetitiva, no parecían saludos.

Durante el viaje las flores se pusieron mustias y algunos las miraban desde los asientos cercanos, quizá a causa del olor. Mientras esperaba a que se abriera la puerta en el quinto piso de la casa en la orilla norte, ya no sabía siquiera si regalárselas a mi amiga.

Me saltó encima y chilló de alegría, los perros ladraron por el jaleo y el gato vino a ver. Con la mirada baja me disculpé por la pobreza del regalo, pero ella juró, dando saltitos, que el regalo más bonito de los recibidos era yo.

Estuvimos solas toda la mañana hablando sin parar, pero yo un poco menos. Me daba vergüenza contarle mi nueva vida y entonces le preguntaba desesperadamente por la suya. Reencontraba los olores de la casa, a canela en la cocina, al sudor un poco acre de Patrizia en la habitación y, en el baño, al perfume número cinco de su madre, que se lo echaba siempre antes de ir a la oficina. Yo llegaba con un día de retraso para la fiesta de cumpleaños, pero en la nevera había deliciosas sobras saladas y dulces, que picoteamos tumbadas en la

cama durante horas. Pat hablaba de las pruebas de natación ganadas, yo habría llegado tercera o cuarta si hubiese participado. Nos reímos del chiquillo de la nariz larga que le tiraba los tejos desde hacía meses ya.

–Además, ¿cómo va a besarme con esa trompa? –se preguntaba, indecisa sobre si darle una oportunidad.

«Cuando no estabas...», así empezaba el relato de cada episodio, como si mi ausencia fuese ya un capítulo cerrado.

El gato maullaba, restregándose contra su ama, pero recibía una caricia distraída y nada de comer. Habíamos olvidado que el día transcurría, Pat se había quedado en pijama. El ruido de la puerta y después el de las llaves dejadas en la repisa de la entrada nos sacó al fin de nuestro mundo de dos, ya reconstruido. Vanda se conmovió y me estrechó un buen rato, pegándose el perfume francés. Cerré los ojos, perdida en el abrazo de la blusa de lino blanco mientras duró. Comprendió que no le guardaba rencor, le había perdonado sin pensarlo su rechazo a esconderme en su casa.

–Deja que te mire –dijo luego, apartándose un paso.

Me encontré aún más alta y solo un poco adelgazada. Por casualidad, aquel día había comprado en la tienda de comida preparada berenjenas a la parmesana, uno de mis platos preferidos. Mientras yo masticaba, me observaba sonriente, había renunciado a su parte con el pretexto de una dieta ya demasiado postergada. Entretanto, el padre de Pat telefoneó, no lo veríamos hasta la noche. Me comí también su parte y rebañé a fondo el plato con el pan. Mi amiga se asombró, antes yo no hacía eso.

–En el pueblo es costumbre –expliqué incómoda.

Vanda se mostraba suavemente curiosa por mi familia natural y yo menos evasiva con ella. Bajaba un poco la guardia, luego volvía a avergonzarme de repente. Con aquella vergüenza empecé a reconocer a mis primeros padres.

Mencioné los nombres de los demás hijos, hablé algo de Adriana y Giuseppe. No sabía que los describía con pena y ternura a ellos dos, sobre todo a ella. Mi hermana, la llamaba. No dije nada de Vincenzo.

–¿Y tus padres? –al final llegó.

–No sé nada de ellos desde que mi padre me llevó allí.

–No, me refiero a esos con que estás ahora.

–Él trabaja en la fábrica de ladrillos, pero no siempre, creo. –Y me interrumpí. Pedí disculpas y fui al baño con urgencia, pero solo para encerrarme dentro y esperar un poco, oliendo frascos perfumados. Descargué la cisterna y volví allí. Como imaginaba, Vanda tenía ya la cabeza en otra cosa.

Más tarde, Patrizia le pidió que nos acompañara al puerto para ver la procesión de los barcos, era la fiesta de la marinería local. Después de la misa en

la iglesia más cercana, el barco insignia, engalanado con flores, zarpó con la estatua del santo y el cura, y a continuación la flotilla de pesqueros, hasta el más pequeño, adornados también con banderitas multicolores al viento. Pat y yo los seguimos por el muelle en medio de la multitud, luego dejamos que se perdieran hacia el norte bordeando la playa. Antes de regresar tirarían al agua una corona de laurel en recuerdo de los fallecidos en el mar. Las mujeres de los pescadores vendían frituras, Patrizia compró un cucurucho para cada una y las diminutas espinas de espadín nos hicieron cosquillas en la lengua. Volvimos a comer en la cena, por no decepcionar a Vanda, que había gratinado las navajas frescas traídas por su marido.

–La semana pasada vi a tu padre –dijo Nicola–. Estaba en un puesto de control fuera de la ciudad.

–¿Y hablaste con él? –le pregunté ansiosa.

–No, estaba parando a un camión. Se ha dejado barba.

–No pienses en eso ahora –me animó Pat después de una mirada de reproche a su padre–. Preparémonos para volver a la fiesta. Puedes ponerte algo mío.

Tampoco ese año nos perderíamos el espectáculo pirotécnico final.

–No nos conviene ir en coche –dijo Nicola. Así que me senté en la barra de su bicicleta y allá que fuimos, las otras dos nos seguían. Pedaleaba con poco esfuerzo, tocando el timbre para alertar a los peatones, cada vez más numerosos camino del puerto. Rodábamos silenciosos y sin roces entre las luces y los olores acaramelados de los primeros puestos, azúcar hilado, almendras garrapiñadas. Bocanadas gaseosas de alcantarilla, a ratos. Después, por la ancha acera de la costa, no se podía avanzar, nos bajamos de las bicis y las encadenamos a la reja de un establecimiento. Patrizia y yo queríamos ir un poco a nuestro aire, quedamos con sus padres después de los cohetes. Esperamos el comienzo sentadas en la playa, en una primera fila imaginaria, poco a poco la multitud llegó hasta nuestra espalda, a la espera. A ambos lados otros chicos, uno con gafas de empollón de instituto y pelo crespo se inclinaba hacia delante cada tanto para mirarme de refilón.

–Al ricitos le gustas. –Pat se rio haciendo guiños hacia él.

Le pasé un brazo por los hombros y la apreté fuerte, un momento. No acertaba a decirle cuánto la echaba de menos, a ella y la vida de la que había sido expulsada. Quizá vio las lágrimas que trataba de ocultarle.

–¿Qué te pasa? –preguntó, y yo no le contesté.

Algunos preparativos anunciaban el espectáculo, una onda de excitación recorrió a los asistentes. Nos pusimos en pie, con los ojos fijos en la oscuridad

sobre el mar. Empezaron en sordina, como de prueba, estallando entrecortados, luego un crescendo continuo. Se apagaban tras un instante de gloria universos de estrellas recién explotadas, sobre el fondo frío de los astros fijos. Bajo el agua, lejos de nuestros pensamientos, el susto mudo de los peces.

De pronto una mano vivaz y decidida estrechó la mía, me volví sonriendo a Pat, a la que no veía desde hacía minutos. No era ella, era el tipo del pelo crespo, los reflejos de los fuegos en los cristales de las gafas. Vuelvo a sentir el espasmo en el estómago, un poco atenuado por la distancia de los años. Me había elegido a mí entre todas aquellas chicas.

–¿Cómo te llamas? –me preguntó al oído con la voz y el aliento dulce de su boca. Los rasgos delicados cambiaban de color de un momento al otro, como las maravillas en el cielo.

Tal vez no oyera la respuesta de mi nombre con el estruendo de la última salva de estallidos. Yo no conseguí leer el suyo en el movimiento de los labios, puede que Mario o Massimo. Desde la mano que me retuvo con fuerza unos instantes el escalofrío cálido subió por el brazo, hasta el corazón. Alguien lo empujó y el beso dirigido a mi cara se perdió en el aire. También nos perdimos los dos enseguida en el gentío que al final abarrotaba la playa. Yo tenía que buscar a Patrizia y él no fue capaz de permanecer a mi lado. Tendría quizá la edad de Vincenzo, era tan distinto.

Desde que me habían devuelto nunca había dormido con el sueño largo y profundo de aquella noche. Con la luz del alba se filtró por las cortinas la angustia sutil de otro día, vino a colarse en la cama de invitados. Me desperté aturdida como después de una borrachera. Por la tarde debía regresar al pueblo. Me senté a la mesa del desayuno con Vanda, la única ya levantada.

–¿Tú no has visto a mi madre en este tiempo?

–Nunca desde que ya no estás con ella. –Y me sirvió leche con cacao.

–¿Y has pasado alguna vez por la calle de mi casa?

–Sí, pero siempre estaba todo cerrado. –Empujó hacia mí pan y mermelada, galletas en forma de flor.

–A lo mejor la están tratando en un hospital lejano y mi padre la habrá llevado.

–¿Por qué piensas eso?

–Allí no pidieron que me devolvieran y ella no tenía motivos para retornarme. Puede que ocultara la verdad para no asustarme, pero en las últimas semanas le faltaban las fuerzas para cocinar, limpiar. Se quedaba en la cama y lloraba por

mí. –Paré para restregarme un ojo–. Pero estoy segura de que cuando se cure irán a buscarme y reabriremos la casa –acabé.

Vanda bebía pensativa su café. Una pequeña mancha marrón se le quedó pegada a la nariz.

–Con el tiempo todo se aclarará –dijo–, ahora procura aguantar, al menos en el año escolar que empieza. Luego, con las notas que sacas tú, deberás venir al instituto en la ciudad, de una manera o de otra.

Asentí con la cabeza sobre la leche, que se estaba enfriando, y una uña en la boca.

–Ahora come. Ya verás como te dejan volver más veces con nosotros.

Más tarde le pregunté a Patrizia si quería acompañarme a mi casa, no estaba lejos. Ella se entusiasmó como en una misión aventurera.

–¿Llevo un destornillador? –preguntó en voz baja de agente secreto, según ella tendríamos que forzar la cerradura de la verja.

Estaba abierta, en cambio, de la parte trasera llegaban unos ruidos. Entramos precavidas, Pat imitaba el andar de los espías en las películas. Recorrimos el caminito. La arena estaba barrida, el jardín en orden, la hierba segada olía al corte reciente. Un rastrillo estaba apoyado en la pared, más allá otros utensilios. La casa seguía cerrada, no obstante, las persianas bajadas. Debajo del alero, mi bicicleta un poco desplazada y con la rueda inflada de nuevo, la bomba en el suelo, al lado. Golpes repetidos en la parte trasera, luego nada. Otra vez. La respiración contenida, la boca seca, estaba a punto de ver a mi padre. A menudo golpeaba de aquel modo con el martillo en sus pequeñas reparaciones domésticas.

En la esquina del muro grité y acabé en los brazos de Romeo, el jardinero, tras el encontronazo. Patrizia, por su parte, perdió el equilibrio y acabó sentada en la hierba, mirándonos.

–Eh, guapa, ¿de dónde sales? Parecía que no había nadie en la casa. ¿Puedes llamar a tu madre? Yo he terminado aquí.

–Mis padres no están aquí estos días –improvisé–. ¿Quién te ha dado la llave?

–Tu padre me la dejó en un bar. Me dijo por teléfono que arreglara el jardín antes del otoño.

–¿Tienes también la de la puerta?

–No, esa no. –Y debió de entrarle alguna sospecha–. Pero ¿qué haces aquí tú sola? –Y señaló la casa.

–No, estoy en casa de mi amiga, hemos venido a coger unos libros. De todos

modos, puedes dejarme a mí la llave, mis padres vuelven mañana. –Creía mentir con cierta naturalidad, pero él no picó.

–Mejor que la lleve al mismo bar, como acordé con el sargento.

Así que me privó de la posibilidad de entrar al menos en el jardín. No lo corregí sobre el rango de mi padre en el Arma de Carabineros.

En la comida me costaba enrollar con el tenedor los espaguetis con almejas, Nicola sabía cuánto me gustaban y me rogaba que me los comiera. Una desgana me cerraba la garganta. En la televisión hablaban de nuevas leyes antiterroristas, luego hubo un reportaje sobre el primer gran parque temático italiano, inaugurado hacía poco.

–Eso no nos lo podemos perder –dijo Pat–. Organizan viajes de un día en autocar, iremos alguna de las veces que vengas.

Pero no iríamos hasta bastantes años más tarde. Yo acababa de terminar una convocatoria de exámenes en la universidad, me reuní con ella desde Roma y fuimos juntas. El lago era una meta insólita para dos chicas, pero Patrizia sufría una herida amorosa y encontraba adecuado para su estado de ánimo el paisaje de agua quieta.

–Basta ya de este velatorio, hoy llegamos a Gardaland –decidió una mañana en la terraza del pequeño hotel con geranios en las ventanas.

A la entrada nos mezclamos con los niños. Grité de terror incluso en las atracciones más simples, en la montaña rusa, en el punto más alto de la noria, donde se detenía un momento balanceándose sobre el vacío. Pero nada me devolvió la emoción de aquella noche con Vincenzo y Adriana en las chirriantes sillas voladoras de los gitanos.

Cogí el autobús en una de las paradas del paseo marítimo. Insistieron en acompañarme los tres, Vanda incluso llevaba de la correa a los perros. Yo había ido con flores de terraplén en la mano, volvía al pueblo con una provisión de cuadernos, ropa interior, jerséis y pantalones, metidos en una bolsa útil también para el colegio. En la despedida se me escaparon unos sollozos, no podía contenerlos. Habría preferido ahogarme en aquel mar a treinta metros arenosos de la acera.

Vuelvo a verme sentada junto a la ventanilla, la cabeza contra el cristal. Por su parte, Nicola me había dado unos paquetes de galletas y, de la tienda habitual, una ración abundante de berenjenas a la parmesana. Pensé en regalársela a mi hermana en un intento de congraciarme. Aquella noche podríamos comérmolas

a escondidas, ella y yo solas en el trastero. Le daría unos cuadernos y le prestaría la bolsa. Me asustaba encontrármela armada de su envidia. Adriana era todo lo que yo tenía al final del trayecto en autobús. Mientras, podía llorar sin pudor a lo largo de la carretera tortuosa, el asiento junto al mío había quedado libre.

Había subido a la plaza a esperarme a cada autobús que llegaba de la ciudad desde última hora de la mañana. No la vi enseguida a la media luz del atardecer de septiembre, se mantenía un poco apartada. Me dirigía ya a casa cuando dio un paso y la vi, los puños cerrados hacia el suelo, los ojos invisibles bajo las cejas contraídas. Nos miramos a unos metros de distancia, no sabía si acercarme a aquel grumo de rabia masticada y cansancio. Notaba que observaba con aquella rapidez voraz suya la bolsa repleta de quién sabía qué, los paquetes que yo sostenía a duras penas. Luego vino con una carrera breve y repentina, me abrazó. Había depositado todo sobre el asfalto, la estreché y la besé en la frente. Nos movimos lado a lado sin decirnos nada, me ayudaba con la bolsa y lo demás, pero no quiso conocer enseguida el contenido. Habló solo cuando llegamos a la plazoleta, inspeccionándola con una mirada amplia. Pero no había nadie a aquella hora, estaban cenando.

–Estas cosas que traes es mejor esconderlas abajo, o acabarán mal. –Y señaló el segundo piso, pensando en Sergio y el otro.

Abrimos el trastero con la llave que siempre se dejaba detrás de un ladrillo y nos dimos prisa.

–No te llenes –le dije luego en la escalera–. Tengo algo bueno para ti, después.

Arriba, la familia no parecía haber sufrido por que yo faltara. Solo Giuseppe se despegó del pecho de su madre para desequilibrarse en mi dirección. Lo cogí en brazos y me metió en la boca una mano pegajosa y dulzona.

–La señorita se habrá comido otra cosa allí –replicó con prontitud Sergio cuando no tuve hambre en la mesa–. Y cruda –añadió para no dejar duda.

Vincenzo no estaba. Después de cenar y recoger, Adriana y yo bajamos con un pretexto no solicitado, ella llevaba encima cubiertos escondidos. Sentada en una cesta dada la vuelta degustó sus primeras berenjenas a la parmesana, todas para ella, comprendió por sí sola que yo renunciaba a mi parte. El eructo que se le escapó al final sonó como un perdón por mis dos días de ausencia.

A la mañana siguiente tuvimos que quedarnos con el pequeño, la madre estaba en casa de alguien en el campo, proveyéndose de fruta para las mermeladas. Lo

revolcábamos por la cama entre la una y la otra –era un poco nuestro muñeco– cuando de golpe se echó a llorar y se encogió sobre sí mismo.

–Dios mío, ¿es que le ha picado algo? –pregunté asustada.

–No, no, a este le duele el estómago, se retuerce –contestó Adriana, tratando de cogerlo en brazos.

Se calmó después de una descarga líquida y maloliente que le subió por la espalda hasta el cuello. Adriana sabía cómo moverse, lo desnudó dentro de la bañera y él se quedó allí a cuatro patas, un cachorrito inerme y patético sobre el fondo blanco con incrustaciones de cal. Yo era incapaz de tocarlo en aquellas condiciones, me daba asco a pesar mío, pero ella no tenía necesidad de ayuda, lo lavaba metódicamente quitándole de encima a restregones, con las manos desnudas, las heces blandas y espumosas. Lo vistió justo a tiempo para una segunda descarga que volvió a pringarlo todo, y luego otra, hasta que no tuvimos ya nada que ponerle. Entonces lo envolvió en una toalla y lo tuvo en brazos, otra vez berreando, mientras le acariciaba la tripa revuelta por el cólico.

–Ahora se te pasa, ahora se te pasa –le repetía al oído. Y a mí, que me había quedado alelada–: Hazle un té con mucho limón exprimido. –Pero no encontraba nada en la cocina y, con las prisas, derramé el agua por el suelo.

–Sujétalo un momento, ya lo hago yo. –Pero Giuseppe gritó fuerte y no quiso separarse de la hermana más capacitada–. Ve a pedírselo a la de abajo –se rindió Adriana.

La de abajo debió de apiadarse de mi cara desolada y preparó el té allí, en su casa. Vino conmigo arriba para ver y volvió abajo para coger ropa de cuando sus hijos eran pequeños. Vestimos de nuevo a Giuseppe solo con una camiseta, su intestino seguía vaciándose cada tanto, con menos violencia. Ahora ya conseguía acercarme a él, le sequé con un paño el pelo sudado y por fin dejó a Adriana por mí.

La vecina subió otra vez a mediodía con un plato de crema de arroz para él. Le di de comer y, tras unas cucharadas, cedió al sueño en mis brazos.

–¿No lo pones en la cuna? –preguntó Adriana, pero me parecía que le correspondía una suerte de reparación por lo que había padecido.

Los músculos que empleaba para sostenerlo se me durmieron como él y cuando me moví ligeramente recobraron la sensibilidad entre mil hormigueos. Pensándolo, nunca había sentido el placer de una intimidad tan estrecha con una criatura.

Cuando la madre regresó nos regañó por algunas tareas que habríamos debido

hacer y por el suelo, que en algunos puntos, donde se había aliviado Giuseppe, había quedado un poco pegajoso.

Más tarde, Adriana y yo pelábamos los melocotones para la confitura del invierno. Ella se comía muchos, a escondidas de quien los había traído del campo. En el brete de la disentería del pequeño, no habíamos comido.

–A su edad los niños ya andan, él todavía gatea y no dice ni mamá –observé, señalando los movimientos reptantes de nuestro hermano.

–Es que Giuseppe no es normal, ¿no te habías dado cuenta? Es retrasado –respondió ella sin alterarse.

Me quedé con el cuchillo en el aire, la fruta se me cayó de la mano. Las síntesis improvisas y espontáneas de Adriana caían como rayos, algunas veces. Fui hasta el niño, que daba vueltas por la casa, lo levanté de las baldosas y lo tuve un rato en brazos, hablándole. Desde entonces lo vi con otros ojos, como requería su diferencia.

Nunca he sabido con exactitud qué tenía, o qué le faltaba. Solo hace pocos años un médico me leyó un diagnóstico abstruso.

–¿Es un problema congénito? –le pregunté.

Me contempló de la cabeza a los pies, el atuendo apropiado, el aspecto agradable, creo.

–En parte sí. Pero contra él jugaron también factores... ambientales, vaya. De pequeño debió de sufrir alguna forma de privación.

Persistía en mirarme desde detrás de la mesa, las manos abiertas sobre el historial médico. Quizá midiera la disparidad entre mi hermano y yo y no le cuadraran los factores ambientales. O quizá sean imaginaciones mías.

En la escuela primaria Giuseppe fue de los primeros en tener un docente de apoyo, pero cambiaba todos los años y el vínculo se rompía cada mes de junio. Yo misma lo vi dejar como recuerdo una lágrima en la palma de la maestra Mimma. Precisamente las manos han sido siempre el tema preferido de los dibujos que hace en gran número desde pequeño, era esa su actividad principal en clase. Representaba a sus compañeros en el acto de escribir, con particular atención a los dedos, el resto solo estaba esbozado, la cabeza un óvalo con pocos trazos distintivos.

Nunca aprendió a defenderse, y si por equivocación acababa en medio de una trifulca, se quedaba allí cándido y firme, expuesto a los golpes accidentales. Nadie le pegó nunca adrede. Tenía un corte en una mejilla una mañana en que fui a recogerlo al colegio. La maestra me habló del puñetazo propinado por un niño que no iba dirigido a él. Giuseppe le había aferrado la mano, se la había

abierto y la había observado largo rato, como en busca del nexo entre su belleza y el dolor que le había inferido. Su compañero se había quedado quieto, dejándose estudiar.

Sonó la campanilla. Por el pasillo los demás mantuvieron una distancia que me circunscribía como extraña. Alguien había pegado a la mesa en que iba a sentarme una etiqueta invisible con el apodo que usaban en el pueblo desde mi vuelta con la familia. Era «la Retornada», la devuelta. Todavía no conocía a casi nadie, pero ellos sabían de mí más que yo, habían oído las habladurías de los adultos.

Cuando era pequeña la quiso como hija una medio pariente. Pero ahora que está hecha una señorita, ¿por qué ha regresado con esos vagos? ¿Se habrá muerto la mujer que la crio?

La mesa junto a la mía quedó vacía, no la quiso nadie. La profesora de letras me presentó como una niña nacida allí, en el pueblo, pero que había crecido en la ciudad y había vuelto ya jovencita, a saber quién se lo habría dicho.

–Cursará tercero con vosotros –anunció entre bisbiseos y risitas. Indicó a una con los dientes torcidos que se sentara a mi lado, ella obedeció resoplando y con mucho ruido de silla arrastrada–. Te vendrá bien –añadió la profesora Perilli cuando la hosca terminó de acomodarse y recoger los libros que había dejado caer–, estarás obligada a hablar un poco de italiano. –Se dirigía a ella, pero miraba en mi cara el efecto de los primeros deberes que me mandaba. Luego fue preguntándonos a cada uno de nosotros cómo habíamos pasado las vacaciones.

–Vine aquí –dije bajito cuando me llegó el turno. No abrí la boca en los instantes que me concedió para continuar y ella no insistió con preguntas. Tenía los ojos pequeños, pero muy azules, y las cejas tan curvas que dibujaban semicírculos casi perfectos. La veía bien desde el sitio que me había tocado, delante y en el medio, y olía su perfume. El vuelo lento de sus manos acompañando en el aire las palabras empezaba ya a subyugarme. En la segunda hora me fijé en sus piernas, engordadas por el vendaje bajo las medias elásticas. Ella estaba muy cerca, apoyó la punta de los dedos en mi mesa.

–Me he operado de varices hace poco –respondió a mis ojos solamente.

Sobresaltada, alcé la mirada hasta donde podía permitirme, Perilli estaba justo allí. Me detuve en los anillos con gemas coloridas, y misteriosas luces en la secreta profundidad de las piedras.

–La azul es un zafiro –dijo ella– y la rosa un rubí. En geografía estudiaremos

los países productores de estas maravillas. –Luego, a toda la clase–: Ahora empezaremos con un repaso de gramática, recordad desde hoy mismo que este año tenéis el examen final de secundaria. –Recuperó de encima de mi cuaderno una horquilla que se le había caído del peinado y volvió a su mesa.

Nos dictó vocablos para analizarlos, yo respondía también a las preguntas dirigidas a los demás, en voz bajísima. Ella se dio cuenta y me leía los aciertos en los labios.

–¿Qué es armando? –preguntó.

–Mi tío –adivinó un gracioso.

–Bien, nombre propio de persona –lo felicitó ella, meneando ligeramente la cabeza.

–Y gerundio del verbo armar –se me escapó un poco más alto.

–Esa, la Retornada, se lo sabe todo –se burló el sobrino de Armando.

–Sí, al contrario que tú ha estudiado los verbos –concluyó seca Perilli, fulminándolo.

En el recreo, Adriana se presentó sin temor alguno a la puerta del aula. Había atravesado el jardín que separaba la escuela primaria de la secundaria y había venido a ver cómo estaba. Le faltaba algún botón de la bata celeste y el dobladillo colgaba descosido varios centímetros. Cualquiera otra niña de diez años habría parecido patética, tan delgada y con el pelo grasiento entre aquellos chicazos enseguida dispuestos a ridiculizarla.

–¿Y qué haces tú aquí? –le preguntó la profesora, levantándose un poco alarmada.

–He venido a ver si mi hermana está bien. Ella es de ciudad.

–¿Y sabe tu maestra que has salido?

–Se lo he dicho, pero a lo mejor no me ha oído porque los chicos estaban haciendo diabluras.

–Entonces ahora estará preocupada por ti. Voy a llamar a un bedel para que te acompañe a clase.

–A clase puedo volver yo sola, conozco el camino. Pero antes me gustaría saber si aquí todo le marcha bien a ella. –Y me señaló.

Yo me había quedado sentada en mi sitio, paralizada de vergüenza. Con la cara colorada, miraba obstinadamente la mesa, como si Adriana no tuviera nada que ver conmigo. Habría querido matarla y al mismo tiempo le envidiaba aquella desenvoltura natural y descarada.

Tranquilizada respecto a mí por la profesora, alzó la voz para citarme a la salida y se decidió a irse.

Mis compañeros estaban todos de pie, repartidos en pequeños grupos por el aula. Comían algo, charlando y riéndose, suponía que de mí. La visita de Adriana me convertía en un blanco aún más fácil, o quizá sobrestimaba el interés que podía suscitar en ellos.

Yo no tenía nada de comer, no estaba acostumbrada a preparármelo sola. Desde su mesa, Perilli me observaba de vez en cuando con discreción, hojeando un libro. A pesar de las piernas vendadas, al rato se levantó casi de un salto.

–Cómete esto al menos. Siempre tengo alguno en el bolso para quien se olvida de traer un tentempié. –Y me dejó un bollito en la mesa. Se alejó hacia una riña que amenazaba con degenerar. Minutos después se detuvo de nuevo al volver hacia su mesa. El recreo estaba a punto de terminar. Me preguntó por Vincenzo, había sido alumno suyo. No sabía qué contestarle, no regresaba desde hacía días y en la familia nadie parecía ya preocuparse por él. Ni siquiera Adriana tenía una idea precisa de dónde estaba. Yo también empezaba a olvidarme un poco de él.

–Trabaja, pero no siempre –dije.

La campanilla sonó y los demás fueron a sus asientos, con el usual ruido de patas metálicas de las sillas.

–¿En qué trabaja?

–En lo que le sale. –Y volví a verlo una tarde de bochorno partiendo leña para una vecina, que ya la estaba guardando para el invierno. Yo había bajado para coger algo en el trastero y me había embobado mirándolo sin él saberlo, concentrado por completo en el esfuerzo, que acompañaba de sonidos guturales a cada hachazo. En las torsiones del busto los músculos le brillaban a la luz todavía cruda del día, un hilillo de sudor le bajaba por el surco de la espina dorsal hasta mojarle los pantalones cortos, lo único que vestía.

–Una pena lo del colegio.

–¿Cómo?

–Una pena que abandonara el colegio –repitió Perilli.

–¡Ese es un delincuente! –se alzó una voz detrás.

Ella fue hasta el chico que había espiado nuestra breve conversación.

–También me han dicho de ti que eres un delincuente –lo provocó–. ¿Tengo que creérmelo?

A la salida quería ignorar a Adriana, pero era imposible. Me esperaba en la verja, toda jubilosa y saltarina.

–Eres un genio de los verbos, los profesores de secundaria solo hablan de ti.

Tiré derecha en silencio. Ella siempre se enteraba de todo, casi antes de que ocurriera, ni hoy me lo explico. Se encontraba todas las veces en el sitio justo,

oculta por una puerta, una esquina, un árbol, con su oído prodigioso. Lo ha perdido en parte al crecer.

Caminaba unos pasos por detrás, quizá mortificada por mi cara larga.

–Pero ¿qué te he hecho yo? –protestó delante de Correos. La sospecha de haberme disgustado con su incursión en mi aula ni siquiera podía concebirla. Me decidí a esperarla cuando dos de mi clase la flanquearon, yo era la hermana mayor y debía protegerla.

–Pero ¿quiénes son vuestros padres, dos conejos? Con la Retornada, ¿cuántos sois ahora, seis, siete? –se choteó el más grande.

–Por lo menos nuestra madre hace los hijos con su marido, no como la tuya, que se abre de piernas con cualquiera –replicó con prontitud Adriana mientras ya aceleraba. Con un toque al vuelo en mi brazo me sugirió que yo también corriera y huimos, con la ventaja de la sorpresa y la ligereza. No nos alcanzaron, de hecho, y cuando nos sentimos seguras nos tronchamos de risa al recordar la carota pálida por la ofensa.

–Pero eso que has dicho, ¿qué significa exactamente? –pregunté—. No lo he entendido bien.

–Si quieres estar aquí, tendrás que aprenderte algo más que los verbos.

Después de días de ausencia, Vincenzo volvió una tarde de octubre con la cara cambiada y la mirada de quien había traspasado un límite. Vestía ropa nueva y el pelo recién cortado dejaba más descubierta la raspa de la sien. Traía un jamón que colocó despacio sobre una silla de la cocina, como a un invitado importante. Quizá con aquella novedad esperara que nadie le diría nada por su enésima escapada. Los ojos de todos cayeron sobre la pata salada, con el hueso asomando de la carne seca. El padre no estaba, faltaba aún para que volviera de la fábrica.

–¿Lo empezamos ya? –preguntó Sergio en aquel silencio.

–No, esperemos a la hora de cenar –le contestó brusco su hermano.

Nos mandó a Adriana y a mí a la panadería, a por una hogaza de pan de esa mañana. La madre solía comprar el del día anterior, costaba menos.

Los varones no se fiaban y no se alejaban, se quedaron allí matando minuto a minuto la espera larga y nerviosa para la cena. Apoyado en vertical en el respaldo, el jamón nos miraba impasible. Crecía, junto con nuestra hambre, el olor a la manteca salpimentada que lo recubría. De vez en cuando Vincenzo me miraba de reojo el cuerpo y la cara dubitativa sobre la procedencia de su regalo a la familia. Giuseppe gateaba alrededor de las patas de la silla, él también percibía la atención de todos concentrada allá arriba.

–Pero vamos cortándolo, ¿no? –se impacientó Sergio.

–No, tiene que verlo intacto –replicó Vincenzo en un tono feroz dirigido al padre, que tardaba.

Al fin llegó, en los pantalones los toques de los ladrillos crudos, los dedos abrasados y blanquecinos.

–Tu hijo ha vuelto con eso –le dijo la mujer con un ademán de la barbilla–. Lávate, que comamos.

Él echó un vistazo distraído a la cena.

–¿Dónde lo ha robado? –preguntó, como si Vincenzo no estuviese allí, a un metro, los puños cerrados, la mandíbula rechinante.

Al pasar para ir a lavarse, el padre chocó con la silla y el jamón cayó con un golpe blando. Sergio fue rápido en recogerlo y depositarlo en la mesa, agarró un cuchillo, había llegado la hora. Vincenzo se lo quitó, se acercó a la puerta del baño.

–Estoy trabajando en un matadero de la ciudad y por lo mucho que rindo el jefe ha querido darme un premio aparte del dinero que me corresponde –le dijo al padre, que salía con las manos húmedas. Le señaló el jamón con el cuchillo y luego se lo acercó al cuello, un momento–. Tú a tus hijos solo sabes comprarles el pan duro que le sobra al panadero, por eso criticas –le masculló antes de dejarlo allí, mudo.

Afiló el cuchillo con otro y se puso a cortar, furioso. Echaba las lonchas en un plato que Adriana sostenía y desplazaba un poco hacia acá o hacia allá para que no fallara el blanco, pero las manos de sus hermanos se alargaban para cogerlas casi al vuelo. Yo observaba la habilidad de Vincenzo mientras separaba la corteza de la grasa con una hoja tan poco adecuada y me sentía culpable por mis sospechas, iguales que las del padre. Quizá quisiera de verdad aprender el oficio, y quizá la otra vez no fuera mentira que los gitanos le habían pagado con oro. También los chismorreos del pueblo podían ser infundados.

–Basta, así no puede ser –les dijo a sus hermanos–. Lo tenéis que comer con pan y vosotros dos no sois los únicos que tenéis boca.

Por un gesto suyo, la madre comprendió que tenía que cortar la hogaza. Preparé con Adriana los bocadillos y los repartimos en varias tandas, hasta tres o cuatro por cabeza, pero el primero para el padre, que lo aceptó sin avergonzarse. Giuseppe chupaba una loncha de jamón aliñada con mocos que le colgaban de la nariz, hasta que lo vi y se los limpié. Adriana y yo nos servimos las últimas, con Vincenzo. Había saciado a su familia. Se sentó cerca de nosotras y masticamos en silencio mientras los demás, ya satisfechos, desalojaban la cocina uno por uno.

–Perilli te manda saludos –le dije al final de la comida.

–Ah, esa. No quería que dejara el colegio.

–De hecho, te aconseja otra vez que vuelvas.

–¡Sssí, claro! Ahora que ya tengo barba me presento con el cuadernito para que los niños se rían. –Hablaba como un fanfarrón, pero se había sonrojado un poco.

–Según la profesora, eres muy inteligente.

–Por eso no vuelvo, tengo otras cosas que hacer yo. –Se levantó para guardar el jamón, no había quedado mucho.

–Ahora que trabajas en la ciudad, ¿duermes donde tus amigos? –le pregunté mientras barría las migas del suelo.

–¿Y? ¿Qué tiene de malo? Los gitanos que conozco están en casas y son

buenas personas, no como la gente piensa. El carabinero te metió en la cabeza un montón de estupideces.

Más tarde no había luna en la ventana, la habitación en una oscuridad perfecta y en silencio. No estaba dormida, pero quizá distraída por mi propia respiración no advertí ningún movimiento, solo el aliento cálido y salado sobre mí, de repente. Debía de estar de rodillas sobre las baldosas, allí al lado. Apartó la sábana y alargó la mano, no la habría imaginado tan tímida y leve. Pero era el comienzo, o el miedo a que me despertara de golpe y gritara. Me quedé quieta solo en apariencia, tenía toda la piel de gallina, los latidos acelerados, las mucosas enseguida húmedas. En la distancia me vuelvo a ver con mi cuerpo adolescente, campo de batalla entre deseos nuevos y las prohibiciones de quien me había devuelto allí. Vincenzo abarcó un seno con la palma y encontró erecto el pezón. Noté que se movía y el colchón se hundió a mi lado, pero no tenía una idea precisa de su postura. Cuando alcanzó el pubis con los dedos le cogí la muñeca. Se detuvo, pero parecía que por poco tiempo, y yo tampoco sabía cuánto duraría mi resistencia.

No estábamos acostumbrados a ser hermanos y no nos creíamos del todo que lo fuéramos. Quizá no lo sujetara por ser de la misma sangre, habría intentado la defensa con cualquier otro. Jadeábamos, asomados al borde de lo irreparable.

Nos salvó un bostezo de Adriana. Como una gata soñolienta bajaba en la oscuridad por la escalerita para acabar la noche conmigo. Seguro que había mojado, allí arriba. Vincenzo se movió rápido y silencioso, un animal sorprendido. Su hermana no se dio cuenta de su presencia. Le cedí un espacio sobrecalentado por energías que ella ignoraba y enseguida empezó a sudar. Al cabo de poco se destapó, yo seguía despidiendo calor. Tendí la oreja hacia el camastro de Vincenzo, lo oí agitarse, luego el silencio. Debió de llegar solo a donde quería llevarme.

Como los demás días, me levanté al alba para estudiar en la mesa de la cocina. Por la tarde a veces era imposible en aquella casa. Pronto vino él también, abrió el grifo a mi espalda y esperó a que saliera más fresca el agua. Lo oí beber mucho, a grandes sorbos ruidosos. Yo mantenía la cabeza sobre alguna guerra del libro de historia, pero había perdido la atención. Se quedó unos minutos allí detrás, no advertía ningún movimiento. Luego se acercó a mi silla, me besó la frente después de apartar el pelo. Desapareció sin decir nada.

La caligrafía florida del sobre cerrado recibido por la mañana era de Lidia, la hermana de mi padre carabinero. En el lado del destinatario solo había escrito mi nombre de pila, el apellido de la familia a la que debía entregarse y el pueblo. No conocía las señas exactas, pero tampoco había puesto las suyas en el remite. Incluso sin la calle, el cartero entregó la carta y la madre me la dio cuando volví del colegio.

–No pienses que vas a leerla ahora, pon la mesa –me ordenó áspera.

Estaba irritada conmigo aquellos días, después de que Perilli le hablara en la calle. Le había dicho que yo era una alumna brillante y que al año siguiente debería matricularme en un instituto de la ciudad. Ella, la profesora, estaría pendiente de las decisiones de la familia al respecto y recurriría a los asistentes sociales si era preciso. Con aquella amenaza la había dejado delante de Correos.

–Esa quiere venir a mandar en esta casa, dice que no puedes terminar como los hijos varones. ¿Es que los he obligado yo a dejar la escuela? –se había desahogado la madre–. Además, ¿es culpa mía que tú seas demasiado lista? Hasta gastas luz para estudiar por la mañana y yo me callo.

Después de comer quiso que fregara los platos, aunque no me tocaba, y luego me pidió que los secara. Normalmente escurrían solos sobre el fregadero, pero aquel día tenía prisa por abrir la carta y ella me hacía perder tiempo a propósito.

Lidia había escrito una simple nota. Del papel doblado llovieron unos billetes de mil liras. La habían informado de mi traslado, así lo llamaba, y lo sentía, pero yo era una chiquilla muy inteligente y ella confiaba en mi capacidad para adaptarme. Por desgracia estaba lejos y ocupada con el trabajo y la familia, de otro modo habría venido a ver cómo me encontraba con mis verdaderos padres. No son malos, me aseguraba, son primos segundos nuestros, míos y de tu padre. Sabía que eras hija suya, pero no me correspondía a mí decírtelo. Y estaba segura, además, de que te quedarías para siempre con mi hermano y mi cuñada. A veces basta con poco para que la vida cambie de improviso.

Seguían algunas preguntas, quizá no se había dado cuenta de que al omitir sus señas no podía recibir respuesta. Terminaba adelantándome que vendría a verme en verano, durante las vacaciones. Entretanto, el dinero me sería útil para los

pequeños gastos personales. También ella se preocupaba solo del dinero, como si allí no me faltara nada más.

Me quedé con la hoja inerte en la mano. Una rabia ácida me subió desde el estómago, como una ola al revés. La madre se acercó, atraída por los billetes que había visto volar. Los recogió ella y me los tendió, me pidió que le dejara un par. Me encogí de hombros sin fuerza, lo tomó por un ademán de asentimiento. No había nadie en casa a aquella hora. Se agachó para buscar algo en el hueco bajo el fregadero, entre botellas llenas o vacías, cubo de la basura, nidos de cucaracha. Cerró la cortinita sobre el olor a moho y se volvió. Yo estaba frente a ella, a pocos centímetros.

–¿Dónde está mi madre?

–¿Es que estás ciega? –respondió con un gesto hacia su persona.

–La otra. ¿Queréis decirme de una vez qué ha sido de ella? –Y tiré al aire la carta de Lidia.

–¿Qué sé yo dónde está? Solo la vi una vez, poco antes de que volvieras. Vino a hablarnos, la acompañaba una amiga suya. –Jadeaba ligeramente, un sudor le humedecía el bozo.

–¿No ha muerto? –la acucí.

–Pero ¿cómo se te ocurre? Esa vivirá cien años, con la vida cómoda que lleva. –Se rio nerviosa.

–Cuando me mandó con vosotros estaba mal.

–Ah, entonces no lo sé. –Las dos mil liras que se había metido en el sostén se habían movido y asomaban del escote del jersey de pico.

–Pero ¿tengo que quedarme aquí para siempre o más adelante vendrán a buscarme? –intenté.

–Tú te quedas con nosotros, eso seguro. Pero no me preguntes por Adalgisa, eso lo hablas con ella.

–¿Y cuándo? ¿Y dónde? ¿Me lo va a decir alguien? –le grité a la cara tan cercana.

Le arrebaté del pecho los billetes enrollados y los hice trizas. Helada de estupor, no le dio tiempo a detenerme, no reaccionó enseguida. Me miró con las pupilas fijas y negras. Enseñó los dientes y las encías, como un perro que se prepara para la pelea. La bofetada cayó fría, potente, vacilé. Un paso a un lado, para no perder el equilibrio. Allí había quedado la botella del aceite que ella había encontrado bajo el fregadero. La golpeé y se rompió. Durante unos instantes seguimos casi hipnotizadas la mancha amarilla y transparente que se

extendía despacio sobre las baldosas, sobrepasando los cristales y los trozos de billete.

–Estaba medio llena y era la última. Este año vendrás tú también a coger aceitunas, así aprenderás a ganarte lo que comes –dijo antes de empezar a pegarme en la cabeza que había provocado todo aquel desastre.

Me protegía con las manos en las orejas y ella buscaba sitios descubiertos donde golpear y hacer más daño.

–¡No, no, a ella no! –era el grito de Adriana, que acababa de entrar con Giuseppe, yo no había podido oír la puerta–. Ahora limpio yo, a ella no tienes que zurrarla –insistió, parándole el brazo a la madre en el intento de defender mi unicidad, la diferencia entre mí y los demás hijos, ella incluida. No me he explicado nunca el gesto de una niña de diez años que se llevaba una paliza todos los días pero quería salvar el privilegio del que gozaba yo, la hermana intocable que había regresado hacía poco.

Recibió un empujón que la dejó de rodillas sobre los cristales pringados. Desde el parquecito Giuseppe se unió a sus chillidos de dolor. La ayudé a levantarse del suelo y sentarse, empecé a retirarle con los dedos los añicos clavados en la piel. La sangre le chorreaba por la pelusa que a veces tienen las niñas a esa edad. Oímos un portazo y el llanto del pequeño cesar de repente, la madre se lo había llevado. Para los fragmentos más pequeños tuve que usar unas pinzas de cejas que Adriana, no sé por qué, poseía. Se le escapaba algún que otro ay. Tenía que desinfectar también.

–Solo está el licor –dijo resignada.

Lloré también mientras ella aullaba por el escozor y le pedí perdón, todo era por mi culpa.

–No lo has hecho aposta –me absolvió–, pero ahora nos esperan siete años de desgracias. Esta es la primera. El aceite tiene el valor del espejo.

Al final le vendé las rodillas con pañuelos de hombre, no teníamos otra cosa. Al levantarse se le bajaron hasta los tobillos. Quiso ayudarme a limpiar, poníamos cuidado en no cortarnos. Vio la carta en el suelo y los billetes rotos, le conté la historia.

–Tú que siempre estás tan calladita, ¿de pronto te da hoy el ataque? –quiso saber, mirando en torno a la cocina–. Por lo menos habrás escondido el dinero que te ha quedado.

La madre lo había dejado sobre la mesa nada más recogerlo, pero había desaparecido. Debía de habérselo guardado antes de salir, como resarcimiento

por los daños que yo había causado. Más tarde volvió como si no hubiese ocurrido nada, ella lo hacía así. Nos ordenó pelar patatas para la cena.

–La de abajo dice que eres la mejor del colegio –refirió con un instante de orgullo en su voz usualmente apática, pero quizá solo lo imaginé–. No te estropees la vista con los libros, que las gafas cuestan –añadió.

No volvió a pegarme después de aquella vez.

No lo veíamos desde hacía días. Los chismorreos del pueblo lo situaban con una banda de ladronzuelos que hacían correrías por los campos y asaltaban caseríos, a la misma hora en lugares distintos a juzgar por los rumores.

El jamón que había traído se había terminado pronto. La madre había aserrado el hueso en varios trozos mientras Adriana y yo sujetábamos los extremos. Los había cocido uno por uno con judías y los guisos salían grasos y sabrosos. La dieta no había variado durante un tiempo y nuestros intestinos eran un tumulto.

Mi hermana no fue al colegio aquella mañana, le dolía la tripa. La viuda de la planta baja abrió la puerta cuando reconoció mis pasos.

–Cuidado, que hoy va a ocurrir una desgracia –anunció–. Esta noche dos lechuzas cantaban a la ventana del cuarto de tu madre –respondió a mi mirada interrogativa.

A la salida de clase el aire era demasiado caliente para la estación. Cruzaba la plaza entre los puestos del mercado que estaban desmontando. Delante de la camioneta de porchetta¹ un remolino de viento levantó polvo y papeles, el vendedor cubrió enseguida el género restante con un hule. Me vio, como todos los jueves.

–¿Qué haces tú aquí? ¿No sabes lo de tu hermano?

Dije que no con la cabeza.

–Un accidente, en la curva pasada la draga.

Me detuve. No quise preguntar de qué hermano hablaba. Añadió que nuestros padres se encontraban en el lugar. No recuerdo por qué medio llegué yo, a quién le pedí que me llevara.

Había coches aparcados en el arcén de la carretera, detrás del de la policía. Alguien la había llamado por un robo, ya no confiaban en los carabineros del pueblo, que no pillaban nunca a esos maleantes. Los agentes habían perseguido el viejo ciclomotor a escape libre y en la curva un derrape, quizá sobre un poco de grava o una mancha de aceite, lo había sacado de la calzada. El chico que conducía se había sujetado al manillar y no había sufrido heridas graves, ya estaban operándolo en el hospital.

Vincenzo había perdido el agarre a la cintura de su amigo. Había volado por encima de la hierba otoñal hasta el cercado de las vacas. Quizá hasta hubiera

visto, en aquellos mínimos instantes separado del suelo, en qué iba a engancharse. Había caído con el cuello sobre el alambre de espino, como un ángel demasiado cansado para aletear una última vez, más allá de la línea fatal. Las púas de hierro habían penetrado en la piel, habían abierto la tráquea y sajado las arterias. Había quedado suspendido con la cabeza hacia los animales que pastaban, el cuerpo flácido al otro lado, sobre las rodillas, un pie torcido. Las vacas se habían vuelto a mirarlo, luego habían bajado el hocico y habían seguido paciando. Cuando llegué, el labrador inmóvil se sujetaba al mango de la horca delante de la muerte ocurrida en su campo.

Los policías dijeron que había que esperar al médico. Apoyada en un árbol, lo veía un poco de lejos, a Vincenzo. No sé por qué no lo habían tapado, estaba allí, expuesto a los curiosos, como un espantapájaros mal hecho. Se había levantado un viento ligero, le movía a ratos los faldones de la camisa.

Me acuclillé resbalando con la espalda por las escabrosidades de la corteza. En alguna parte los gritos de la madre, como un ulular diurno. Después el silencio habitado por una voz baja que trataba de consolarla. De vez en cuando también se alzaban al cielo las blasfemias del padre, acompañadas por los brazos amenazadores hacia Dios. Otras manos se los agarraban en un intento de calmarlo.

Me tumbé de costado y encogida en posición fetal sobre el minúsculo mundo de hierba. Alguien me vio, se acercó. La Retornada, decían, o bien: la hermana. Los oía, pero como a través de un cristal. Me tocaron un hombro, el pelo, me cogieron por las axilas y me sentaron al menos. No era razonable que me quedara en el suelo de aquella manera. Se contaban el accidente sin ahorrar detalle, como si yo no estuviera allí. Preguntaban si los chicos habían estado robando, antes. Uno juraba que sí, pero no sabía dónde ni qué. Los policías solo habían encontrado dos cañas de pescar, que habían salido despedidas del ciclomotor, y un saco con lucios dentro, capturados en el río aquella mañana de sol. Quizá mi hermano quería traérnoslos para cenar, como el jamón. Dos hombres se maravillaban, nunca habían visto unos tan grandes por allí.

La luz se alternaba con la sombra de las nubes que venían de las montañas y con un frío repentino. Pensaron llevarme al caserío, a beber un vaso de agua. Me negué. Al poco vino la campesina con una taza de leche de sus vacas.

–Toma –dijo.

Negué con la cabeza, luego algo en ella, el grosor de su mano en mi mejilla, me convenció a probarla. Bebí un sorbo, pero sabía a sangre. Le devolví la taza mientras la lluvia empezaba a caer en ella.

Vincenzo no volvió a casa, allí no había espacio para un velatorio. La iglesia parroquial acogió el ataúd de abeto basto con él, vestido con el jersey y los pantalones de campana que se había comprado hacía poco. El médico comarcal le suturó por piedad la larga herida del cuello. Los puntos se parecían a las púas de hierro que se le habían clavado en la carne al final del vuelo. Aquel corte no tendría tiempo de cicatrizar como la raspa de pescado de la sien. En la penumbra densa de incienso el rostro aparecía hinchado y lívido, salvo en algunas zonas improvisamente claras, con matices casi verdosos.

Adriana había sido la última en enterarse. Un largo desahogo de llanto, tirada sobre la cama vacía del hermano.

–Ahora ya no puedo devolverte el dinero que me prestaste –le repetía en la ausencia.

Después se había puesto a rebuscar por las habitaciones, con manos febriles en los cajones, en los muebles, en los botes. La vi meterse algo en un bolsillo antes de salir para estar con él en la iglesia. Las vecinas daban vueltas en torno al ataúd, colocando junto al cuerpo objetos útiles en el más allá de Vincenzo: peines, cuchillas de afeitar, pañuelos de hombre. Monedas para pagarle a Caronte el trayecto en barca. Luego se acercó Adriana, le tocó los dedos cruzados sobre el pecho. Se retiró de golpe, no se los esperaba tan fríos y rígidos. Sacó del bolsillo el regalo de los gitanos y quería ponérselo en el dedo corazón, donde él lo llevaba. No pudo, tuvo que resignarse al meñique y se atascó a la mitad. Giró un poco el anillo, por la parte del adorno grabado en la plata.

Vino poca gente a despedirlo, parientes de la familia y viejas de las inmediaciones, cuya única distracción era ir a ver muertos. Vino la señorita Perilli y, en vez de hacerle el signo de la cruz como los demás, lo besó en la frente después de unos minutos de pie a su lado.

De una aldea de montaña llegaron los abuelos paternos, que no se desplazaban nunca. Se sentaron junto al nieto, tumbado para siempre. Yo no los conocía y no sé si se acordaban de mí recién nacida. Adriana les susurró quién era y desde su inmovilidad me observaron un momento, como a una forastera. Se encogieron sobre sí mismos. Mi primera madre ya había perdido a sus padres y no podían consolarla.

Hacia las once el párroco empezó a apagar las velas y nos mandó fuera a todos. Vincenzo se quedó solo en su última noche en la tierra, mirado por los ojos fijos de las estatuas.

En la homilía de la mañana siguiente solo distinguí algunas palabras, alusiones a

quienes se perdían por falta de una guía segura y firme, corderos desorientados que el Señor volvería a acoger entre sus brazos misericordiosos gracias a nuestras plegarias. A la salida, un chaparrón y un círculo de paraguas negros alrededor de nosotros, para el pésame. Un desconocido no sabía darlo, me bisbiseó enhorabuena besándome en las mejillas. Debió de ser entonces cuando sentí que pertenecía a la familia de Vincenzo.

En el cementerio ya no llovía. Habíamos quedado pocos con él. Al otro lado de la fosa apareció en determinado momento mi padre carabinero, con la mano mantenía levantadas las solapas de la chaqueta sobre la garganta. Me saludó con un leve ademán de la cabeza y luego abrió la boca como si quisiera hablarme desde allí. La volvió a cerrar. Llevaba barba, como me había dicho Nicola, y parecía un tanto descuidado. Casi no reaccioné al encuentro tan esperado, no me acerqué a él, total, no habría sabido qué decirle en aquel momento. Minutos más tarde ya no estaba.

Vinieron también los gitanos y se situaron apartados, donde caía un rayo de sol. Eran cuatro, creo que de la edad de mi hermano, menos uno que parecía más adulto y vestía una camisa violeta de cuello ancho, con un botón de luto prendido en el pecho. Llevaban zapatos lustrosos y brillantina en el pelo oscuro peinado hacia atrás, como en domingo. Honraron a su compañero así, con su sola presencia.

Al otro lado de la tapia esperaban los caballos, que habían dejado sueltos.

Regresamos a la casa helada. Aquella noche la nieve había aparecido anticipadamente en las montañas y desde hacía horas el viento azotaba el valle. Los cristales de las ventanas precarias tintineaban, las corrientes soplaban en las habitaciones. La vecina, que había cuidado de Giuseppe durante el funeral, lo trajo, pero cuando se acercó a la madre con el niño en brazos ella le dio la espalda. Tampoco Adriana lo quiso. Lo cogí yo, me senté en una silla y apoyé la cabeza en la pared. Lo sostenía a duras penas, sin fuerzas. Él sentía que no había que confiarse y no se movía. Las mujeres de los demás pisos habían preparado el ágape, comida y bebida para nosotros, en la mesa. No sé si alguien comió.

Al rato Giuseppe daba señales de inquietud, quería bajar. Gateó hasta su madre vestida de negro, la miró desde abajo con grandes ojos interrogativos. Debió de verlo ella también desde lo alto de su desolación. Lo rodeó para ir a tumbarse en la cama y allí se quedó hasta la tarde siguiente. Por turno, las vecinas dejaron a su lado una taza de caldo caliente, como las veces en que había parido, pero torcía siempre la boca.

En los días siguientes nos invitaban a todas las comidas, ora la una ora la otra. Yo prefería quedarme allí y conformarme con pan y alguna cosa o con lo que Adriana me traía de sus cocinas.

Por la noche creía oír a Vincenzo moviéndose entre las sábanas y entonces la muerte solo había sido un sueño o una broma muy lograda. En algunos momentos era su olor tan evidente el que se difundía por el cuarto. Cuánta dureza al volver a la realidad de la ausencia, después. También me despertó sobresaltada la respiración sobre la cara, como cuando me había buscado en la oscuridad.

No era el único que ocupaba las horas de insomnio. En el cementerio pensaba que apenas me había fijado en él, en mi padre, pero su cara a medias cubierta por la barba retornaba, insistente. Los ojos severos, o mejor, desengañados. Había renunciado a hablar conmigo, de eso estaba segura. A lo mejor temía que le pidiera otra vez que me llevara a casa, o quizá hubiera algo más en su mirada. El peso de un reproche callado. ¿Y si hubiera sido él quien había decidido echarme? Nunca había imaginado esa posibilidad. Pero ¿cuál podía ser mi culpa? ¿Le habían contado lo del beso en los pasillos del colegio? Demasiado poco para

deshacerse de una hija. Lo comprendía incluso tan pequeña, incluso en las fantasías agigantadas por la noche. Si había hecho algo mal, yo no lo recordaba.

Al principio la madre pasaba gran parte del tiempo en la cama, acostada de lado con los ojos abiertos. Giuseppe quería estar con ella y no la molestaba. Las gotas de leche que hasta un par de días antes todavía mamaba se habían secado en el pecho. Se quedaba ovillado encima, en aquel calor pasivo. Saltaba por encima del cuerpo abandonado, giraba a su alrededor. Tras algunos intentos, ni siquiera probaba a llamar su atención, habría sido inútil. A veces, sin embargo, chillaba de repente y yo acudía. Inmóvil unos instantes en la habitación, no sabía qué hacer. Ella me miraba con aquellos ojos. Entonces cogía en brazos a Giuseppe y me lo llevaba.

Luego empezó a levantarse y las vecinas, al encontrarla en pie, dejaron de ayudarnos. Pero la madre no hacía nada en casa, en cuanto tenía fuerzas suficientes se encaminaba por la nacional hasta la carretera de los cipreses. Vestía siempre de negro y el cabello despeinado parecía hojas que habían permanecido en las ramas de un árbol en invierno. Una mañana le pedí acompañarla, me miró sin contestar. La seguí un paso por detrás, no cruzamos ni una palabra a lo largo de dos kilómetros. Cobró vida solo sobre la tierra que cubría a Vincenzo. Muerto, era el único hijo que contaba para ella.

En el camino de vuelta la observaba, de nuevo andando por delante de mí. Yo frenaba las piernas, acompasándome a ella. Los hierbajos del arcén la arañaban y no los sentía. Por momentos se desviaba hacia la línea de la mediana, sin percatarse del peligro. Una bocina la asustó antes de que yo tuviese tiempo de corregir su trayectoria. Mi pena se convirtió de repente en rabia, me incendió por dentro. Allí estaba, la madre dolorosa de aquel bala perdida. Toda ella para él, encerrado entre las tablas de madera. No tenía nada para mí, que sobrevivía. Seguro que cuando me había dado, criatura de pocos meses, no había estado así de mal. La alcancé y sobrepasé, seguí sin volverme a mirar si se salvaba de los coches. Si alguien debía protegerla, no era yo.

Pasados unos días, Perilli llamó al portero automático, preguntó por mí y por Adriana. Bajamos nosotras, nos daba vergüenza recibirla en casa.

–Mañana volvéis al colegio, las dos –dijo imperiosa. No añadió más, su marido la esperaba en el coche con el motor encendido.

–Yo vuelvo porque me da la gana y no por esa, que no es ni mi maestra –rebatí Adriana por la escalera.

Después de clase teníamos que cocinar nosotras algo para todos, normalmente

una sopa. En los primeros intentos ponía poca agua o dejaba pasarse la pasta si mi hermana no estaba pendiente de lo que hacía.

–Eres toda cabeza –se desanimaba–. Las manos solo te sirven para sujetar el boli.

Ella era hábil también en la compra, en la frutería compraba un kilo de patatas y pedía de regalo zanahorias y alguna cebolla para nuestros caldos de verduras. En la carnicería, solo doscientos gramos de carne picada y descartes para el perro inexistente. Los cocíamos también, pero para nosotros. Hoy no como nada que se parezca a nuestra dieta de aquel tiempo. La carne hervida me provoca vómitos con solo sentir su olor.

–Apúntalo, que a final de mes pasa mi padre –prometía Adriana a cada tendero. Tan presta y diligente, con el envoltorio ya en la mano, los desarmaba. Detrás de ella, yo solo era una muda presencia de refuerzo. Me acompañaba hasta fuera la incomodidad por aquellas rápidas miradas que nos lanzaban mientras nos servían con la boca cerrada.

Mi hermana también era frágil. Se refugiaba en la planta baja, donde la viuda. A cambio de compañía y algún servicio recibía afecto y alimento. Se llevaba a Giuseppe, «si no este se muere» se le escapó una noche al subir con él medio dormido.

La madre había perdido el hambre y no pensaba en la nuestra. Al volver del turno en la fábrica el padre traía a veces un poco de mortadela o boquerones en salmuera si el ultramarinos estaba abierto todavía. Para lo demás se contentaba con los fideos que preparábamos nosotras. A su mujer no le decía nada.

Algunas tardes ella se sentaba, los brazos inertes sobre la mesa de la cocina. No había nadie a aquella hora. Yo cortaba pan, le echaba aceite y movía el plato en su dirección, pero sin acercárselo demasiado. Me sentaba también, enfrente, y empezaba a comer. Empujaba un poco más el plato, con un dedo solo. Si no se sentía forzada, hasta podía coger una rebanada y morderla, casi por un reflejo involuntario. Masticaba despacio, como quien no está acostumbrado.

–Le falta la sal –dijo en uno de aquellos momentos.

–Perdona, se me ha olvidado. –Le pasé el tarro.

–No, así vale también. –Y terminó el pan que tenía en la mano.

Siguieron más días de silencio. Se había tragado la lengua de nuevo.

Un domingo me vio luchando con una cebolla para el caldo de verduras.

–Siempre coméis sopa –soltó–. ¿No sabes hacer la salsa?

–No.

–Pon aceite y sofríe. –Esperamos al olor de la cebolla dorada. Abrió ella la

botella de tomate que habíamos preparado en agosto y lo vertió en la sartén. Me instruyó sobre la fuerza de la llama y sobre las hierbas aromáticas que añadir.

–La pasta la escurro yo –dijo luego–. Tú no tienes práctica, te quemas seguro.

Serví los macarrones con tomate a toda la familia y parecían contentos por una comida normal, pero ninguno abrió la boca. Ella aceptó tres o cuatro con poca salsa. Se sentó con los demás, como cuando Vincenzo estaba vivo, pero con el plato sobre el regazo bajo el borde de la mesa, y así comió, con la cabeza gacha.

El Mercedes color crema aparcó en el centro de la plazoleta, rodeado enseguida por los niños incrédulos. Bajaron dos hombres, uno con bigote y el otro con un sombrero blanco de ala ancha. Los vi desde la ventana, le preguntaban algo a un chavalillo y él señalaba en mi dirección. Parecían gitanos y tuve un poco de miedo, pero ni siquiera llamaron. Se apoyaron en el capó y esperaron fumando. De vez en cuando los vigilaba desde arriba sin dejarme ver.

Cuando el padre apareció allá al fondo, de regreso a pie de la fábrica, tiraron las colillas al asfalto y fueron a su encuentro como si lo reconocieran. Él solo caminó más despacio y los miró a distancia, luego se dirigió al portal sin hacer caso de ellos. Le cortaron el paso y por los gestos comprendí que hablaba el del bigote, al principio. Quizá le pidiera subir. Abrí una hoja para escuchar.

–En mi casa no entran gitanos. Me decís aquí lo que queréis.

La aceleración de un motor tapó la respuesta, luego la voz del padre de nuevo, en tono más alto.

–Si mi hijo tenía deudas con vosotros, no lo sé ni quiero saberlo. Os vais a buscar vuestro dinero donde está ahora.

El más cercano le tocó un brazo como para calmarlo, él lo empujó y el sombrero salió volando y rodó, blanco. Adriana se había unido a mí en la ventana, contuvimos la respiración.

No sucedió nada, los dos se montaron en el coche y se marcharon, nuestro padre entró dando un portazo.

Días más tarde se pusieron a nuestro lado a la salida del colegio, pero no eran los mismos y el coche, que solo mirábamos de reojo, nos pareció mucho más pequeño y abollado en varios puntos. Adriana me cogió de la mano y nos juntamos con unas compañeras suyas de clase. Nos seguían al paso mientras caminábamos por la acera, luego nos adelantaban un poco y se paraban a esperar. Pasada la plaza nos quedamos solas, las otras habían torcido. Bajó el chico que no conducía y vino hacia nosotras con una media sonrisa. Mi hermana me apretó la mano con la palma sudada, era la señal convenida para dar media vuelta. Aquella vez era ella la más asustada, había oído historias de gitanos que raptaban a niños. Regresamos de prisa hacia el colegio, pero en la esquina del estanco casi abrazamos a quien nos buscaba.

–Pero ¿por qué huis? No quiero molestaros, ¡solo una pregunta!

Tendría unos veinte años y de cerca parecía más atractivo que amenazador. También Adriana se tranquilizó, soltó mi mano y le dio permiso para hablar con un gesto de la barbilla. Él quizá se sintiera en apuro frente a dos chiquillas, su gentileza era un poco forzada. ¿Por casualidad Vincenzo no habría dejado algo para ellos, sus amigos? A lo mejor nosotras lo estábamos guardando.

–Pero qué sabía mi hermano de que fuera a morirse. ¿Qué habría tenido que dejar?

Las maneras resueltas de Adriana lo confundieron. Habló de dinero prestado para una moto que Vincenzo quería comprarse. Pero lo tenía ya preparado para devolverlo, eso había dicho pocos días antes de la desgracia. ¿No podíamos buscarlo?

–¿Y tú te crees que lo traía a casa? Se había hecho una chabola de madera en alguna parte por el río y sus cosas las escondía allí –mintió la astuta. Luego completó la obra de despiste con indicaciones vagas sobre el lugar de la chabola. Así nos libramos de los acreedores de Vincenzo.

Después de la comida la vi con una vieja caja de zapatos bajo el brazo. Me susurró que bajara con ella al trastero.

–El anillo que lleva puesto en el más allá estaba aquí –me dijo por la escalera–. Pero había más cosas. Ahora tenemos que mirar bien.

Nos encerramos dentro y alcé yo la tapa del mundo secreto de nuestro hermano. Un mazo de llaves, y no eran las de casa. Una navaja nueva flamante. La cartera con el carnet de identidad, en la foto parecía un prófugo. Un calcetín solo, hinchado por lo que guardaba. Metí la mano, cauta, y reconocí al tacto su contenido. Ante la cara pálida de Adriana saqué un rollo de billetes sujetos con una goma. Había de todas las cantidades, de las diez a las cien mil liras. Ahí estaba lo que querían los gitanos. A saber si era el dinero de ellos o si Vincenzo lo había ganado con sus trabajos esporádicos y lo había ahorrado para la moto.

Adriana comprobó con las yemas la consistencia del papel moneda, debía de ser la primera vez que tocaba una cuantía distinta del pobre metal de las monedas, que de todos modos rara vez le caían. Estaba encantada.

–¿Quién es este viejo? –preguntó acariciando la barba de Leonardo en un billete de cincuenta mil. Hablaba bajito, como si alguien pudiera estar escondido entre los trastos de alrededor.

–¿Y ahora? –pregunté, a ella y a mí–. Es demasiado, no podemos quedárnoslo.

–¡Qué dices! Nunca es demasiado. –Y lo apretó con una suerte de espasmo de los dedos.

Su excitación me asombraba. Aquella ansia de los ojos puestos en los billetes. Yo no sabía lo que era el hambre y vivía como una extranjera entre los hambrientos. El privilegio que traía de la vida anterior me distinguía, me aislaba en la familia. Era la Retornada. Hablaba otra lengua y ya no sabía a quién pertenecía. Envidiaba a mis compañeras de colegio del pueblo e incluso a Adriana por su certidumbre sobre sus madres.

Mi hermana se puso a imaginar todo lo que compraríamos. El fajo le iluminaba la cara desde abajo, encendía sus pupilas con un apetito diferente. Bajo la incandescencia de la bombilla que colgaba del techo del trastero tuve que desilusionarla mientras soñaba demasiado a lo grande, la televisión, una tumba de piedra lustrosa para Vincenzo, un coche nuevo para nuestro padre.

–Pero no hay bastante –dije tocándole la frente como si tuviera fiebre.

–A ti no hay quien te entienda –se impacientó–. Ahora es demasiado, ahora no hay bastante.

La vi sobresaltarse por un ruido ligero a su lado, como algo en movimiento bajo un cartón. Lo apartó con el pie y una cola fina desapareció detrás de una caja de pimientos secos.

–Lo sabía –susurró–. Aquí no se puede dejar, se lo comen los ratones. Nos lo llevamos arriba, pero tengamos los ojos abiertos, que si lo encuentra Sergio se acabó.

Al atardecer llegó el hombre de las pompas fúnebres. En aquellos días a menudo había alguien esperando el regreso del cabeza de familia. Sin pararse en formalidades, el de los muertos, como lo llamaba todo el mundo, exigió al menos la mitad de la suma que se le debía por el funeral de Vincenzo. Nuestro padre le dijo que tuviera un poco de paciencia aún, la fábrica de ladrillos podía quebrar y los dueños iban retrasados con las pagas.

–El primer dinero que cobre será para ti, te lo juro por mi hijo –dijo, pero el otro solo le concedió una semana.

Mi hermana y yo escuchamos con la cabeza baja, evitando mirarnos. Pensábamos en el día siguiente, en las compras que habíamos planeado. Salimos a la hora de la apertura vespertina de las tiendas, fustigadas por una aguanieve cortante. La urgencia de un abrigo para Adriana nos llevó enseguida a la única tienda de ropa del pueblo, de una señora que parecía una patata con cabeza. Tenía brazos poco móviles, que le pendían a los lados del cuerpo, y sus manos

cortas y gordezuelas solo se movían en caso de necesidad. Pero el establecimiento estaba bien iluminado, olía a viejas telas polvorientas. Nos recibió una agradable tibieza que difundía la estufa de queroseno, ella nos miraba con recelo en cambio.

–¿Venís solas a comprar? Ah, sí, vosotras sois a las que se les ha muerto el hermano y seguro que vuestra madre no está como para acompañaros. Pobrecilla, siempre en el cementerio, nadie se lo esperaba de ella –desgranó todo de un tirón–. ¿Tenéis dinero al menos?

Adriana casi le restregó un Leonardo da Vinci por las narices y se lo volvió a guardar en el bolsillo doblado en dos. Luego elegimos con calma un loden verde bosque, de una talla holgada.

–Tiene que valerme también para cuando vaya a secundaria –le dijo mi hermana a la tendera mientras intentaba verse en el espejo el gran pliegue de la espalda. El viejo abrigo lo dejó allí, del revés sobre el mostrador, con el forro medio descosido.

Más tarde andaba hacia casa con los pies rígidos dentro de los mocasines nuevos, para no estropearlos. Íbamos cargadas de quesitos, bollos, dudas sobre cómo justificar las compras de aquella tarde. Habíamos encontrado una cartera con algo dentro, eso diríamos.

–No me va lo de esconder las provisiones allá abajo, nos las comemos todos juntos –concedió Adriana.

Nadie nos preguntó nada, la madre seguía abatida y el padre distraído por las deudas. Los hermanos que quedaban se limitaron a atiborrarse de pan con Nutella, que preparamos en una bandeja. A Giuseppe le di yo alguna cucharada.

Estuvimos una semana comprándonos lo que queríamos, pero se trataba siempre de pequeños gastos, sobre todo en dulces. La noche que volvió el hombre de las pompas fúnebres llamamos varias veces a nuestro padre al cuarto y cuando se decidió a venir le pusimos el dinero en la mano. Así Vincenzo se pagó él su funeral.

Faltaba una semana para las fiestas. A la hora de comer sobre la mesa desnuda había dos cajones de naranjas, jamás vistas en aquella casa. Al lado una caja de cartón llena de latas sobrepuestas, algunas de atún y la mayor parte de carne. Debía de haberse recibido una visita tardía de pésame aquella mañana, mientras Adriana y yo estábamos en el colegio. Además del aroma de los cítricos se percibía otro, a ratos, pero tan leve e incierto que parecía un sueño.

Giuseppe estaba sentado en un rincón y lloriqueaba, había mordido la cáscara de una naranja y le sabía amarga. Desde su habitación la madre dijo que nos abriéramos una lata y estuviéramos atentas al niño, que ella se había acostado por el dolor de cabeza y no había cocinado. Hacía unos días que había retomado las faenas de la casa, pero de vez en cuando volvía a la cama de improviso y se quedaba horas allí, con los ojos abiertos y vacíos.

Pelé la naranja de Giuseppe a partir de la incisión de sus dientecitos y le ofrecí un gajo. Guiñaba los ojos y torcía los labios por la acidez del jugo, luego se acostumbró, notó también la dulzura y quiso más. Adriana abrió una lata de carne y nos la comimos directamente del envase, alternándonos en pescar los trozos con el tenedor. Después ella bajó con el pequeño donde la viuda y me quedé sola. Silencio en la habitación de matrimonio.

No tenía deberes aquella tarde, vagaba de un lado a otro de la casa, aburrida e inquieta. El color de todos aquellos kilos de fruta sobre la mesa. Mi madre del mar estaba obsesionada con la vitamina C, cuando tenía clase de ballet siempre me daba dos naranjas ya peladas para que me las terminara en el coche, durante el trayecto. Antes de la actividad física hacían bien, decía. Fui derecha al armario de los trastos, asaltada por un pensamiento. Encontré la bolsa llena de zapatos revueltos que en agosto había llevado como equipaje, rebusqué dentro. En el fondo los dedos cogieron de memoria las zapatillas de ballet, me las até en la cocina bajo la falda de cuadros. Las cintas de raso estaban algo sucias y deshilachadas, los dedos gordos enseguida doloridos como cada vez después de la pausa estival. Sobre las piernas un rombo de luz fría, de la ventana. Me toqué el empeine, los músculos de la pantorrilla desentrenados. Todavía estaban ahí. Con la mano blanda sobre el respaldo de una silla probé a ponerme en puntas en la quinta posición y ejecuté un battement tendu para cerrar en plié.

–Le he dicho que volverás a la ciudad para hacer el bachillerato y todas esas cosas bonitas. –Era la madre desde la puerta de la habitación. Abrió la mano, casi en un gesto de admiración–. Esta mañana ha estado Adalgisa y hemos hablado de ti. Pero tu padre y yo lo pensamos desde que regresaste, esa sabionda de la Perilli se podía haber callado. Tú aquí te desperdicias, no pintas nada. En octubre del año que viene debes ir a un buen colegio. Adalgisa está de acuerdo.

No había sido un sueño el perfume aparte del olor a naranja.

–Entonces vuelvo con ellos... –aventuré con la voz deshaciéndome entre los dientes. Me senté, me notaba inseguras las piernas, no por los ejercicios.

–Eso no, pero al final del verano se encargará ella de encontrarte alojamiento en la ciudad.

–¿Por qué ha venido cuando yo no estaba? ¿No podía esperarme?

–La señora que la ha traído tenía muchas prisas. Adalgisa se ha enterado tarde de lo de mi pobre hijo y quería hacer la visita.

–¿Cómo que tarde, si mi padre estaba en el funeral?

–Se ve que no se lo dijo, tu tío –me corrigió.

–Qué raro. ¿Cómo está ella?

–Eh, no está mal –respondió rápida volviéndose de tres cuartos–. ¿Has visto qué de cosas nos ha mandado? Es hora de ponerlas en su sitio. –Y se puso a colocar las latas en un mueble colgado de la pared. Volvió a encerrarse así en la reticencia habitual sobre el tema. Mis preguntas ya no la alcanzaron. Hablaba sola en voz baja, como solía desde que se había repuesto un poco tras la muerte de Vincenzo. Les preguntaba a las latitas qué contenían, al estante le decía qué alto estaba, que ella ya no llegaba, y al pobre hijo suyo dónde estaba en aquel momento.

Me quedé en la silla, sin ayudarla. El comienzo de una rabia feroz me fermentaba en el estómago. Al principio me quitó las fuerzas, me absorbió la sangre de todas las venas. Me quité las zapatillas de ballet con un esfuerzo de vieja cansada. Alisé un momento el raso, las olí por dentro buscando el olor a pies despreocupados de otro tiempo. De pronto, como por una inyección de efecto instantáneo, una energía destructiva me invadió. Alargué la diestra a una naranja, el primer objeto del mundo al alcance. Estaba blanda en un punto, podrida. Hundí allí los dedos salvajes, hasta el centro y más, hacia la cáscara del lado opuesto. Temblaba la mano y la fruta, y su color de sol lejano. El zumo me corría malgastado por la muñeca, me mojaba el jersey. No sé después de cuánto la tiré a ciegas contra la pared, pasó a unos centímetros de su cabeza. Ni siquiera

le había dado tiempo a volverse cuando yo ya empujaba la caja que quedaba en la mesa y las naranjas caían y rodaban por el suelo en todas direcciones.

–¿Te has vuelto loca? ¿Y ahora qué te ha entrado?

–Yo no soy un paquete, tenéis que dejar de llevarme de acá para allá. Quiero ver a mi madre, vas a decirme ahora mismo dónde está y voy sola. –De pie, temblaba.

–No sé dónde está, en la casa de antes no.

Me acerqué y la arrinconé entre el fregadero y yo. La agarré por los hombros vestidos de negro y la sacudí sin miramientos.

–Entonces busco a un juez y os denuncio a todos. Le cuento que os intercambiáis a una hija como si fuera un juguete.

Salí huyendo y me quedé fuera, pronto oscureció y me helé. Desde el ángulo más escondido de la plazoleta veía iluminarse las ventanas y, detrás, el ir y venir de las siluetas femeninas atareadas. A mis ojos eran las madres normales, las que habían parido hijos y se los habían quedado. A las cinco de la tarde ya estaban con los preparativos de la cena, cocciones largas, elaboradas, como requería la estación.

Con el tiempo perdí también aquella idea confusa de normalidad y hoy ignoro de verdad qué lugar es una madre. Me falta como puede faltarme la salud, un cobijo, una certeza. Es un vacío persistente, que conozco pero no supero. Me da vueltas la cabeza si miro dentro. Un paisaje desolado que de noche me quita el sueño y fabrica pesadillas en el poco que me deja. La única madre que nunca he perdido es la de mis miedos.

Aquella noche vino Adriana a buscarme. Dos farolas estaban fundidas y la oscuridad de la plazoleta la asustaba. Se mantuvo en las cercanías del portal y me llamaba hacia la oscuridad. Resistir a sus reclamos de gato vagabundo era doloroso, pero lo intentaba. La entreveía, también ella había bajado sin abrigo, golpeaba con los pies para calentarse y se frotaba los brazos. Venga, entra, le rogaba dentro de mí. O bien, más secretamente: espérame, espera a que yo esté lista. Me oyó y respondió a todo, en voz alta.

–Si no vuelves, me quedo aquí y enfermo por tu culpa. Ya me gotea la nariz.

Esperé un poco más antes de ceder. Luego me coloqué bajo una farola que funcionaba y ella me vio. Y vino corriendo a abrazarme.

–Esta chalada... –dijo frotándose la espalda aterida—. ¿No piensas en mí cuando te da por escaparte?

No tenía hambre, me fui enseguida a la cama. A través de la puerta cerrada oía las voces en la cocina. Luego alguien entró en la habitación y yo fingí que

dormía. Era la madre, la reconocí por el modo de arrastrar las zapatillas. Debió de comprender que estaba despierta.

–Ponte esto sobre el pecho, para que no te suba fiebre. –Y apartó las mantas.

Había calentado un ladrillo en el horno y lo había envuelto en un trapo para que no me quemara. Un bienestar lento se propagó bajo su peso, hasta el corazón. Latía con más calma.

Saldría en silencio mientras yo me rendía a un sueño breve y profundo. No me subió la fiebre.

Me di cuenta de que era Navidad por las vacaciones escolares y las campanas tocadas a rebato a medianoche. Las oí desde la cama, no habíamos ido a la misa y no había habido ninguna gran cena de pescado. Habíamos comido pane cotto,² pero me había gustado más que la anguila con tomate de otros años. Siempre la había encontrado viscosa, pero me veía obligada a comer un poco por respetar la tradición, así lo quería mi madre.

Por la mañana las mujeres del vecindario se acordaron del luto reciente y subieron, cada una con algo para la comida de la fiesta, caldo de cardos con stracciatella,³ timbal relleno de carne, pavo asado en su gelatina. Los de la fábrica de ladrillos no se decidieron hasta la tarde del veinticuatro a pagar a los obreros al menos uno de los sueldos atrasados, así que nuestro padre había pasado por el ultramarinos para comprar dos turrónes. Terminada la carne, los partimos en trozos y los mordisqueamos sentados a la mesa más tiempo que de costumbre. Adriana era la más glotona y ruidosa en la masticación. De pronto chilló y se puso en pie sujetándose la mandíbula. La seguí hasta el cuarto, a donde corrió para llorar.

Abrió la boca y puso el índice sobre una muela de leche medio ennegrecida. En el agujero central se había encajado una esquirla clara, quizá de almendra, y había despertado el dolor que iba y venía desde hacía algún tiempo. Para sacar el fragmento de turrón Adriana hurgó en la caries con un palillo que llevaba en el bolsillo, luego me acercó la punta a la nariz.

–Mira cómo apesta. Esta desgraciada no quiere caerse, arráncala tú, que esta vez yo no puedo.

Tenía miedo de hacerle daño, pero insistió. La muela parecía sujeta a la encía solo por una parte, pero se movía poco, no había llegado su hora. Probé a empujarla con los dedos y no ocurrió nada. Tampoco sirvió el hilo atado alrededor, tras el tirón me quedé con el lazo vacío.

–Necesitas una herramienta –sugirió ella.

Buscamos en la cocina. Los demás ya habían desaparecido, la mesa estaba quitada, solo nos esperaba la pila de platos sucios en el fregadero. Abrí unos cajones sin una idea precisa, examinando los objetos más disparatados. El cuchillo no, me asustaba. El tenedor. Nos acercamos a la ventana, hacia el sol

invernal que ya descendía. Adriana me ofreció la arcada inferior. Metí una de las puntas donde se veía un principio de separación. Ella estaba quieta y callada, los brazos a media altura. Cuando ahondé más la punta la miré a los ojos para leerle el dolor. Las pupilas se le habían dilatado, no movió nada más. Conteniendo la respiración, hice palanca con el tenedor, de sopetón. La muela le saltó directa a la garganta mientras un chorro de sangre brotaba de la encía. Entre golpes de tos y sonidos estrangulados Adriana se libró del cuerpo extraño, lo escupió en la palma de mi mano, seguido por una estela roja. Luego sorbió la saliva y se taponó la boca con un trapo.

Por la noche lloré en la almohada. ¿Quién le sacaría los dientes de leche después de mi regreso a la ciudad? Ella me oyó y bajó. Le hablé del último encuentro entre mis dos madres, una semana antes, y del nuevo traslado que habían decidido para mí.

–Entonces, ¿ahora te vas? –preguntó Adriana, abatida en la oscuridad incompleta.

–No ahora, al inicio del bachillerato, en septiembre próximo.

–¿Y no es lo que querías? –preguntó después de una pausa. En su tono repentinamente adulto un matiz de reproche, pero leve, cariñoso–. Te trajeron aquí a la fuerza, pero esto no te gusta. Desde que has vuelto lloras todas las noches, das vueltas bajo las mantas, no coges el sueño. ¿Y ahora no estás contenta de volver a la ciudad?

–Ya no estoy segura de nada, todo es confuso. Nadie me dice a dónde iré. Mi madre me encontrará un alojamiento, quizá un internado.

–¿Es que está loca? En los internados mandan las tocas y esas son terribles, te revisan hasta las bragas.

–¿Tú qué sabes?

–Ha estado una que vive detrás del horno. ¡Cuenta unas historias!

–No son las monjas las que me preocupan –le murmuré tocándole el pelo–. No te veré más. –Y volví a sollozar.

Nos desesperamos juntas un poco, luego aquello la sublevó y se sentó en la cama.

–Pero estas dos te mandan de un sitio a otro cada vez que se les pasa por la cabeza. Ya basta, tienes que rebelarte –me incitó sacudiéndome por un hombro.

–¿Y cómo?

–Ahora mismito no lo sé, tengo que pensarlo. Mientras, juremos no dejarnos nunca. Si te vas, yo me voy contigo.

Cruzó los índices y los besó por ambos lados, invirtiendo las manos con un

movimiento rápido. La entreveía en la oscuridad. Juré como ella.

La abracé y se durmió al instante, la espalda contra mi pecho, las vértebras como cuentas de rosario. Cuando se lo hizo me quedé quieta, pegada al calor que me mojaba la tripa. De vez en cuando daba un respingo, en cierto momento hasta se rio, soñando quién sabía qué. Otras noches su cuerpo abandonado en el sueño me calmaba, pero aquella no. La angustia no era por mí ni por mi incierto futuro, la transfería a Adriana y Giuseppe. Así la domaba. Pocos minutos después de la promesa no creía ya que fuéramos a permanecer juntas. En septiembre me marcharía sola del pueblo. ¿Cómo se las arreglarían ellos dos sin mí? Quizá ella se las arreglaría, pero ¿el pequeño? Todavía gateaba y nunca lo había oído decir mamá o papá. Para ayudarlo silabeaba despacio y exageraba los movimientos de los labios, pero su atención se perdía en otra cosa. No estaba listo.

En la institución en que vive ahora habla con un asistente, siempre el mismo, y cuando él se va de permiso calla. Eso me dicen.

En cada visita le llevo paquetes de folios y lápices de todas las durezas, él los mira y toca las puntas con el índice, una por una.

–Son buenos –me dice. Y luego, serio–: Estas son las obras de este mes.

Suele representar sus manos dibujándose a sí mismas, la derecha al trabajo y la izquierda sujetando el papel. Pero también animales corriendo, perros, o caballos al galope captados en el instante en que ninguna pezuña toca el suelo.

De todas formas Giuseppe fue el único de los hermanos en terminar la secundaria, luego pasó unos años en casa, cada vez más mudo y apartado, en el borde externo a todo lo que ocurría. Donde está ahora es un lugar mejor para él. Fue un convento en otro tiempo, en el jardín siempre soleado los residentes pasan muchas horas del día si la estación lo permite.

Adriana suele acompañarme, y llena la hora de charla. Cuando voy sola nos sentamos en un banco y permanecemos largo rato en silencio. A veces Giuseppe me regala una hoja de árbol si cae cerca.

En primavera le llevo una cestita de fresas, las lavamos en la fuente junto al seto. Luego se las come, después de haberlas puesto una a una a la luz delante de sus ojos, sosteniéndolas por el peciolo. Observa las mínimas variaciones de forma, de color. Sospecho que trata de contar todas esas semillitas de la superficie.

El invierno fue largo y severo, en casa nos helábamos. Por la mañana temprano me quedaba estudiando bajo las mantas –la viuda de la planta baja me había regalado una lámpara de pantalla que yo había colocado al lado de la cama– y a los dedos ateridos les costaba pasar las hojas. En el mes de marzo gané un concurso escolar con una redacción sobre la Comunidad Europea y la señorita Perilli me entregó una libreta de ahorros a mi nombre de parte del Ministerio de Enseñanza Pública. Luego se dirigió a la clase:

–Podéis estar orgullosos de vuestra compañera. –E insistió con el peso de su mirada sobre aquellos que solían ridiculizarme–. Solo veinte chicos en Italia han recibido este premio.

–Y una es la Retornada –soltó previsible una voz de escarnio al fondo del aula.

A la salida mi hermana ya se había enterado, no sé cómo, y se adelantó corriendo para contarle la novedad a la familia. Les enseñó ella la libreta a los padres, toda entusiasmada. Era roja y dentro se consignaba en la columna de los depósitos treinta mil escrito a mano.

–¿Se pueden sacar del banco? –preguntó la madre después de leer. La cerró y la dejó sobre la mesa, pero seguía mirándola.

–Esas no se tocan –respondió el padre por sorpresa–. Son tuyas, se las ha ganado con la cabeza –añadió tras una pausa.

–Y le han puesto un diez en matemáticas, esta se divierte haciendo los problemas –les informó Adriana, girando a su alrededor.

Me gustaba la geometría de cuerpos de aquel año, las figuras complejas, pirámides sobrepuestas y paralelepípedos, cilindros con agujeros en forma de conos en una de las bases. Me divertía de verdad calculando superficies y volúmenes, sumándolos y restándolos en busca del total. Pero luego pensaba que aquellas notas excelentes me estaban propulsando derecha hacia el mañana que las dos madres habían trazado para mí en mi ausencia. Y no estaba segura de querer seguir la dirección elegida por ellas. El invierno siguiente asistiría a un instituto de la ciudad, pero ¿dónde comería, dormiría? ¿Patrizia y yo podríamos vernos por la tarde? En algunos momentos, mejor que aquella incertidumbre

prefería quedarme allí, con Adriana y Giuseppe, con los padres que me habían recuperado, incluso con Sergio y el otro.

Perilli me devolvía el ejercicio de latín con el nueve en el reverso del folio y yo, tras un instante de alegría, me quedaba desorientada mirándolo sobre la mesa. Mi madre sí que habría estado contenta si hubiese podido verlo. De lejos ella se preocupaba más por mí que por su enfermedad, no dejaba de creerlo. Sin embargo, en ciertas horas tristes me sentía olvidada. Me borraba de sus pensamientos. Ya no había en el mundo razones para existir. Repetía despacio la palabra mamá cien veces, hasta que perdía todo sentido y era solo una gimnasia de los labios. Me quedaba huérfana de dos madres vivas. Una me había dado con su leche aún en mi lengua, la otra me había devuelto a los trece años. Era hija de separaciones, parentelas falsas o calladas, distancias. Ya no sabía de quién provenía. En el fondo tampoco lo sé ahora.

Mi cumpleaños caía en primavera y no se dio cuenta nadie. Los padres lo habían olvidado en el tiempo transcurrido sin mí y Adriana ignoraba mi fecha de nacimiento. Si se la hubiese dicho me habría felicitado a su manera, con saltitos y tirándome catorce veces de las orejas. Pero la mantuve en secreto y me felicité yo sola nada más sonar la medianoche. Por la tarde subí a la plaza y me compré una milhoja en la única pastelería del pueblo. Pedí también una velita, de esas que se ponen en las tartas. La señora me miró raro y no me la cobró, así que un regalo sí recibí.

En el trastero encontré enseguida las cerillas, sabía dónde estaban. Me encerré dentro y, a la escasa luz que entraba por una especie de tragaluz, abrí la cajita del dulce y lo dejé con el papel debajo encima de la superficie polvorienta de un viejo aparador. Clavé la velita en el centro de la milhoja y encendí el pábilo. En la penumbra casi negra faltaban puntos de referencia y podía creer en una verdadera tarta, de tamaño normal. Me quedé mirando la llamita un tanto trémula, quizá por mi aliento cercano. No pensaba en nada concreto, pero tenía dentro, además de los miedos, una fuerza luminosa como aquel pequeño fuego. La cera licuada empezó a resbalar por la sólida, hasta el azúcar glasé. Entonces apagué de un soplo durante un aplauso solitario y canturreé la cancioncita de feliz cumpleaños, en voz baja en la oscuridad. La milhoja era reciente, se desmenuzaba, lo saboreé hasta la última miga. Luego volví arriba.

Por la noche subió un hombre para invitarnos al campo al día siguiente, domingo. Era ya un poco tarde, se sentó con nuestro padre a la mesa de la cocina. Parecía un pirata, por una venda negra sobre el ojo derecho, sujeta con

un hilo que le rodeaba la cabeza casi calva salvo por algunos mechones en la nuca, rizados y grisáceos. En la comisura de los labios sostenía recta una colilla de puro fría, con la punta negra por caladas anteriores. No se la quitaba nunca, así que hablaba torciendo la mandíbula hacia ese lado. Me intrigaba y me asustaba un poco su aspecto.

–La hora que es y tu mujer ya está en la cama –oí que decía–. Todavía no se recupera de la desgracia, entiendo. Ya verás mañana como un poco de aire bueno la ayuda, y además allí está la abuela Carmela, que quiere volver a verla, siempre piensa en su ahijada. Me ha dado esto para ella, tienes que metérselo debajo del colchón, donde apoya la cabeza.

Entreví apenas el objeto, parecía un envoltorio de tela con algo dentro. Nuestro padre se lo guardó en el bolsillo y se levantó para coger una botella de vino, Adriana y yo no llegábamos al mueble en que estaba.

–¿Y tú de quién eres hija? –me preguntó a bocajarro el pirata cuando vio que era nueva allí.

–Es mi hermana –se entrometió enseguida Adriana–. Estos se la habían dado a una prima, de pequeña. Ahora nos la hemos vuelto a quedar nosotros.

–Algo sabía de esto. Entonces mañana ven tú también, que en casa no falta de nada –me animó observándome con su único ojo.

Desde la cama de arriba Adriana me contó luego la historia del hombre de la venda. Era compadre nuestro, vivía en una comarca toda de cultivos. De pequeño un canto proyectado a toda velocidad por la oruga de un tractor que maniobraba lo había golpeado en la órbita derecha y lo había dejado ciego de ese ojo. Por el vicio de la colilla siempre en la boca todos lo conocían como Mediopuro, pero ojo con que él lo oyera.

–¿Y cuál es su verdadero nombre? –pregunté.

–No me acuerdo, pero en el campo a todos los mayores debes llamarlos tíos aunque no sean nada tuyo, es la costumbre.

–¿Qué le ha dado para ella? –Y saqué el cuerpo para señalar la habitación matrimonial, allá.

–No sé, un relicario a lo mejor. Su abuela es viejísima, y es curandera. La gente va a buscar consejos y medicinas. Cuando tuve la tos ferina me mandó un jarabe que era una asquerosidad, siempre lo escupía. Para las lombrices, en cambio, usa la ciencia, ¡Virgen santa, qué amarga es!

No descubriría hasta años más tarde que la ciencia de Adriana era la planta del ajeno⁴ silvestre, cuyas propiedades curativas conocía la sanadora campesina.

Fuimos a la mañana siguiente, con el coche un tanto remiso. Los hermanos no

vinieron, allí donde esos todas las veces hay que trabajar, dijeron, y ellos dos no tenían ganas. Adriana no se mareaba en coche, sin embargo empezó a quejarse de náuseas en cuanto salimos del pueblo, quizá se hubiera bebido la leche en el último momento. Paramos justo a tiempo en la curva pasada la draga, devolvió el desayuno en el borde mismo del campo que había drenado la sangre de Vincenzo. Allá abajo estaba el vallado que había puesto fin a su vuelo.

Estuve yo al lado de mi hermana mientras vomitaba, la madre no bajó, subió la ventanilla y se volvió para otra parte con las manos en la cara. Por los movimientos de los hombros dentro del habitáculo supe que sollozaba.

En el caserío nos recibieron el aroma de las acacias en flor y una familia numerosa, de varias generaciones. Todos estaban en la era, ocupados en varias faenas. Mediopuro afilaba una hoz, batiendo con ritmo regular el filo con un gran martillo. Parecía sinceramente contento de vernos. Quizá hubiera hablado de mí, nadie se extrañó de mi presencia, solo me miraban con curiosidad, sobre todo los hijos. Dos chicos estaban llevando las ovejas a los pastos, pero las empujaron a avanzar solas con gritos y silbidos y se pararon a saludarnos. La mujer dejó el cubo del grano para las gallinas y entró a buscar algo que ofrecernos. Los hombres bebieron anisete, para los demás, las mujeres y los niños, preparó una bebida de guindas en conserva del año anterior.

–Luego os lleváis algún tarro –dijo. Y en voz más baja, a nuestra madre–: La abuela Carmela te espera, ya sabes dónde está.

Le quitó a Giuseppe de los brazos suavemente y señaló con la barbilla un roble centenario al lado de la casa. Seguí a la madre en aquella dirección, sin comprender. No la vi hasta estar a pocos pasos de distancia y me detuve de golpe. Se sentaba en una silla alta, de respaldo toscamente tallado, como un rústico trono al aire libre. Vestía un sayo abotonado por delante, del color de la sombra que la cubría. Me quedé allí mirándola, hechizada por su imponencia de cuento. La piel del rostro abrasada por el sol de cien veranos se mimetizaba con la corteza del árbol de atrás, tenían la misma inmovilidad, la misma trama de grietas. A mis ojos ambos parecían eternos, la vieja y el roble.

Me dijeron luego que una vez había estado en la muerte y había permanecido allí bastantes días, pero no había podido soportar la soledad y había regresado.

–Commara Carme’...⁵ –la llamó la ahijada, con la voz ya rota.

–Sacce tutte, la fija mi’, li sacce cuma ti sinte.⁶ –Y la invitó a acercarse a ella con un gesto mínimo del brazo. A cada movimiento suyo yo oía crujidos, crepitaciones, roces de articulaciones oxidadas.

La madre se arrodilló allí al lado con lágrimas y le puso la cabeza en el regazo, una mejilla hacia arriba. Llegó puntual para cubrirla una palma ancha y antigua.

–Pi lu male chi ti’ tu, ji la midicine ni lli tinghe⁷ –confesó sin culpa. Alzó un

momento la mano, mirándola en su impotencia, luego la bajó de nuevo para dar lo que podía, una ruda caricia.

–Buenos días –dije yo, por educación.

Ella me miró, concentrándose, pero yo no distinguía sus ojos casi del todo tapados por los párpados caídos, salvo dos finas rendijas por las que penetraba lo que aún le quedaba por saber del mundo. Vino corriendo una niña con un ramillete de hierbas recién cogidas.

–¿Son buenas? –preguntó con ansia.

–Ci sta la uazze sopra?⁸

Sí, estaban húmedas de rocío. Entonces valían. La bisnieta las puso en un vaso en una mesita baja que yo no había visto, también a la sombra del roble. Sobre ella había botellas y tarros con extraños mejunjes y cataplasmas, de todos los colores y poderes mágicos. También una aceitera y un plato con agua, para hallar y sanar el mal de ojo. Un cuchillito, con el que trazaba marcas en los cuerpos en correspondencia con los órganos afectados, pero sin hacer incisiones.

Justo en aquel momento llegó un coche y bajaron dos personas en busca de consejo y remedios de tía Carmela.

La madre se levantó. La vieja le habló.

–Tu si nate sott’a ’na pianeta cattive, ma quesse ti fa ’na bella riuscita⁹ –le dijo meneando el dedo hacia mí.

Luego estuvo horas recibiendo clientes, en ciertos momentos hasta se formó una fila, allí en la era. Aprovechaban la luna menguante, la fase más propicia para hacer retroceder todo mal, me explicó la mujer de Mediopuro.

No era cierto que debiéramos trabajar aquel día, solo teníamos que recoger habas en un campo y comérmolas de almuerzo. Nos proporcionaron cestas y fuimos, Giuseppe se quedó en casa con una niña que lo adoraba. Nos acompañaba un alboroto de pájaros, las saetas continuas de las golondrinas sobre nuestras cabezas. Llevaban insectos a los recién nacidos que aguardaban en los nidos pegados a las vigas del establo. Bordeamos el campo de cebada, de espigas verdes y peludas. Rozaba, al pasar, hebras de hierba flojas por la insistencia del sol, los rayos me aturdían después de todo aquel invierno. El huerto, de surcos derechos y paralelos, y en las cavidades las matas de lechuga, a distancia regular. La zona reservada a los tomates, con las plantas aún jóvenes y frágiles.

Llegamos a las habas. Arranqué la primera vaina de manera tan torpe que doblé el tallo delgado hasta el suelo. Lo miré, mortificada.

–Ven aquí que te enseñe cómo se hace –dijo la madre–. Con una mano tienes que sujetar aquí arriba y con la otra coges.

Estaba a su lado, usábamos la misma cesta. Los otros, un poco más lejos.

–Pruébalas, son buenas. –Y me llenó el puño de granos. Sabían a verde, a savia matinal, criaturitas que casi daba pena espachurrar con los dientes.

Avanzamos en la recogida. En medio de las hojas, de vez en cuando, grumos de espuma blanquecina. Era el escupitajo del cuclillo, me explicó ella, y su madrina Carmela lo usaba a veces en sus pociones. Solo hace poco tiempo he leído por casualidad que lo produce la larva de la cigarra espumadora y la fábula se ha desvanecido.

–Aquí todo está cuidado y en orden –dije con un suspiro–. Quisiera que mi vida fuese como este campo –se me escapó luego.

Quizá fuera el lugar, que invitaba a las confidencias, o el influjo de la maga.

La madre no replicó, pero escuchaba.

–¿Qué edad tenía cuando me diste a tu prima? –le pregunté en voz baja, con un cansancio sin rabia.

–Tenías seis meses, te estaba destetando. Después de cuando vino a regalarte el sonajero, Adalgisa se presentaba todas las semanas, siempre quería llevarte a su casa.

–Pero ¿por qué?

–Llevaba años intentando tener hijos y no había manera.

A pocos pasos de nosotros los otros recogían y comían, nos llegaba a veces la voz chillona de Adriana, seguida de risas.

Al principio mi madre se había negado, pero luego se había quedado embarazada de un quinto hijo y mi padre había perdido el trabajo. Habían hablado una noche, encerrados en su habitación, mientras yo dormía ignorante en la cuna y también dormían mis hermanos, en el otro cuarto. Habían cedido.

La prima me quería a mí, pequeña y niña, de otro modo no le nacería el amor. Se quedó conmigo cuando yo no comprendía aún.

–De nuestra casa no se llevó nada para ti, te había comprado todo nuevo. Guardé tus cosas para la criatura que tenía en la tripa, pero la perdí a los veinte días. Me salía sangre por abajo y por poco no morí.

–¿No podías ir a recuperarme? –pregunté débilmente.

–Adalgisa no te habría devuelto, ya te estaba criando como decía ella.

Me senté en la tierra, con el mentón en las rodillas. Los ojos me ardían por el esfuerzo para contener las lágrimas. Ella se quedó de pie, con la cesta llena colgada del brazo. Debía de ser mediodía, sudaba en silencio. No consiguió dar aquel único paso que nos separaba del consuelo.

Desde la era nos llamaron para la comida. Abandonamos el huerto, salimos

todos por el mismo extremo del sendero que dividía los cultivos. Las plantas, libres del peligro de nuestros pies, volvieron a juntarse.

–¿Y esas caras tan serias? –preguntó Adriana, pura alegría.

Bajo un cobertizo nos esperaba una larga mesa puesta. Y pan aún caliente para comérselo con aceite y habas crudas; habas cocidas con cebollas nuevas, quesos de oveja, jamón del cerdo sacrificado el año anterior. A resguardo del viento, la parrilla con las brochetas de cordero ya haciéndose. Mi padre hablaba con Mediopuro, bebían el vino de la vendimia pasada elogiando su fuerza y su color. Puede que nunca lo hubiera visto reír así, solo entonces me fijé en que le faltaban dientes.

La vieja no se movió de la sombra del roble, le llevaron alguna cosa allí, pero ella se alimentaba poquísimo ya y no de carne. Durante nuestra larga comida seguía recibiendo a gente, curándola con emplastos y antiguas, cerradas palabras.

Fue a la muerte última después, con ciento nueve años, sentada en su sitio de siempre. De su espiración final subió como una llamarada que secó al instante la copa del árbol, hoja por hoja. Por eso se dieron cuenta casi enseguida de que ella se había ido. Pasados tres días desde el funeral, con un estruendo nocturno que despertó a toda la comarca, el tronco monumental se desplomó al suelo. Por el lado bueno, sin embargo, sin hundir la casa. Durante años proporcionó leña a la familia de Mediopuro y, quién sabe, igual todavía arde en sus inviernos.

Jugábamos en la plazoleta, hacia mediodía. Vino corriendo el hijo de Ernesto para avisarme de que a las cuatro de la tarde alguien me llamaría a la bodega. No había hablado él con la persona en cuestión y no sabía quién era. Enseguida me puse a imaginarla, a la persona en cuestión, y en la comida me quitó el apetito de las judías verdes con patatas.

Aquella mañana había estado en el colegio con mi madre para recoger el título de secundaria. Como siempre desde la muerte de Vincenzo, ella se había vestido de negro, con una falda un poco deformada y una blusa desteñida por los lavados. Entre las notas expuestas en el pasillo le había leído mi sobresaliente y no se había inmutado. Creía que todo me resultaba fácil, no sabía cuánto había sufrido en el examen de latín con aquella pareja de aut a tanta distancia que cegaba la obviedad del significado. En la segunda hora la profesora había pasado al lado de mi mesa y había puesto los labios en forma de o, se había deshecho inmediatamente el hechizo de la intrincada maraña del texto.

En el momento de entrar en el aula donde tendría lugar la entrega de diplomas había sentido la mano de mi madre recorriéndome la espalda y deteniéndose decidida en el omóplato. Yo había metido la cabeza entre los hombros, como un perro atemorizado y complacido por la primera caricia después de un largo abandono. Pero pronto la había rehuido con un movimiento brusco y me había apartado un poco. Me avergonzaba de ella, de sus dedos cuarteados, el luto desteñido encima, la ignorancia que salía de su boca a cada palabra. Nunca dejé de avergonzarme de aquel dialecto suyo, que se volvía ridículo cuando se empeñaba en hablar bien.

La cabina pública estaba en la trasera del local de Ernesto, al sol. Hasta allí llegaba el olor macerado del vino malo y las conversaciones pastosas de los ancianos que lo bebían a aquella hora, con aquel calor. Estaba allí antes de hora, esperé la llamada sentada en una vieja banqueta que cojeaba a cada movimiento mío. Me puse en pie de un salto al primer timbrazo, Ernesto respondió dentro y me dio línea. Tenía miedo de levantar el auricular y volver a oírla, me asfixiaba. Me contuve aún un instante, pensando que debía darme prisa, si no colgaría, quizá para siempre. Pronuncié diga y respiré a los agujeritos del micrófono.

Imaginaba que ella se conmovería, pero no sucedió. Saludó a mi oreja y le preguntó cómo estaba yo, solo con una leve inseguridad.

–¿Cómo estás tú?

–Bien, gracias a Dios. Pero mejor háganme saber de ti.

Interrumpió pronto el silencio que siguió.

–Sé que has sido la mejor del colegio, me lo esperaba.

Su capacidad de obtener información a distancia era sorprendente. Solo pocas horas antes la señorita Perilli había retenido a mi madre en el aula, al término de la breve ceremonia de entrega de diplomas.

–Su hija ha sido la mejor, posee verdadero talento para los estudios. Y ustedes no deben estropearlo ahora, ya lo hablamos, ¿recuerda? –le había pedido mirándola fijamente–. Aquí están los nombres de tres institutos de la ciudad, reflexionen y luego háganme saber en cuál piensan matricularla. Si no les importa, quisiera que me tuvieran al corriente de su trayectoria escolar –había concluido, tendiéndole una hoja.

Para mí, en cambio, llevaba en el bolso libros para leer en verano. Por último me había cogido la cara entre las manos como algo precioso y me había besado en la frente. Uno de sus anillos se me había enredado en un mechón y, cuando había conseguido soltarlo, un pelo había quedado enrollado en torno a la amatista de Brasil. No le había dicho nada, así una minúscula parte de mí se quedaría con ella un poco más.

En la puerta mi madre se lo había pensado y había vuelto atrás.

–Al colegio no fui, pero tonta no soy, profesora. Yo solita he comprendido que esta tiene cerebro para los estudios. –Me tocaba la cabeza mientras hablaba–. Veré cómo me las arreglo para que siga estudiando.

La voz en el receptor era un poco distinta de la última vez, la oía más plena y rotunda, incluso después de recorrer todos aquellos kilómetros de cable. No sonaba afligida y tampoco a enfermedad. Por un instante la creí curada y dispuesta a recuperarme, ¿era para eso para lo que llamaba? Una cuchilla de angustia me traspasó la garganta, por sorpresa, ante la perspectiva más deseable, para mí. Ya no sabía qué desear. Fue solo un momento de confusión, en tanto la otra proseguía, calma.

–Quizá tu madre te haya dicho ya que queremos mandarte a un buen instituto, te lo mereces.

Me dejó helada aquel sujeto que le salió tan espontáneo, como si ella no fuera también mi madre, sino una vieja tía adinerada dispuesta a financiar mi futuro.

–¿Vuelvo a casa entonces? En el pueblo no hay instituto –intenté después de

una pausa.

–En realidad pensaba matricularte en las ursulinas, es un excelente internado para chicas. Correré yo con los gastos.

–Olvídate de internados. Antes que eso, dejo los estudios –respondí seca.

–Buscaremos otra solución, pues a lo mejor una familia de confianza que te acepte de pensión.

–Pero ¿por qué no puedo ir a casa con vosotros? ¿Qué os he hecho? –casi grité.

–Nada, ahora no puedo explicártelo. Pero quiero que tú sigas estudiando.

Un chico se acercó a la cabina, andaba de un lado para otro de la impaciencia. Cerré la puerta de golpe tirando del mango vertical.

–¿Y si quisieran tenerme con ellos los padres de Patrizia? –la desafié.

–No me parece la familia adecuada. Pero no te preocupes, tenemos mucho tiempo para organizarnos.

Un ruido de fondo, como una silla corrida. Luego una voz masculina que decía algo. Pero no habría podido jurarlo, a ratos se oían interferencias.

–¿Quién está ahí contigo, papá? –pregunté sudando por todo el cuerpo. El chico tocó en el rectángulo de cristal y dio varios golpecitos con el índice en su reloj de pulsera.

–No, es la televisión –respondió ella–. Por cierto, pensaba regalarte una, me parece que ahí no tenéis.

–¿Venís vosotros a traerla?

–No puedo, te la mando.

–Entonces ahórrate ese dinero, no la quiero. Total, ya habéis decidido que en septiembre me marchó, ¿no? Además, aquí en verano no la vemos, siempre estamos en la calle.

Esperaba haberla provocado, pero no reaccionó. Tenía prisa ya, más que el tipo que paseaba resoplando fuera. De nuevo la voz detrás, pero no entendía las palabras. Y un chillido extraño, luego. Ella se comprometió a llamarme de nuevo, nos veríamos también, dijo. Terminó con una despedida apresurada y colgó sin esperar en silencio la mía. Me quedé con el auricular sudado en la mano y un tuu-tuu intermitente, en la cabeza una rabia inflamable. Decidí en el acto no verla más, y basta de mamá, incluso dentro de mí la llamaría Adalgisa, con todo el hielo que el nombre escondía. La perdí de verdad, y durante un par de horas creí poder olvidarla.

–Mira quién era, la Retornada –dijo el chico cuando salí. Escupió en el suelo mirándome.

–Telefona con calma mientras voy a buscar a mis hermanos. Te van a hacer picadillo –lo amenacé con los dientes apretados y feroces.

A media tarde peinaba a Giuseppe con los dedos y él se estaba quieto y callado en mi cama, le gustaba. Puede que ella se hubiera esforzado para no llorar, al volver a oírme después de casi un año. O quizá por unos instantes había tenido que tapar el micrófono con la mano, conocía aquel gesto suyo. Si todavía no podía recuperarme, seguro que había graves motivos que no era el momento de explicarme, eso había dicho. En el fondo, las chiquillas como yo no podían comprenderlo todo. Pero yo seguía convencida de que un día volvería a casa, aunque nadie hablara nunca de ello. Sería una sorpresa, pero bonita esta vez.

Siempre pensaba en mí, se preocupaba por mi futuro. Nos veríamos. ¿Qué más buscaba yo? Le había contestado como una ingrata y no sabía cómo dar con ella para pedirle perdón. Alguna lágrima cayó sobre la cara de Giuseppe, abrió los ojos.

Me arrepentí también por lo del televisor. Habría consolado a Adriana cuando yo me hubiera ido a la escuela alta, como la llamaba ella. Habían tenido uno usado de regalo, una vez, pero al cabo de unos meses se había roto y no había sido posible repararlo ni comprar uno nuevo. Había terminado abajo, en el trastero, poco antes de que yo llegara. Aquel invierno habíamos visto los capítulos de Sandokan en la planta baja, sentadas en el sofá de la viuda. Con ella habíamos llorado por Marianna picoteando garbanzos tostados. La Perla de Labuán moría entre los brazos poderosos del Tigre de Malasia, que nos volvía locas. Pero él había dicho que ninguna otra mujer tendría jamás su amor.

Con un arrebato de orgullo había privado a Adriana de un pasatiempo para sobrellevar mi ausencia futura. Reflexionaba sobre ello, un poco mortificada.

Aquel día de junio, atrapada entre mis dos madres. De vez en cuando pienso aún en la mano de la primera que tuve un momento sobre el hombro, en el colegio. Sigo preguntándome por qué me la puso, tacaña con las caricias como era.

Había pasado poco más de un año, pero había sido el más largo que había vivido y el que más invadiría el futuro. Era demasiado joven y me empujaba demasiado la corriente para ver el río en que me encontraba arrojada.

Subía una escalera distinta con la misma maleta en una mano, la bolsa de los zapatos revueltos en la otra. Mi padre daba vueltas en busca de un lugar para aparcar, no estaba acostumbrado a conducir por la ciudad, se había justificado por adelantado durante el viaje por lo demás silencioso. En los cruces le habían pitado varias veces por su indecisión. Yo no había sabido ayudarlo, demasiado triste tras la partida. Con un pie dentro y otro fuera, me había quedado un momento mirando a Giuseppe, que chillaba y me tendía las manos mientras la madre lo sostenía. Ve, ve, había dicho ella por encima de los chillidos, y así nos habíamos dejado. Adriana no había querido despedirme, estaba furiosa conmigo, que infringía el juramento de no separarnos. Se había escondido en el trastero.

De algún modo habíamos llegado a las señas que había apuntado. El edificio estaba a un par de kilómetros de la playa y a pocas manzanas del instituto al que asistiría. Nada más bajar del coche había mirado desde abajo su volumen severo y compacto, el enlucido color avellana. Respecto a la casa en que había vivido hasta el año anterior, se encontraba en la parte opuesta de la ciudad. En el tercer rellano esperaba una puerta entreabierta. Me paré un instante para calmar la respiración y el corazón. Iba a llamar cuando la hoja se abrió despacio y en la penumbra del recibidor apareció una chica colosal. Eso me pareció, en comparación conmigo. Me saludó con un hola ancho y acogedor, ya lleno de confianza. La voz encantaba, tintineaban en ella minúsculas campanillas que enmudecían instantes después de las palabras.

–Ven, mi madre volverá dentro de un minuto –dijo cogiendo mi equipaje.

La seguí a la habitación que compartiríamos. En la cama destinada a mí, dos cajas de zapatos y la ropa nueva que vestir durante el año escolar. Estaban expuestas con cierto orden, como los regalos para la novia en los días anteriores a la boda. Mis futuros libros de texto ocupaban una balda de la estantería que Sandra me enseñó, los cuadernos estaban preparados en el escritorio, junto a una calculadora. Adalgisa había pasado por allí hacía poco, siempre generosa.

–Vino tu tía con todas estas cosas para ti –confirmó Sandra.

Me miraba con sus grandes ojos castaños y sorprendidos, quizá por mi escaso entusiasmo por los obsequios que me habían precedido. Sin embargo los necesitaba, las prendas que me veía puestas no eran gran cosa. Pero estaba cansada de recibir favores de aquella manera.

Yo también la observaba, de abajo arriba, con discreción. A pesar de su mole aparentaba menos de sus diecisiete años por la piel limpia de niña, el rostro de ángel desmesurado.

Su madre entró con mi padre, al que había encontrado en la escalera. Él no recordaba el apellido de la familia que iba a alojarme y vagaba de un rellano a otro llamando a las puertas. La señora Bice lo había sacado del aprieto y lo había guiado hablándole con el fuerte acento toscano que conservaba lejos de su tierra. Nos llevó a la cocina y nos sirvió cantucci¹⁰ horneados hacía poco, a mi padre también un vasito de vino dulce para mojarlos.

–Este me lo traigo de allí cuando voy donde mi otra hija, a Florencia. Fíjese qué cosa. –Y esperó el comentario después del paladeo. Luego se volvió hacia mí, que mordisqueaba una pasta por educación, me evaluó a lo ancho–. Estás demasiado delgada, ¡míranos a nosotras! –Señaló a su hija y a sí misma y el pecho exuberante se le bamboleó al reírse. La mandíbula prominente y los colmillos inferiores salientes recordaban los de un alegre bulldog.

La señora Bice había intuido a primera vista que la falta que yo padecía no tenía que ver con la comida, estoy segura. En los años que pasé con ella no se ofreció como sustituta, se limitó a alimentarme con cariño, apreciar mi esfuerzo en los estudios, inventarse el ritual de la manzanilla después de cenar para que conciliara el sueño siempre inaprensible. Era ya mucho más de cuanto le habían pedido.

Por la mañana venía a la habitación para despertarnos, me encontraba con los ojos abiertos, a menudo un libro en las manos.

–Mira esa gandula –decía con un ademán hacia la hija gigante dormida bajo las mantas. Sonreíamos cómplices, luego empezaba a llamarla.

Todavía le estoy agradecida, pero no recibió ninguna visita mía después del examen final de bachillerato. Me falta la costumbre de volver a casa de quienes he dejado.

Aquella tarde, antes de que mi padre se marchara, busqué entre las ropas expuestas sobre la cama algo que Adriana pudiera ponerse. Eran todas demasiado grandes para ella, salvo un gorro y una bufanda. No estás enfadada conmigo, el sábado nada más salir de clase espérame en la plaza a las tres, escribí en un papelito. Le entregué todo a él para que se lo llevara.

–Si es preciso le das un bofetón, haz cuenta de que es hija tuya –le recomendaba a la señora camino de la puerta.

No sabía tratarla de usted. A su manera tosca le pedía que me quisiera como una madre, hoy puedo creerlo así.

–Ten cuidado el sábado cuando cojas el coche de línea para volver, que desde la ciudad salen más de uno. Asegúrate de que es el tuyo –me dijo a mí. Y luego, de nuevo a la señora de la casa–: Puede que sea mejor que la acompañes a la parada, por lo menos la primera vez. También al colegio, por favor, que no sabe dónde está.

Hablaba como si yo fuese suya. Verdaderamente, nunca se había preocupado por mí y tampoco por sus otros hijos. O quizá era yo la que no lo había visto. Bajé la cabeza de la emoción.

–Endereza esa espalda, que te va a salir chepa.

La palmada llegó vigorosa y correctora. Me quedé con la impronta de la palma pesada de mi padre en la espalda.

Más tarde Sandra miraba mi desorientación.

–Te ayudo a deshacer el equipaje –propuso.

–¿Te molesta que pegue algo a la pared? –pregunté.

–No, qué va, ahí tienes las chinchetas.

Un dibujo de mi hermana, se había esforzado en un día de lluvia que había cerrado el verano. En el papel ella y yo nos cogíamos de la mano entre la hierba florecida. Con la mano libre yo sostenía un libro, estaba escrito historia en la tapa, y ella un bocadillo. Una lengua de mortadela colgaba, reconocible por los redondelitos blancos de grasa en medio del rosa. Adoraba la mortadela. Otra diferencia captada por el lápiz: ella sonreía con sus dienteitos, yo no. Siempre ha sido un genio, Adriana.

Clavé el folio en la pared detrás del escritorio, añadí al lado un pañuelo que usaba para protegerse la cabeza del sol y que también me había llevado sin que se enterara, total, aquel año ya no lo necesitaba. A veces la había visto anudárselo hábilmente a la nuca, cuando habíamos ido a recoger habas, por ejemplo.

«Esto me hace sudar, pero sin él me sale sangre de la nariz», decía.

Mientras clavaba los vértices del cuadrado de tela sentía el olor del pelo de Adriana y el desconsuelo disminuía un poco, como una fiebre. Luego tenía el pañuelo enfrente cada noche, con sus motivos geométricos descoloridos. Casitas, arbolitos estilizados, cestitas pulsaban en la oscuridad como figuras fosforescentes despertadas por mis ojos. Entonces pensaba en ella y en el pacto

que creía traicionado. Un día me rehabilitaría, si conseguía llevarla allí conmigo. Ya había calculado las dimensiones de la habitación, cabía otra cama y a lo mejor a Sandra, a su madre, al padre que entretanto había conocido no les disgustaría una huésped más. Se reirían con las salidas fulmíneas de Adriana, los asombraría con su sentido común demasiado adulto.

Sentía ya que debía corresponder a ciertas ventajas de que gozaba con respecto a ella. Y sin embargo entre nosotras dos no parezco yo la más apta para la vida.

Quién sabía lo que le ocurriría mientras yo no estaba. Mis noches estaban pobladas de las desgracias que podían aquejarla, después de todo ya habíamos perdido a un hermano y quizá aquella casa, las desgracias, las atrajera. Le dedicaba a ella las noches en blanco de aquella primera época, pero a lo largo de los años siempre he encontrado un pretexto para no dormir. Pruebo aún algunos remedios, un colchón nuevo, un fármaco recién salido, una técnica de relajación puesta a punto hace poco. Sé ya que no me dejaré apagar, como no sea por breves intervalos. En la almohada me espera cada noche el mismo grupo de fantasmas, oscuros terrores.

Me habitué también a aquella casa, a la familia. Al señor Giorgio, el padre de Sandra, apacible y silencioso. Era el único delgado allí, para entonces su mujer había renunciado a engordarlo. En cambio consiguió aumentar unos kilos mi peso, como una bruja buena que no me comería. Me servía unas raciones abundantes y yo me las terminaba por vergüenza a dejar sobras en el plato.

El primer día la señora Bice me acompañó al colegio, así se lo había pedido mi padre. Me aprendí el camino más corto, a mitad de recorrido trinaban en un balcón canarios enjaulados con los que me encontraría cada mañana.

–Hasta aquí está bien, gracias –le dije cuando tuvimos a la vista el edificio amarillento y a los chicos vociferantes, en grupos, esperando para entrar.

Me dirigí sola al portal abierto. En la garganta el nudo de todos los comienzos, de excitación y miedo. De mi clase conocía a una chica que iba a la misma piscina, años atrás. No la había reconocido por llevar la vista baja, me llamó ella y nos sentamos juntas. Se había mudado hacía poco a aquel barrio.

–Y tú, ¿cómo es que te has matriculado en este instituto, no vives por la orilla norte? –me preguntó más tarde.

Abrí la boca para responder y la volví a cerrar. No sabía qué decir, ciertamente no la verdad y en el momento no se me ocurría ningún embuste creíble.

–Es una larga historia –murmuré luego, un instante antes del sonido liberador de la campanilla. Se la contaría en otra ocasión, entretanto me prepararía para mentir.

Empezaron así los años de la vergüenza. Ya no me abandonaría, como una mancha indeleble encima, un antojo de vino en la mejilla. Construí un cuento posible para justificar ante los demás, profesores, compañeros de colegio, a la familia ausente que no veían a mi alrededor. Repetía que mi padre carabinero había sido destinado a Roma y yo no había querido marcharme de nuestra ciudad. Me hospedaba una pariente y los fines de semana estaba con mis padres en la capital. Lo falso resultaba más plausible que lo que de verdad había sucedido.

Una tarde Lorella, mi compañera de pupitre, telefoneó para pedirme prestado el cuaderno de matemáticas.

–Yo te lo llevo, ¿dónde vives exactamente? –le pregunté con una prisa

excesiva.

–Pero no, si estoy pasando con mi madre justo por tu calle, ¿qué casa es?

Estaba atrapada, tuve que darle el número y el piso. Solo estaba la señora Bice en casa, por suerte.

–Va a venir una compañera de clase. Usted es mi tía, ¿de acuerdo?

–Claro, pero recuerda tratarme de tú. –Y me guiñó un ojo tal vez piadoso. Lo comprendía sin necesidad de explicaciones. Quiso abrir ella a Lorella–. Pasa, mi sobrina te espera.

Insistió en acompañarme también a la parada del autobús el primer sábado. El viaje parecía interminable y tenía miedo. Puede que en el pueblo se hubieran olvidado ya de mí. El tiempo para unirnos había sido breve, si es que acaso éramos capaces.

El lunes le había mandado una tarjeta a mi hermana con saludos para todos los demás. Se convertiría en costumbre, enviaría una a la semana, para recordarles a los míos que seguía allí y que volvería a casa. Para Adriana y Giuseppe dibujaba corazones y escribía muac. En algunos periodos el servicio de correos era más lento y me adelantaba a él con el autobús de los sábados.

Y justo aquella primera vez la carretera estaba bloqueada por un accidente a unos kilómetros de mi destino y estuvimos parados largo tiempo. Seguro que mi hermana estaba ya harta de esperarme, si es que había acudido a la cita. Cuando el autobús superó al fin el cartel de bienvenidos, sentí que ella ya no estaba en la plaza e iba a resultarme más difícil entrar en casa sola. En cambio allí estaba, los brazos en jarras, en la cara la mueca de disgusto que le conocía. Faltaban pocos minutos para las cuatro de la tarde.

–Yo no puedo tirarme horas esperándote. También tengo cosas que hacer – soltó.

Estaba muy cómica, en el aire aún templado llevaba puesto el gorro de lana que le había dado a nuestro padre para que se lo llevara. En el lenguaje teatral de Adriana significaba que me había perdonado la culpa de dejarla. Nos fundimos en un abrazo.

Quizá solo ella y yo hubiéramos visto en mi retorno a la ciudad una nueva separación. En casa, nuestra madre se comportó como si yo hubiese salido cinco minutos para comprar un paquete de sal en el estanco.¹¹ Pero me había guardado en el horno apagado un plato de pasta de la comida. También la calentó mientras yo iba al baño. Debía de haber calculado que entre el colegio y el autobús no había tenido tiempo para comer.

–Otra vez esta –me saludó Sergio mirándome mal.

Nada era distinto después de una semana.

Un viernes de diciembre me subió fiebre y el sábado la señora Bice fue inflexible, no podía ir. Telefoneé a la bodega de Ernesto para pedirle que avisara a los míos, dijo vale, pero a saber si se había enterado, oía fuertes las voces alteradas de los parroquianos, el tintineo de los vasos irrompibles. Sobre todo no quería que Adriana me esperase en la parada. Conté los días hasta las vacaciones de Navidad y luego los resté uno a uno mientras transcurrían.

A mi vuelta la encontré más delgada y en guerra con todos. Incluso a mí me hizo apenas un gesto con la barbilla cuando entré con la bolsa. Enseguida bajó de morros a casa de la viuda. Quería que algún otro me contara lo que ocurría.

–Pero ¿qué le pasa? –pregunté de hecho a mi madre, de pie delante de la mesa de la cocina. A su lado, en el suelo, un cubo con patatas que pelar.

–¿A quién, a tu hermana? Se ha vuelto loca, no come. Solo un huevo batido con vino de Marsala por la mañana temprano, pero no puede verla nadie, si no lo deja. Yo se lo preparo y me vuelvo al cuarto.

–¿Y por qué se comporta así? –le pregunté masticando los nabos con judías que me había reservado. Me había sentado frente a ella con el plato sobre la mesa desnuda.

–No quiere estar más aquí esta gata salvaje. Quiere irse contigo a la ciudad. – Y movió el cuchillo incrédulo en el aire–. A veces se planta como un mulo y no va al colegio, a esa no la asustan ni los azotes del padre.

Meneó la cabeza, una cáscara en forma de espiral se le cayó al suelo.

–Ahora termino y bajo a llamarla –dije.

–A ver si contigo razona, que a ti te hace algo de caso. Tu padre está preocupado, tiene miedo de que se muera también esta hija. Todas las tardes vuelve con un huevo fresco, se lo pide a uno que trabaja en la fábrica y tiene tierras.

Bajé con mi hermana. Estaba en el sofá y al oírme cogió la primera revista a mano, fingió que se concentraba en la lectura. En la mesita baja una fuente con rosquillas de anís, pero parecía que no faltaba ni una. La viuda lo intentaba, mi madre la había advertido. Adriana no era alguien que picase.

Me senté a su lado, estábamos como en casa allí. Me comí una rosquilla y luego otra con la esperanza de contagiarla. Agotadas las formalidades –cuánto había crecido y qué guapa me había puesto–, Maria trajinaba en la cocina. Abrió el horno, conocíamos de memoria el chirrido de la puerta. El olor del polpettone

llegó hasta nosotras. Adriana tenía los ojos fijos en la página de Grand Hotel, el cuello tenso.

–¿De qué va esta historia? –le pregunté con el aliento en su oreja.

–Es una fotonovela, ¿no lo ves? –trampeó con la voz un poco estridente, casi como si fuera a deshacerse en llanto.

–Eso no. Qué te pasa a ti.

–No sé de qué me hablas –contestó, aún sin volverse.

Encabalgó una pierna y ladeó ligeramente el torso para aumentar la distancia conmigo, dejando que la revista le resbalara por la parte donde no estaba yo. Algunas hojas se pasaron y reanudó la lectura al azar, con demasiada curiosidad.

–Parece que no comes, vas al colegio unos días sí y otros no. Arriba están preocupados por ti.

–¡Preocupados esos, figúrate! Esos no se preocupan ni aunque te mueras. –Y pasó algunas hojas con tanto ímpetu como para arrancarlas, casi.

–¿Puedo ayudarte yo?

No respondió enseguida. Le agarré un brazo filiforme con la mano y no lo retiró. No podía verle la cara, pero sentía que su resistencia cedía poco a poco.

–Cuando sea el momento te lo digo. –Y cerró la revista de golpe–. Adiós, Maria –se despidió levantándose y yo la seguí. Maria vino de la cocina, me miró y apretó los labios en señal de impotencia y aprensión. Adriana escaleras arriba ya.

Cenamos sin ella, se había metido en el cuarto. Giuseppe se me subía encima continuamente siempre que yo regresaba, lo dormí y luego fui con ella. No recuerdo dónde pasaban la noche los dos varones, ni el motivo. Mi hermana estaba sentada en el borde de la cama de arriba, columpiaba los pies en el vacío. Los detuvo mientras yo subía la escalerita.

–Lo ha roto ese asno de Sergio –dijo al ver que notaba el travesaño de menos–. Yo aquí no quiero estar más –empezó a decir con calma ya antes de que me acomodara a su lado.

Se puso a desprenderse del dorso de la mano izquierda la costra dura de una herida.

–Desde que te has vuelto a la ciudad me siento perdida aquí. Siempre estoy pensando en ti y en Vincenzo. –Y señaló con la barbilla la cama vacía que nadie había tenido el valor de quitar.

Se ayudó un momento con los dientes donde no podía con las uñas. Debajo apareció la piel nueva, de un rosa vivo, con ganas de ceder a la presión de la sangre que la regaba.

–Tienes que llevarme a donde estás tú, pídeselo a esa señora tan buena –añadió como si nada fuese más fácil.

–¿Qué sabes tú si es buena? Además, no tiene más sitio, ya estamos apretadas su hija y yo –le dije con una dureza improvisa.

–Pero yo ocupo poco. Hasta puedo dormir contigo, nos ponemos al revés, los pies con las cabezas, ¿te acuerdas cuando llegaste? –preguntó mirándome con aquellos ojos esperanzados de niña mendiga.

Por supuesto que me acordaba, sin embargo sentía una resistencia dentro y no sabía de dónde me venía. A menudo había imaginado que la llevaba conmigo. Apoyé los hombros en el tabique de atrás, que separaba el cuarto del de nuestros padres.

–Y aunque dijeran que sí, ¿quién les dará el dinero para pagarte la pensión? –Y golpeé con los nudillos en la pared.

–Esos no lo tienen, seguro –respondió con presteza Adriana. Y luego, en tono firme y meditado–: Pero hay quien lo tiene. Adalgisa. Podrías intentarlo.

Enderecé la espalda de golpe.

–¿Cómo se te ocurre? Te has vuelto loca de verdad. Si ni siquiera sé dónde encontrarla.

–Muy bien, entonces. Aquí a mí no me entra nada. Si me muero de hambre, luego no te echas a llorar. –Y se puso a columpiar las piernas otra vez, sin prisa, la mirada fija en la pared de enfrente. Tenía una ventaja sobre mí, una especie de proyecto ya diseñado en la mente. Jugaba su partida de adulta.

–Trata de razonar, por favor. Ella costea ya mis estudios. ¿Por qué iba a encargarse también de ti? No eres hija suya –le dije sudando.

–Ni tú tampoco, si vamos a eso. Adalgisa solo te tuvo unos cuantos años y luego te devolvió.

Intenté una última defensa, no estaba dispuesta a dejar que la atacara otra persona.

–Lo hizo porque estaba enferma y no podía cuidar de mí. Quería protegerme.

Si Adriana me hubiese mirado quizá se habría frenado, pero sus ojos no se apartaban de aquella pared de un blanco sucio que tenían delante y no vieron mi desesperación.

–¡Sí, sí, enferma! Tú es que todavía crees en los cuentos de hadas. Esa estaba embarazada, por eso vomitaba. ¿Será posible que no lo hayas pensado?

–Eres una completa estúpida –dije negando con la cabeza–. Ella es estéril, por eso me adoptó.

–Me da que el incapaz era el marido, esa tiene ahora un niño y no es hijo del

carabinero. Por eso se ha montado este follón.

–¿Y tú qué sabes? No eres más que una chismosa ignorante. –Y volví la cara de asco, jadeando. El corazón me latía con furia en las sienes, como puñetazos de un diablo prisionero.

–Todo el mundo lo sabe. Oí a mamá y a papá, se quejaban de que la criatura está creciendo y ellos todavía no le han hecho el regalo de bautizo.

Así me clavó Adriana a la realidad, la antevíspera de la Navidad de 1976. En la comida de la fiesta seríamos dos las que no comeríamos, sobraría caldo de cardo con straciatella para un nevoso San Esteban.

Me había quedado sin palabras para replicar, en la cama de arriba de la litera que nos había enviado Adalgisa el año anterior. Le cogí la mano izquierda y hundí todo lo que pude las uñas en la carne, reabriendo la herida. Juntas vimos brotar la sangre alrededor de los cortes de las únicas armas que me habían quedado. No gritó y no tiró de la mano. Cuando aparté los dedos, la empujé con un golpe en la espalda, pero ella sabía cómo caer desde allí arriba. Lloré con una violencia jamás experimentada.

Luego me tumbé y ya no me moví. Mi cuerpo palpitaba, respiraba por su cuenta. Adriana comprendió que no era oportuno volver a su cama, se acostó abajo, a unos palmos de mi odio.

El extraño chillido de fondo, cuando Adalgisa me había telefoneado a la bodega de Ernesto. He ahí lo que era: el llanto de un niño. Del niño. Y la voz masculina que la llamaba –quizá hubiera dicho se ha despertado–, más profunda de la que conocía. Es papá, le había preguntado, y ella: no, es la televisión. Ah, la televisión.

El reposo en la cama, las náuseas de los primeros meses de embarazo y de ninguna enfermedad. Algunas lágrimas tuyas repentinas –las creía por mí– en las últimas semanas que había pasado con ellos, los tonos crispados de una noche, detrás de la puerta cerrada de la habitación de matrimonio. Los timbrazos del teléfono seguidos del silencio si era yo la que contestaba. Luego aquella prisa ansiosa por salir, normalmente para ir a la farmacia o al médico. Voy yo a comprarte las medicinas, mamá, dame las recetas. No, ya se me ha pasado, me vendrá bien un poco de aire. Pero un día la consulta del médico estaba cerrada, yo la había visto por casualidad dando una vuelta por aquella parte. Y ella más tarde regresaba de allí.

En el autobús demasiado lento reconstruía una vez más los indicios que había pasado por alto, siempre los mismos, pero cada tanto me venía en mente uno nuevo. Su paquete de compresas siempre mediado, en el baño. Y, remontándome en el tiempo, los compromisos en la parroquia que se habían vuelto casi diarios, a fin de cuentas yo ya era mayor, podía quedarme sola en casa. Era catequista Adalgisa. Escuchaba el Credo recitado de memoria por los niños tamborileando con los dedos sobre el libro de oraciones, así la veía cuando aún me llevaba con ella.

Volvería a la ciudad antes del final de las vacaciones invernales con el pretexto de deberes que hacer en un cuaderno dejado en casa de la señora Bice. Tenía urgencia por preguntarle algo, en cambio. Además, no conseguía resistir un día más en la casa donde Adriana me había dicho: todo el mundo lo sabe. Habría querido morir de la vergüenza aquella noche. La madre adoptiva que me había devuelto porque le iba a nacer un hijo verdadero, todo el mundo lo sabía y yo no.

En las horas más oscuras después de la noticia intenté parar mi pecho, bastaba con muy poco. Solo mantenerlo pasivo, como bajo el agua. Contaba en silencio,

en espera de que el oxígeno restante se disolviera en la sangre, que el sueño me engullera, cada vez más pesado, hasta hacerse muerte. Pero alcanzado el límite respiré hondo con un largo silbido, era la nadadora que emergía y se llenaba de aire para sobrevivir. El mundo que había conocido se desplomaba alrededor, pedazos de cielo se abatían sobre mí como decorados ligeros.

Cuando la luz del día de Nochebuena apareció en la ventana, mi padre se despertó al otro lado de la pared. Chirridos rítmicos del viejo somier destensado. No se habían oído tras la muerte de Vincenzo.

Mi madre en la cocina, después. Yo ya estaba allí, en la oscuridad apenas aclarada. No me vio enseguida, se asustó por un movimiento.

–¿Por qué no me dijiste que esperaba un hijo?

Abrió los brazos y se sentó negando despacio con la cabeza, como si esperara la pregunta desde hacía mucho y todavía no supiera qué responder.

–Te lo quería decir ella, pero pasó el tiempo y ya no apareció.

–¿Quién es el padre?

–No lo sé. Era el marido el que no valía para hacer hijos, ese otro la dejó embarazada de buenas a primeras.

–Debe de ser alguno que frecuentaba la parroquia, ella pasaba allí tardes enteras –pensé en voz alta. Me senté también. Apoyé un brazo en la mesa, allí al lado.

–Mientras no sea el cura –trató de bromear mi madre–. Hago café, ¿quieres una pizca? Ya eres mayor. –Y se levantó. Trajinaba con la cafetera y la cucharilla, yo no la miraba. Minutos después el borboteo y el aroma en el aire. Le agarré la muñeca mientras dejaba la tacita para mí sobre la superficie de formica, el poco que me habría bebido se derramó.

–¿Por qué no me lo dijiste tú?

No se enfadó por el café, dejó que se extendiera, perfumado e hirviente, hasta el borde. Una gota cayó, otra. Ya había echado el azúcar, lo sabía por el olor. Yo seguía apretando, su piel blanqueada alrededor de la presa de mis dedos.

–Esperaba a que crecieras un poco antes de darte el disgusto.

Aflojé la mano y le aparté el brazo.

–¿Dónde están? –pregunté.

–¿Quiénes?

–Adalgisa, el hijo.

–No sé dónde está esa con la criatura, por eso todavía no he ido a hacerle el regalo.

Secó la mesa con el estropajo, las gotas del suelo.

–Ahora no hagas como la otra, que no come. Te bato un huevo a ti también, tengo muchos para Navidad.

Me alejé antes de que lo intentara.

Adriana y yo no nos hablamos en los días siguientes, pero sentía encima su mirada culpable, atenta. Iba rara vez donde la viuda, siempre estaba en torno mío, a la distancia justa. Yo leía en la cama, una noche, y se me escurrió el libro de las manos. Ella fue más rápida que yo, bajó por la escalerita con sus maneras de gata y lo recogió.

–¿Es bonito? –preguntó abriéndolo.

–Creo que sí, estoy al principio.

Se había arrodillado en el suelo, hojeó unas páginas.

–Demonios, no tiene ni una estampa. ¿Me lo prestas cuando lo acabes? Ahora que he llegado a secundaria tengo que empezar a leer alguna novela.

–Está bien –le dije y se subió toda entusiasmada.

Había suspendido la huelga de hambre y yo también me esforzaba con la comida, que me sabía amarga como las medicinas. Comía lo mínimo para no llamar la atención.

El libro lo dejé sobre la almohada de Adriana antes de marcharme. No la encontraba por casa y ya era tarde, salí sin despedirme de ella. Nada más dejar atrás la plazoleta reconocí sus pasos a mi espalda, me alcanzó sofocada.

–Maria es una plasta, me llama a cada minuto. Ahora me he escapado, quería ayuda para mover los muebles. –Agarró un asa de la bolsa que llevaba para compartir el peso. Andábamos hacia la parada y era casi como ir de la mano.

–Yo puede que hable un poco demasiado, algunas veces –admitió resoplando por la cuesta.

–No tienes culpa si dices la verdad. Es la verdad lo equivocado.

En el estribo del autobús me volví a mirarla.

–Se lo pregunto a la señora, si puede hacerte sitio. Es buena, tienes razón.

No era la pregunta más urgente que me quemaba en la boca cuando el señor Giorgio abrió. Ya me había olvidado de Adriana, al menos durante un rato. Se encontraba solo en casa, su mujer y su hija estaban en el hospital. Sandra se había roto una pierna, sin caída alguna, imaginé el estrépito del hueso bajo el peso. Le daban el alta a la mañana siguiente, aquella noche su madre la pasaría con ella y yo debería esperar para hablar con ella. Llamé a Patrizia y me invitó a cenar en su casa, nos veíamos a intervalos variables desde que había vuelto a estudiar en la ciudad.

Precisamente mientras me ponía el abrigo en el recibidor la señora Bice giró la llave en la cerradura. Tenía prisa, había ido solo para coger unas cosas. Por amabilidad le pregunté por Sandra, pero ni siquiera escuché la respuesta, no me importaba mucho.

–He perdido el número de teléfono de mi tía, ¿podría dármelo?

Parecía un tanto asombrada, recordando quizá mi reticencia cada vez que nombraba a Adalgisa. Yo no tenía claro lo que sabía de mí, desde luego que aquella tía me pagaba los estudios.

–Lo tenía, pero luego lo cambió y se le olvidó escribirme el nuevo. Lo siento.

–Pero ¿cómo hacen para... el dinero? –me atreví sin mirarla.

Se calló un instante, quizá se estuviera preguntando si podía decirlo o no.

–Ella pasa a arreglar cuentas el último viernes de cada mes.

Seguro que por la mañana, cuando yo no estaba en casa. De otro modo nos habríamos encontrado.

–¿Sola? –se me escapó.

–Sí. Ahora tengo que darme prisa, Sandra me espera. –Pero dio dos pasos en dirección al baño y se detuvo. Yo me había quedado allí, con la mano en la puerta–. Has vuelto de las vacaciones antes de lo previsto y con cara larga. Me alegra que vayas donde tu amiga, así te entretienes un poco. Si quieres quedarte a dormir te doy permiso.

El trozo de panettone delante de mí, en la mesa cubierta con el mantel de adornos navideños. En el borde los renos en fila tiraban de trineos cargados de regalos, pero el primero había quedado decapitado por el corte de la tela y los demás parecían seguirlo hacia el mismo final.

–¿Tampoco te gusta a ti la fruta escarchada? –preguntó la madre de Patrizia, en vista de que no me decidía.

Liberadas no sé cómo por sus palabras, se me escaparon unas lágrimas sobre la fruta escarchada y las pasas, sobre la miga dulce y amarillenta. A un gesto de Vanda, su marido se fue al salón y encendió la televisión. Inmóvil y tensa en la silla al lado de la mía, Pat miraba a su madre. Aparte de alguna tentativa no secundada de Nicola, la cena había sido insólitamente silenciosa. El roce de los cubiertos contra los platos, y nada más. Estaban tristes por la muerte del viejo gato de la casa, ellos.

–No estaba enferma. Estaba embarazada. –Y me sequé las mejillas con la servilleta roja–. Tendría que haberme dado cuenta enseguida, antes de que me enviaran al pueblo.

–Entonces no estabas preparada. –Vanda rodeó la mesa, hacia mí.

–Por eso me mandó de vuelta. Pero ¿qué tenía que ver yo? La habría ayudado con el pequeño.

–¿Qué te ha dicho ella?

–Lo he sabido por mi hermana.

Vanda me puso una mano en el hombro, incrédula, y yo abandoné la cabeza contra el costado blando de lana. Me estrechó levemente. Cerré los ojos de cansancio, me habría gustado que se callara y se quedara quieta, al menos un poco, solamente unos instantes de reposo para mí, apoyada en un cuerpo humano, perdida en su perfume, en un breve olvido.

–Ha tenido que contártelo una niña, no es posible. Estaba convencida de que Adalgisa te hablaría, tarde o temprano, le correspondía a ella darte explicaciones.

En mis oídos vibraba profundo su desdén. Me enderecé como por una descarga.

–Pero ahora sé cuándo va a pagar el mes a la señora, siempre por la mañana, mientras estoy en clase. La próxima vez me encontrará.

Nicola llamó a Vanda, tenía que responder a una llamada urgente.

–Yo estaré contigo, faltará a clase –se ofreció Pat. Había guardado silencio todo el tiempo.

–No. Yo sola.

–De todos modos me la encontré una vez, a Adalgisa, con el bebé y su hombre de ahora –continuó Patrizia como si recuperase la memoria de repente–. ¿Te acuerdas del viudo que frecuentaba la parroquia en una época, aquel hombretón guapo, musculoso?

Él no me importaba, apenas lo recordaba. Se había casado en nuestra iglesia y tras la pérdida de su mujer iba allí algunas tardes.

Me peleé un poco con Pat –pero con una especie de hábito resignado para entonces–, que se había callado todo hasta aquel momento, ella también.

–¿Y el niño? –le pregunté después del silencio que siguió.

–Ni lo miré. Estaba demasiado ocupada estudiando al padre, yo. Iba dormido, además.

¿Había visto al menos quién lo tenía en brazos? Eso sí, Adalgisa. No era ni hermanastro mío, reflexioné. Su madre no era la mía.

Patrizia quería arrastrarme al cotilleo, pero el tema me resultaba demasiado doloroso. Vanda captó su última broma cuando volvía al comedor.

–Cállate –le dijo con una mala mirada.

Más tarde Pat me pidió que la acompañara a una fiesta, de allí a una semana. No tenía ninguna gana y ella no caía en la cuenta. Estábamos sentadas frente a frente con las piernas cruzadas, en la alfombra india de su cuarto. Desde la mesilla la luz de la lámpara de cristales variopintos. Enumeró a los chicos conocidos nuestros que con seguridad no faltarían y me enseñó sus primeros zapatos de tacón, que se había comprado en una tienda del centro. Habría podido ponerse unos de su madre, insistía, calzaban el mismo número. Vanda pasó en aquel momento para darnos las buenas noches y Patrizia le pidió que interviniera, que probara ella a convencerme. Repetí que no me interesaban las fiestas.

–Tú no tienes nada de qué avergonzarte, lo que te ha ocurrido no lo elegiste tú. La responsabilidad es de los adultos –dijo así, con el índice enhiesto como admonición.

–Bueno, gracias. Pero no resistiría en medio de un montón de chicos divirtiéndose, ya no me siento igual que los demás. Creía que era una de ellos, pero todo era falso. Ahora lo sé, mi destino es diferente –hablaba solo con Vanda, como si Patrizia no estuviera delante de mí, en la alfombra.

–Destino es una palabra de viejos, no puedes creer en él a los catorce años. Y si crees, tienes que cambiarlo. Es verdad que no eres igual que los demás, nadie tiene tu fuerza. Después de lo que ha sucedido estás en pie, limpia, arreglada, con una media de ocho en el primer trimestre. Nosotras te admiramos –dijo mirando un momento a su hija como en busca de una confirmación dada por descontada.

–No te imaginas el trabajo que me cuesta estar limpia y arreglada, como dices tú, estudiar.

Se sentó en la cama con un suspiro.

–Lo sé, pero sigue así, no te dejes distraer por los malos pensamientos.

Patrizia me agarró de las muñecas, me las apretó.

–Tú eres mi amiga, entre nosotras es como antes.

–Entre nosotras dos sí. –Y me incliné hacia adelante hasta que nuestras cabezas se tocaron con un ruido levísimo.

Abajo en la calle una salva de estallidos anticipados a Reyes.

Me desvestí a la poca luz que subía desde las farolas más cercanas. También desde el cielo sereno pendía sobre la ciudad una claridad insólitamente seca. En el balcón de la señora Bice la hamaca había quedado abierta desde el verano anterior, dejé sobre el respaldo, conforme me los quitaba, las dos prendas del pijama, los calcetines, la camiseta todavía caliente de mí. El reflejo pálido de las estrellas en el pecho. En el cuarto había dejado a Sandra con sus sueños, la pierna escayolada casi una columna bajo las mantas.

El frío se apoderó de mí, como quería. Solo necesitaba tiempo. Me estremecía y tiritaba, los dientes me castañeteaban. Estaba decidida a quedarme allí, desnuda, media hora, controlaría el tiempo con el despertador que había llevado conmigo. Lo tuve un rato en la mano observando el movimiento imperceptible de la aguja fosforescente de los minutos, luego lo dejé en el suelo y me senté en la hamaca. Advertía la contracción dolorosa de los pezones mientras los dedos del pie, más lejos del corazón, se dormían como muertos. Con los ojos en los números luminosos y en la rayita verdosa que giraba tan despacio resistí repasando lo que diría al día siguiente. Era la noche entre el jueves y el viernes últimos de enero, tenía que provocarme fiebre para la mañana.

Poco antes de las ocho la silueta de la señora Bice, al no verme salir de la habitación, apareció detrás del vidrio opaco de la puerta, pero yo ya estaba enferma. Ella oyó mi tos y buscó el termómetro en la mesilla de su hija. Tenía, sí, más de treinta y ocho.

—Entonces te quedas en casa. Te traigo aquí el desayuno. —Y dio dos pasos en dirección a la cocina. Se detuvo, asaltada por un pensamiento repentino. Me miró.

Me quedé en la cama con un libro en las manos, pero no conseguía avanzar ni una página. Leía algunas líneas y no dejaban rastro, tenía que empezar siempre por el mismo párrafo. Esperaba el sonido del timbre. La primera vez solo era el cartero, con algo para firmar. Algunas tentativas de conversación de Sandra, después de que se despertara, se perdieron en el vacío de las horas. A las once era Adalgisa. Mientras subía la escalera, la señora Bice asomó un momento la cabeza en el cuarto, con expresión interrogativa.

—Tengo que hablar con ella —le dije.

–Está bien, en cuanto arreglemos nuestras cuentas te llamo. –Y cerró.

Los pasos llegando y luego en el recibidor, apagados, el chasquido de la cerradura a espaldas de la mujer que me había criado. Las voces saludándose, Adalgisa no sabiéndome aún a la escucha. Entraron en la cocina, quizá para un café. Minutos después un ruido de sillas movidas, temí que me esquivara de nuevo. No esperé a que me llamaran.

Su mirada cuando me vio es uno de los recuerdos más vívidos que conservo de ella y el más dañino, probablemente. Tenía los ojos de quien ha caído en una trampa y no encuentra escapatoria, como si hubiera resurgido un fantasma para perseguirla desde un tiempo sepultado. Era yo, poco más que una niña, y los niños no dan miedo.

Se quedó sentada, un poco desequilibrada hacia un lado después de un ligero giro del torso. El gran lunar de la barbilla parecía más oscuro, quizá por efecto de la palidez que lo rodeaba. Se había afeitado los pelos que le nacían en él, asomaban apenas a la superficie. Sobre el marrón de la madera destacaba, junto al azucarero, el dinero que cada mes pagaba por mí.

–¿Y tú no estás en el colegio? –articuló con trabajo moviendo los labios pintados en un rojo más vivo de lo usual.

No contesté. Ardía y me sostenía en pie, pero con ayuda de la pared.

–Tiene fiebre –intervino la señora Bice–. Quiere hablarle, vayan al comedor, allí no las molestará nadie.

Nos acompañó, Adalgisa me precedía y no parecía del todo segura sobre los tacones de los zapatos de ante. Su físico se había suavizado con redondeces aún más femeninas, lo veía moverse por el pasillo en una especie de bruma lechosa. En la sala que no se usaba casi nunca nos sentamos a la mesa rectangular, como quiso la señora. Luego ella salió y nos quedamos solas con el silencio, la una frente a la otra. Su vestido de lana verde se tensaba por la presión de los senos, que se habían vuelto más abundantes.

La miraba sin prisa ya, me sentía fuerte por la ofensa sufrida. Y furibunda, pero también tranquila, después de todo aquel tiempo. La esperaba desde hacía un año y medio, le tocaba a ella empezar.

Subió las manos del regazo a la mesa. Todos los dedos desnudos, ya no llevaba la alianza. Me vino a la cabeza su niño, quién lo estaría cuidando a aquella hora, se acercaba el mediodía y ella no estaba de camino a casa. Un suspiro elevó la presentosa¹² que le colgaba sobre el pecho, despidió un fulgor.

–Yo te he querido mucho y te quiero también ahora –empezó diciendo.

–Ya no me importa si me querías mucho o poco, a la vista está. Dime por qué

me echaste.

–No fue fácil. No sé qué idea te habrás hecho... –Y siguió con el índice el borde tallado de la madera.

–¿Qué idea me iba a hacer? Tú has contado solamente la mentira de la familia que quería recuperarme, en el pueblo sabían y no hablaban. Te había dejado en la cama con vómitos, pensé que tenías una enfermedad grave. Yo me preocupé por ti. Telefoneaba y nadie respondía, fui a vuestra casa dos veces y estaba cerrada. Creí que estabas en algún hospital lejano, que podías morirte. Y te esperé durante meses, con la esperanza de que te curarías y me recuperarías.

Se enjugó unas lágrimas con un pañuelo que sacó del bolso colgado del respaldo de la silla cercana.

–No fue fácil –repitió meneando la cabeza.

–Podías decirme la verdad simplemente. –Y me inclinó hacia ella por encima de la mesa.

–Eras demasiado pequeña para la verdad, quería esperar a que crecieras un poco. –Ella también, como la otra.

La tos, que no se había atrevido a interrumpirme antes, me atacó y nos concedió una pausa.

–¿No has predicado siempre que el matrimonio es un sacramento indisoluble?

–El niño debía tener a su padre al lado–se justificó–. Comprendo tu rabia, pero no era decisión mía solamente.

–Pero yo me habría ido con vosotros con tal de estar cerca de ti.

Trataba de controlar la voz y contener el llanto. De pronto advertí todos los grados de mi temperatura interna, y un agotamiento sin remedio.

–Intenté acomodarte de la mejor manera posible. No quería alejarte de mí, pero las cosas fueron así.

–¿Y tu marido no dijo nada? ¿No podía tenerme con él?

–Era un momento difícil para él. No se vio con ánimo.

Devolvió las manos al regazo, la cabeza gacha. Yo me abandoné contra el respaldo de la silla y miré los cristalitos de la lámpara, con sus mil facetas. Me parecía que temblaban, como en un terremoto, pero solo era mi fiebre.

–No has venido a verme ni una vez, todo lo contrario, me evitabas aposta.

–Esperaba el momento adecuado, ya te lo he dicho. Te he ayudado desde lejos.

Lo que había imaginado que le gritaría ya no lo recordaba o me salía de la boca sin energía, como si para entonces contara muy poco. En el fondo, ¿qué

podía hacer? Incluso el botón del pijama que retorció desde hacía minutos saltó hacia ella sin golpearla.

Nos callamos un rato. Sus labios, una doble línea sutil de carmín. Después alzó ligeramente un dedo.

–Me mantenía informada, lo sabes. No creas que no me siento responsable de ti.

–Déjalo ya. –Y me volví de lado, hacia la estampa de Florencia antigua de la pared. Desde la cocina, el olor de la salsa boloñesa que la señora Bice estaba preparando. Después el ruido de las llaves y el de la puerta de entrada abriéndose y cerrándose, el señor Giorgio había vuelto para la comida.

–¿Estás contenta ahora? –se me escapó, entre la acusación y una especie de curiosidad.

No contestó, pero instantes después se le iluminó la cara y sacó la cartera del bolso. Con delicadeza extrajo una fotografía, le sonrió, la dejó sobre la mesa y la empujó complacida hacia mí. Desobedecí el impulso de hacerla trizas en sus narices, me sentí superior a aquel gesto. Sin dignarme mirarlo le di la vuelta al niño y lo empujé hacia su madre, hasta el borde de la madera. Ella lo cogió justo antes de que cayera.

El tintineo de los cubiertos allá, la señora Bice estaba poniendo la mesa. Adalgisa se despabiló, miró con un sobresalto el relojito de oro que siempre le había visto en la muñeca. Se levantó, yo me quedé quieta. No sabía mucho más que antes.

–Un momento, por favor, necesito ayuda para mi hermana Adriana. No puede seguir mucho más allí, en el pueblo.

–¿Qué curso hace? –preguntó tratando de disimular la impaciencia.

–Primero de secundaria.

–Hablamos la próxima vez, quédate tranquila. Recuerda que estoy ahí. Y por favor, sigue así en el colegio.

Escribió aprisa su nuevo número de teléfono en una hoja.

–Si lo necesitas, llama.

Permaneció incierta un momento, entonces no comprendía por qué, con la prisa que tenía. Quizá se preguntase si era acertado acercarse a mí y cuánto, para la despedida. Mi actitud debió de desanimarla, se quedó al otro lado de la mesa. Me levanté también –las piernas demasiado débiles– y fui a la ventana, como si ella ya no estuviera allí. Miraba afuera, la calle y los balcones de enfrente sin flores por el invierno, el autobús urbano que devolvía a casa a los chicos.

A partir de aquel viernes de enero Adalgisa empezó a sorprenderme. Suponía que no la vería durante a saber cuánto tiempo, quizá nunca. Gastaría dinero en mí a la distancia habitual. En cambio telefoneó a los dos días. La señora Bice respondió:

–Está aquí. –Mirándome con intención. Señalé el baño con un gesto de urgencia y me encerré dentro. Sentada en el borde de la bañera oía que hablaban de mí, los estudios, las comidas, los temas normales. Volvió a llamar más tarde y no pude librarme.

–Pensaba renovarte la inscripción en la piscina, podríamos ir juntas una de estas tardes.

–No me interesa –dije sin titubear.

–La escuela de ballet entonces.

–Tampoco esa.

Me gustaba mucho, quiso insistir, y además me reencontraría con las amigas.

–Ya se habrán olvidado de mí. Y ahora perdona, la cena está lista.

No quería de ella más de lo necesario. Pero el no al ballet me pesó por la noche como una comida indigesta. Me gustaba de verdad.

La encontré a la salida de clase, un día de lluvia que había amanecido sereno. Entre la multitud de padres venidos en socorro de sus hijos ella me esperaba con un gran paraguas de hombre. Me alejé, pero enseguida fui empujada por los chicos que se desparramaban. Estaba allí por mí, saludaba ya y no podía evitarla.

–Estaba segura de que no tenías nada para resguardarte. Esta mañana hacía sol.

Me ofreció el brazo y no hice caso, andaba a su lado esperando que ninguno de mis compañeros nos viera. No habría sabido decir quién era.

Sentía al mismo tiempo una especie de alivio, una tentación de sentirme igual que los demás, por una vez. Alguien había ido a buscarme a mí también, bajo el temporal invernal.

Ella hablaba del coche aparcado un poco demasiado lejos, todo el mundo se había movido a la vez con el mal tiempo. Encima de nosotras agua a cántaros. Allí estaba, lavado por la lluvia, su utilitario azul. Me cubrió mientras entraba en el habitáculo y lo rodeó para sentarse en el asiento del conductor. Persistía un

olor un poco áspero, allí dentro, desde que se había volcado una botella de vinagre, años antes. Pero más fuerte me embestía su perfume, apenas volvía yo la cabeza. Por la mañana se humedecía la concavidad detrás de la oreja y las muñecas, me sabía de memoria aquellos gestos ante el espejo.

En el salpicadero destacaba reluciente un imán de san Gabriel con una pequeña fotografía en color del niño y el letrerito no corras, piensa en mí. Al lado el viejo con mi cara desvaída en blanco y negro. Miré las gotas que caían en el cristal empañado y me quedé callada hasta llegar.

–Aquí hay carne con tomate que he preparado hoy, puedes calentártela –dijo en el portal, entregándome una cacerolita envuelta en una servilleta.

Me paré unos minutos en la escalera. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era aquella imprevista disponibilidad de Adalgisa? Me asustaba, me confundía. Para entonces yo había renunciado, la confianza se había perdido. Pero de golpe se mostraba tan amable, después del encuentro al que la había obligado. Advertía el peligro de abandonarme de nuevo a ella. Y el deseo indecible.

Durante unas semanas no supe nada de ella. Parecía desaparecida otra vez. Fregada y secada, la cacerolita que había contenido la carne la esperaba en un mueble de la cocina de la señora Bice. ¿La había alejado yo con mis maneras ariscas? No, solo era el principio de sus intermitencias. Con el tiempo me acostumbré a aquel estar y desaparecer suyo de tanto en tanto, por periodos más o menos breves. Se dividía entre su nueva familia y yo. Sin confesármelo, la esperaba. Me hacía un poco la ofendida a sus regresos. Siempre así, mientras duró la necesidad de ella.

No me importaban sus visitas, estaba convencida de ello, pero daba un respingo con el sonido del timbre.

Volvió a presentarse con un jersey de mi color favorito, se lo quité de las manos con un movimiento demasiado brusco.

–Lo he comprado rojo. ¿Es tu talla?

Me encogí de hombros y fui a colocarlo sin probármelo siquiera, ella me siguió a la habitación. Lo miró todo.

–Estáis un poco apretadas aquí –dijo pensativa. Habló de la mudanza, por eso había desaparecido–. Perdona que no me vieras, tenía mil cosas en la cabeza. –Había vuelto a la casa de la playa–. Hay que reorganizarla entera. Con Guido siempre fuera por trabajo y un niño pequeño, harán falta meses.

Nunca la había oído nombrar a quien nos había cambiado la vida. Sonrió con el nombre del niño: Francesco, como uno de los santos a los que rezaba. La escuchaba atenta, aunque vuelta de tres cuartos para no dejárselo ver.

–Tu cama sigue allí –murmuró más para sí misma, tocando la manta abruza que me calentaba por las noches.

En la bolsa había más para mí: medias, una pulsera de plata, un cacao para los labios perennemente agrietados. Yo aceptaba sin cohibirme, sin darle las gracias. Mientras depositaba las cosas sobre la mesilla decidía qué llevarle a mi hermana.

–¿Vienes a comer con nosotros el domingo? –preguntó de improviso.

–El fin de semana vuelvo al pueblo –respondí tras una pausa, sin mirarla.

–A lo mejor el siguiente –se prometió.

Pasaron domingos.

En las vacaciones de Semana Santa le hablé a mi madre de la invitación, en uno de aquellos momentos de confianzas que se daban cuando nos quedábamos solas en la cocina. La ayudaba a pelar los huevos duros que el párroco bendeciría.

–Acepta, acuérdate de que Adalgisa te crio.

No fue el único intento de reconciliación por su parte, a lo largo de los años. Sentía hacia su prima una especie de gratitud sin fervor por haberme criado tan distinta de sus otros hijos.

–Si no fuera por ella, en vez de estudiar ahora estarías en el campo de jornalera. Tú no has conocido la miseria, la miseria es más que el hambre –me dijo un día, como admonición. Y luego–: Se equivocó, pero no puedes estar de morros toda la vida.

Adalgisa ya no mencionaba la comida, pero yo sentía que era un pensamiento fijo en ella. Seguíamos viéndonos en casa de la señora Bice, menos una vez que me convenció para acompañarla a los Grandes Almacenes. Estaba en vena de gastar, compró para mí, para el niño. Mientras dábamos vueltas de una sección a otra podíamos parecer una madre con su hija, de nuevo.

Volvió a intentarlo a principios de mayo. Subió entusiasta y acalorada, con un extraño desasosiego encima.

–Guido tiene ya muchas ganas de conocerte –dijo juntando varias veces las manos, como en una especie de aplauso lento y silencioso–. No me digas ahora mismo que no, te llamo el viernes.

La señora Bice nos miraba con una sonrisa de ánimo. El viernes me pasó la llamada, pero antes tapó un momento el auricular.

–Ve, es muy importante para ella.

Así que me sorprendí vistiéndome con cuidado el domingo por la mañana, agrandándome los ojos con el lápiz negro y la sombra de Sandra, exagerando un

poco quizá. Adalgisa telefoneó pronto, impaciente por venir a recogerme. Le dije que prefería ir a pie, con aquel sol.

No estaba satisfecha, me cambié en el último momento. Añadí color a los pómulos pálidos. Ni siquiera entendía para quién me preparaba. Llegué con retraso a la estación de autobuses, Adriana ya había bajado y me esperaba con la cara torva.

–¿Estás loca dejándome sola en mitad de la ciudad? ¿Me llamas a la cabina de Ernesto, haces que me levante pronto y luego no te presentas?

Le había pedido que viniera conmigo, no quería ir sola. Por un instante me arrepentí. Vestía ropa desastrada, zapatos sucios. El habitual pelo grasiento, sin embargo era domingo, el día del baño. Interceptó mi mirada.

–Si me lo lavaba perdía el coche de línea.

–El autobús, Adriana, tienes que decir que has venido en autobús y que no me habías avisado. –La abracé.

Escupimos por turno en un pañuelo y limpiamos sus viejos mocasines riéndonos un poco. Nos dirigimos a buen paso, charlando, tenía muchas recomendaciones que hacerle.

–Habla en italiano, por favor. Aparte del pan, no cojas la comida con las manos, usa los cubiertos. Si no sabes cómo, mírame a mí. Y mastica con la boca cerrada, sin chasquear la lengua.

–Oh, Dios, me pones de los nervios. Parece que vamos al palacio de la reina de Inglaterra. ¿Es que de repente se te ha olvidado lo que te hizo?

–No te metas en eso. Pórtate bien si quieres que Adalgisa te ayude a venir a la ciudad.

Aún nos quedaba mucho camino, pero en las paradas del transporte urbano Adriana se empeñaba en seguir a pie.

Llegamos con retraso. Toqué al timbre de la verja del jardín, el sonido era nuevo, más melodioso. También habían cambiado el vallado, ya no se veía nada desde fuera. Una última mirada al rostro sudado de Adriana, le sujeté el pelo detrás de las orejas, quizá así se notara menos que estaba grasiento.

–Por favor –repetí.

El chasquido de la cerradura, y entramos. De pasada la hierba recién segada, macizos de flores variadas, dispuestas según un orden geométrico. Un arbolito

plantado hacía poco, la tierra removida aún. Mi boca seca y una turbulencia en el pecho. El hombre a la puerta, en camisa blanca.

–Esperábamos a una señorita y vienen dos –dijo sonriéndonos afable. Nos estrechó la mano como entre adultos, con un gesto vigoroso y agradable.

–Buenos días. Mi hermana me ha dado una sorpresa –me justifiqué.

–Bien, pasad. Añadiremos un cubierto.

En el comedor nos quedamos quietas y cerca, intimidadas. En la casa, en apariencia idéntica que antes, algo indefinible parecía irremediabilmente cambiado.

–Adalgisa viene dentro de un momento, está con el niño. Él come a las doce en punto y a esta hora tiene que dormir. Mientras tanto podéis lavaros las manos, el baño está allí.

–Lo sé, gracias.

Apretando las piernas, Adriana corrió a la puerta, la abrió ruidosamente. Se lo hacía desde hacía rato y a mí se me había olvidado. Mientras cerraba me percaté de la mirada que nos había seguido.

–Tengo unas gotas en las bragas, esperemos que no se note el olor.

La tranquilicé a ella, no a mí. Se quedó encantada delante de la repisa de los cosméticos, pero la obligué a salir. Sin reloj había perdido el sentido del tiempo, me parecía muy tarde para la comida.

No se veía a nadie en el comedor. Las dos voces en la cocina, en cambio, y el olor a pescado como lo preparaba Adalgisa. De la vida anterior el impulso a entrar, curiosear en los fuegos, probar algo. Un paso y me detuve, confundida. La casa ya no me pertenecía. Era una invitada.

Pero quería volver a ver mi habitación, aunque fuera un instante.

–Te enseño dónde dormía, Adriana, es esta de aquí al lado.

Mi cama aún allí, era verdad. Pero habían desaparecido mis libros, los peluches, las Barbies con las que había jugado hasta primero de secundaria. Todos los estantes estaban ocupados por barcos dentro de botellas de diferentes tamaños, algunas muy pequeñas, las velas como sellos. Uno en construcción estaba sobre el escritorio, pero con los mástiles doblados sobre la cubierta y unos hilos largos hasta el tablero de madera. Alrededor los útiles: pinzas, un estuche de gubias, otros minúsculos instrumentos que servían para no sabía qué.

No había nada mío allí dentro.

–¿Te gusta?

Me sobresalté, pero la pregunta era para Adriana. La había perdido de vista, tenía una botella entre aquellas manos demasiado curiosas.

–Fue uno de los más difíciles de montar –dijo él acercándose para explicarle el misterio.

–Se te da bien, te quedó precioso –lo felicitó.

–Debes tratarle de usted –susurré no lo bastante bajo.

–Pero no, déjala, es muy espontánea.

Llegó Adalgisa, por fin.

Vestía de azul, con un delantal de cocina atado encima. Ninguna sorpresa a causa de Adriana, la acogió con simpatía, le preguntó por nuestros padres. A mí me agarró una mano. La suya estaba un poco húmeda por la emoción.

–Guido, te he hablado muchas veces de ella y ahora aquí está con nosotros. Ya os habéis presentado, ¿verdad?

–Desde luego. Tenías razón, es una chica magnífica.

Entonces ella me apretó más fuerte y se le escapó un gracias en mi lugar, seguido por un pequeño movimiento, casi un saltito infantil de alegría.

Nos condujo a la mesa y añadió un plato para Adriana. Cuando vio alinear los cubiertos del postre delante del plato de borde dorado, mi hermana estalló.

–¿Qué hago con todos estos? A mí me basta con un tenedor y un cuchillo, una cuchara si el guiso es caldoso.

Le pisé un pie a escondidas, me había puesto a su lado para controlarla. Él se sentaba enfrente, la miró divertido.

–No te preocupes, usa los que quieras. Pero verás que los más pequeños te servirán para algo bueno, después.

Luego le preguntó si le gustaba el colegio y Adriana contestó que regular.

–De ti ya sé lo brillante que eres, Adalgisa siempre lo está contando –me dijo casi como excusándose por su interés en mi hermana.

Hablaron del pueblo, donde iba de pequeño a visitar a unos parientes. Recordaba las comidas interminables, las salchichas exquisitas. A cambio ella le describió el lomo embuchado de Mediopuro, que resucitaba a un muerto. Se sentía de veras a gusto con él, mis recomendaciones olvidadas. Yo temblaba cada vez que abría la boca. Adalgisa iba y venía de la cocina, contenta.

Entrantes de mar. Observó el primer bocado de su compañero para saber cómo le habían salido. Él aprobó con un ademán de la cabeza. Adriana examinaba una cigala pelada, dándole vueltas con el tenedor.

–¿Algo va mal? –le preguntó Guido.

–Parece un gusano. –Y luego la paladeó alegremente.

Se pusieron a bromear sobre los pueblos que comen insectos y larvas. Yo tenía

calor, y poca hambre. Renunciaba ya a pisarle el pie a Adriana a cada salida inoportuna. Era ella misma.

Adalgisa sirvió espaguetis con almejas, le salpicó de aceite la camisa a Guido.

–Lo siento, tesoro, traigo ahora mismo el talco.

Se lo aplicó en la mancha con manos devotas, él echó el cuerpo hacia atrás para facilitárselo. Una caricia lenta, de través en el pecho, antes de separarse y volver a su silla. Nunca la había visto así con su marido.

–¿No hay granos de arena esta vez? –preguntó luego con ligera aprensión.

–Son especiales –masculló Adriana mientras comía, pero la pregunta no era para nosotras.

–Arena me parece que no, hasta ahora. Solo un poco salados, pero no importa. Las almejas deben estar más tiempo en remojo.

Repentina, allá, una vocecita llamó a mamá.

–Se ha despertado antes de hora. Ahora lo veréis –dijo Adalgisa levantándose.

–No, querida, quédate y come. Francesco tiene que respetar los horarios.

–Pero empieza a llorar –protestó ella, débilmente.

–Nos hemos dado reglas, de acuerdo con el pediatra. No importa que llore, dentro de poco volverá a dormirse. – Le señaló el plato y–: Venga, que se te enfrían.

Volvió a sentarse, pero en el borde, la espalda tiesa. Enrolló los espaguetis con el tenedor y los dejó allí, sujetando el mango con dedos inertes. El lamento del niño alternaba con pausas en que el rostro de Adalgisa se serenaba. Entonces casi habría alzado aquel tenedor, como Guido le había pedido. Pero los quejidos se reanudaban, cada vez más fuertes.

Él bebió un sorbo de vino blanco del vaso de cristal, se tapó los labios secos con la servilleta.

–No insistas con esa. Si se ha quedado cerrada hay que descartarla. –En el tono neutro apenas quedaba rastro de la amabilidad jocosa de antes.

Me volví hacia Adriana. Forzaba una almeja con la punta del cuchillo.

–No la quería desperdiciar –dijo depositándola en el fondo del plato rebañado.

El sonido de la concha contra la cerámica fue tapado por la voz para entonces alta del niño. El padre tamborileaba con la mano derecha sobre la mesa. En cierto momento se levantó y las tres lo seguimos con los ojos, seguras de que iría a la habitación del niño. En cambio entró en la cocina, Adalgisa se había olvidado del segundo: lubina al horno con patatas. Ella había bajado las manos al regazo, carente de fuerza.

–Pero ve a cogerlo, ¿no? –la incitó Adriana, aprovechando aquella breve

ausencia.

No contestó, quizá ni siquiera la oyó. Él volvió con la fuente y la dejó directamente sobre el mantel de Holanda. Quitó pieles y raspas, sirvió en nuestros platos raciones generosas de pescado blanco. Luego la guarnición. Nos dijo comed, tratando de inventarse una sonrisa. Los chillidos vibraban en el aire.

–Quizá se encuentre mal –tanteó Adalgisa, suplicante.

–Dentro de cinco minutos estará dormido. Son berrinches.

Una vez más fue a la cocina y volvió con la cestita del pan. Le cambió los espaguetis ya fríos por el segundo y ella se giró un poco, no quería ni ver el plato. Dos surcos profundos a los lados de la boca la envejecían de pronto.

Adriana apenas probó el pescado, nadie lo tocaba. Solo el silencio, opuesto al alboroto de allí, a pocos metros. Disminuyó y cesó de un momento a otro, Guido asintió complacido. Luego otra vez, más.

Entonces no me explicaba cómo podía resistir Adalgisa aquellos gritos, sufría por ella. Pero era su compañero quien la mantenía quieta con la mirada.

Se levantó Adriana y quizá ni se dieron cuenta. No dudé de que necesitaba ir al baño. Estaba como paralizada en mi sitio, los chillidos ocupaban la casa y las mentes. Quizá fueran solo minutos, pero el tiempo de aquel llanto que había cambiado el día parecía interminable. Adalgisa en su silla, abandonada contra el respaldo, la atención en la lámpara apagada. El maquillaje corrido en un ojo. Él seguía con la yema de los dedos el borde dorado del plato. Luego lo vi alarmarse por algo a mi espalda. Me volví.

Adriana tenía al niño en brazos, ya se estaba calmando. Lo acunaba con movimientos ligeros, la cara aún roja y trastornada, mechones de pelo pegados a la frente por el sudor.

–¿Cómo te permites tú tocar a mi hijo? –dijo el padre levantándose de golpe. La silla se volcó detrás de él. Respiraba fuerte, una vena saliente le pulsaba en el cuello.

Adriana ni siquiera lo miró. Entregó con delicadeza el niño a su madre.

–Se le había encajado la mano entre los barrotes de la cama. –Y señaló las marcas rojas en la pequeña muñeca, la hinchazón ya visible en la piel. Le echó el pelo hacia atrás y le secó las lágrimas con una servilleta antes de volver a sentarse a mi lado. Adalgisa besaba uno por uno los pequeños dedos doloridos.

Con la palma sentí la pierna dura y tensa de mi hermana. Había sido muy fuerte, pero temblaba entera.

Guido recogió la silla y se dejó caer en ella, los brazos hacia el suelo. No quedaba en él nada de quien había alzado la voz contra una chiquilla,

apuntándola con un dedo amenazador. Miraba sin intención sus dos copas, de agua y de vino. No sé cuánto permaneció así, pero es la imagen que conservo de él de aquel día.

Nadie hablaba. Solo un sollozo de vez en tanto, en el sueño recobrado del niño. Me bastó con rozarle el hombro a Adriana, nos entendimos.

–Gracias por la comida, todo de veras exquisito. Pero ahora es mejor que nos vayamos, dentro de una hora mi hermana coge el autobús para el pueblo –dije de un tirón.

Adalgisa nos miró con ojos impotentes, apenados. Con un movimiento casi imperceptible decía que no con la cabeza. No era así como había imaginado aquel domingo.

Me acerqué a despedirme y olfateé el olor a pan caliente que emanaba su hijo. A ratos se estremecía en el sueño más profundo. Obedecí el impulso de tocarlo por encima del jersey de algodón, de punto. Quizá fuera uno de los míos, tan blando. Adalgisa los había guardado en una caja en la balda más alta del armario, junto con otros recuerdos de mi infancia. Instintivamente le quité un pelo perdido en el azul del vestido, como devolviéndole la perfección.

–Comeos al menos el postre –intentó.

–A lo mejor la próxima vez –respondió Adriana.

–Un momento –dijo Guido. Envolvió en papel un trozo de tarta y nos acompañó a la puerta.

–Estoy haciendo arreglos, aquí fuera. Venid otra vez, comeremos al aire libre.

Cerró la verja detrás de nosotras, respiramos a fondo.

–Has estado muy bien –le dije.

–Alguien debía ir con aquella criatura. ¿No han pensado que chillaba de dolor?

Nos encaminamos por la acera bordeando el jardín. En la esquina cambié de idea, era pronto para el autobús. La convencí para bajar a la playa. Pocas sombrillas abiertas, la estación apenas al comienzo. Nos quitamos los zapatos y me siguió hasta el batiente, un tanto dubitativa. Estábamos casi en el mismo punto que aquel lejano día con Vincenzo. Nos acordamos de él en silencio.

Adriana me miró como si me hubiera vuelto loca, luego se desnudó también y dejó la ropa en la arena tibia, junto con su miedo. Se confió a mi mano y entramos en paños menores. Un banco de peces minúsculos rozándonos los tobillos. El tiempo de acostumbrarnos al frío. Caminaba precavida, yo nadé un poco en torno suyo. La salpiqué y me respondió hundiéndome la cabeza.

Nos paramos una frente a la otra, tan solas y cercanas, yo sumergida hasta el

pecho y ella hasta el cuello. Mi hermana. Como una flor improbable, crecida en un pequeño terrón pegado a la roca. De ella aprendí la resistencia. Ahora nos parecemos menos en las facciones, pero es igual el sentido que encontramos en este estar arrojadas al mundo. Nos salvamos con la complicidad.

Nos mirábamos por encima de la agitación ligera de la superficie, los reflejos cegadores del sol. Detrás de nosotras el límite de aguas seguras. Entornando un poco los párpados la hice prisionera entre las pestañas.

1. Fiambre de cerdo o cochinillo asado preparado como un redondo.
2. Literalmente «pan cocido». Plato originalmente de pastores que en los Abruzos se prepara con pan duro espolvoreado de ajo y perejil picados, luego cocido hasta perder todo el caldo y por último aliñado con aceite de oliva.
3. Huevos batidos con queso parmesano y perejil.
4. En italiano, Adriana confunde los términos scienza y assenzio, más próximos fonéticamente que sus equivalentes en castellano «ciencia» y «ajenjo».
5. En dialecto de los Abruzos. Aquí: «Madrina Carmela...».
6. «Lo sé todo, hija mía, sé cómo te sientes.»
7. «Para el mal que tú tienes, yo no tengo medicinas.»
8. «¿Tienen rocío encima?»
9. «Tú naciste bajo un planeta malo, pero a esa le irá bien.»
10. Pastas típicas toscanas hechas con harina, huevos y almendras, similares a los carquiñoles.
11. En la Italia de la época, la sal se vendía en los estancos al ser un monopolio estatal, como el tabaco.
12. Joya femenina típica de la región de los Abruzos. Es un colgante con forma de estrella y uno o dos corazones en el centro.

Título: La retornada
Título original: *L'Arminuta*

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2017, Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín
© de la traducción, 2018 de Miguel García
© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Imagen de cubierta: (c) Anka Zhuravleva

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN:978-84-17128-76-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos